This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

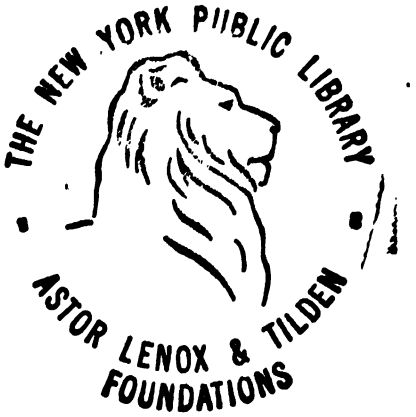
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NEW YORK PUBLIC LIBRARY
3 3433 03853 3711
E 10-4491
Pardo Bazan, Emilia
Certamen literatio en conmemoracion del

Belle Kermit Roosevelt



THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX & TILDEN
FOUNDATIONS

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX & TILDEN
FOUNDATIONS

16 ; 10

Este libro recuerda mi primer triunfo literario.
¿Quién se acuerda ahora del triunfo?
Pero las envidias suscitadas por él ¿lo creerá? — duran aún. ¡Todavía me ponen asechanzas y me suscitan envidias!

Emilia Pardo Bazán

CERTÁMEN LITERARIO

EN HONOR DEL

PADRE MAESTRO FEIJÓO

CERTÁMEN LITERARIO

EN CONMEMORACION

DEL

SEGUNDO CENTENARIO DEL NACIMIENTO

DE

Fray Benito Jerónimo Feijóo,

AUTOR DEL

TEATRO CRÍTICO UNIVERSAL.

CELEBRADO EN ORENSE EL 8 DE OCTUBRE DE 1876.

Obras Premiadas.

E-10
4491

MADRID: 1877
TIPOGRAFÍA Y ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64

ESTUDIO CRÍTICO

DE LAS

OBRAS DE FEIJÓO

POR LA SEÑORA

DOÑA EMILIA PARDO BAZAN

PREMIADO CON ACCESIT

POR MAYORÍA DE VOTOS.

PRÓLOGO [1]

«Ya es tiempo—decia el eminente crítico P. Feijóo en su brillante defensa del sexo femenino—de salir de las asperezas de la Física á las amenidades de la Historia, y persuadir con ejemplos, que no es ménos hábil el entendimiento de las mujeres que el de los hombres, áun para las ciencias más difíciles.» Y á continuacion ofrece largo catálogo de mujeres, por la ciencia ó la poesía merecedoras de envidiable fama. Entre los muchos nombres con que, á haber florecido en esta centuria aquel infatigable perseguidor de errores, podria enriquecer su lista, no sería indigno de figurar el

(1) Habiéndose dado cuenta de este prólogo á la Comision general del Centenario, en sesion del 19 de Setiembre de 1877, fué aprobado por la mayoría de los vocales, é hicieron constar su voto en contra, por no considerar acertados algunos de sus juicios, los Sres. Paz Novoa y Sieiro Gonzalez.

de la distinguida escritora que con fino criterio y admirable riqueza de conocimientos se atrevió á emprender el estudio crítico de ese mismo gran polígrafo, ó, si cabe decirlo, á tejer á sus inmortales sienes digna guirnalda de lozanas flores.

Guirnalda he dicho; y en efecto, es posible que á alguno se le antoje este hermoso trabajo, más que imparcial juicio, apología destinada á la coronacion del famoso benedictino, en cuyo honor quema el incienso de la alabanza. Pero ¿es por ventura incompatible con la forzosa veracidad de la crítica el merecido elogio, ó áun la entusiasta admiracion de que somos deudores á los ilustres bienhechores del género humano? La señora Pardo Bazan reconoce con noble imparcialidad los lunares literarios de Feijóo, la sobrada presteza con que en alguna ocasion dió asenso á inverisímiles prodigios, y las contradicciones filosóficas en que incurrió muy raras veces. Éste es el tributo de la razon en aras de la exactitud histórica. ¿Podia luégo su corazon dejar de latir con entusiasmo al hablar de aquel denodado campeon de la verdad, de aquel «Colon, que dotando con un nuevo mundo intelectual á España,» segun expresion de Ferrer del Rio, dió impulso al movimiento que levantó en su patria las ciencias del estado de postracion en que yacian?

Despues de corto y elegante preámbulo, y de

algunas indicaciones acerca del plan que se propone seguir, considera en la primera parte á Feijóo por el aspecto literario. Al par que ensalza las excelentes dotes que avaloran su estilo, reconoce de buen grado la incorreccion y uso de galicismos y escolasticismos que con no escasa frecuencia lo deslucen. Asalta aquí la memoria la célebre frase de un ilustre literato, frase que, cayendo como infamante estigma sobre la frente del escritor gallego, ha influido sobremanera en los juicios desfavorables que tocante á su estilo se han emitido posteriormente. Con extraño rigor se le acusa hoy de haber incurrido en extranjerismos, hoy que apénas se halla escritor que no sea reo de haber contribuido á contaminar el rico y majestuoso idioma de Cervántes. Del mismo atildado crítico que se atrevió á estampar que «debia alzarse á Feijóo una estatua y quemar al pié de ella sus obras,» no sería difícil reunir larga lista de locuciones transpirenaicas, entresacadas de sus escritos (1). Y no se tiene en cuenta que muchas

(1) «No sufrimos á Tirso sino *á favor* de su licenciosa malignidad.»—«Sus dogmas sólo *hablaban* á la imaginacion.»—«Describirlo con las armas *del ridículo.*»—«Voltaire fué *desgraciadamente* el maestro de su siglo en muchas cosas que no sabía.»—«Los que *afectan creer* que los versos mejores son los que primero ocurren.»—«Unos versos hechos *en el gusto* de los de Herrera.»—«No *hace honor* á nuestra moralidad, etc.» Más locuciones de este jaez podrian citarse, que en gracia de la

circunstancias, más poderosas entónces que ahora, disculpaban, ó al ménos atenuaban, los deslices literarios de aquel escritor universal. Ni escasean en sus cartas y discursos bellísimas páginas que no desdicen de lo más perfecto de nuestros clásicos (1).

Animado é interesante es el cuadro que en la segunda parte traza Doña Emilia Pardo Bazan de la benéfica influencia que el incansable monje ejerció desde la soledad de su claustro sobre la degenerada sociedad de su época. Asistimos á sus luchas contra la despreciable turba de *galenillos* que hacian consistir toda la ciencia médica en unos cuantos añejos axiomas, y en estériles y dolorosos procedimientos rutinarios. Al describirnos las empeñadas batallas del sabio gallego contra las vulgares supersticiones que no cesó de desmenuzar con el martillo de su crítica, evoca en pintoresca reseña la muchedumbre de fantásticas extravagancias, de duendes, de brujas, del ramo cativo,

---

brevedad se omiten. Y no es óbice esto para que con justicia se considere como esclarecido literato y excelente poeta.

(1) Las colecciones literarias que andan en manos de la juventud dan cabida á muchos de esos trozos. Véase, por ejemplo, la de Terradillos, especialmente las últimas ediciones. El más encarnizado perseguidor de la plaga francesa que contagia nuestra lengua, Baralt, toma de Feijóo un hermoso trozo como modelo del buen estilo conciso castellano, contrapuesto á la concision francesa de mal género.

peleas aéreas, etc., errores que, como oportunamente advierte, darian asunto para mil románticas leyendas; pero que, admitidos como dogmas, embrutecen al hombre.

Poderoso es el sentimiento estético que en este y otros poéticos cuadros, áun sin hollar los fueros de la verdad, mueve el pincel de la elocuente brigantina, avasallando su corazon de artista.

Este mismo sentimiento es el que arranca á veces de su religiosa pluma brillantes dictados concedidos á escritores como Goethe, Byron, Flammarion, que, si por los encantos del estilo seducen, son, por el fondo de sus doctrinas, dignos de severa censura.

Examina en la tercera parte algunas opiniones particulares, algunos notables presentimientos de Feijóo, que el mayor desarrollo de las ciencias y los gustos peculiares de este siglo han venido á sancionar. Detiénese con singular complacencia y acaso divaga agradablemente en el exámen de los discursos sobre la música y la defensa de las mujeres. ¿Cómo extrañar que femenil pluma se permita alguna digresion en materias tan simpáticas para el corazon de una mujer? En compensacion hace muy atinadas reflexiones sobre la tan decantada influencia civilizadora de la música, separándose, tal vez con justicia, del dictámen del gran crítico y de las opiniones actualmente dominantes.

Atrevidos parecerán sus raciocinios, cuando suscita, pasando más adelante que Feijóo, la espinosa cuestion de los derechos políticos de la mujer; mas téngase en cuenta que ella misma no les da otro valor que el de puramente hipotéticos, partiendo de las teorías político-sociales que hoy están en boga y que ella no admite.

La última parte que consagra al exámen de Feijóo como filósofo natural, nos ofrece ocasion de admirar los no comunes conocimientos científicos de la autora. No es escaso el número de mujeres que desde Safo y Corina hasta nuestras insignes poetisas Avellaneda y Coronado han disputado al hombre con buen éxito los lauros del Parnaso. Pero es muy contado el de las que han reunido bastante talento y constancia para descender á labrar con fruto el trabajoso campo de las ciencias. La señora Pardo Bazan, al par que sondea la profundidad científica del eminente sabio del siglo XVIII, á la luz de las teorías físicas y astronómicas hoy dominantes, sabe revestir sus meditados razonamientos de la más amena forma literaria, ostentando entre las lozanas flores de su imaginacion los sazonados frutos de su inteligencia.

De su pluma caen frecuentemente como perlas, sin el menor esfuerzo, imágenes y pensamientos tan felices como éstos:

«Los escritos de Feijóo sobre Medicina... seña-

laban un camino seguro y firme, pero difícil de trillar para aquellos piés holgazanes, habituados á la fácil vereda de la rutina.»

«¡Extraña disposicion la del espíritu humano, por el cual camina la verdad como tortuga perezosa, y se lanza al error como corcel desbocado!»

«Es la bayoneta mezquino arado para el campo del espíritu.»

«Reinaba en España sin rival el viejo tolomeismo, y no habia profesor que se resignase á ponerse en movimiento con la Tierra, habituados como estaban á creerse quietos y en posesion del único mundo posible.»

Acaso moteje alguno de ménos propia del estilo didáctico la exuberante lozanía de la forma de este escrito. No están las monografías sujetas á las estrechas trabas y al pedestre estilo de descarnado epítome, que atiende sólo á presentar de manera perspicua y breve, y sin vanos atavíos, los preceptos que ha de decorar la memoria de niños de tierna edad. Las obras de los más famosos escritores, desde el más espiritual de los discípulos de Sócrates hasta Buffon, Chateaubriand y Balmes, demuestran que no conviene establecer un divor-

cio entre la poesía y la ciencia, y que el genio sabe armonizar la brillantez artística con la profundidad del saber.

Merece elogios la oportunidad del punto de vista desde el cual considera nuestra escritora la mision crítica del gran filósofo de Casdemiro, poniéndole con frecuencia en parangon con el funestamente célebre de Ferney, y haciendo resaltar las esenciales diferencias que los separan. Es, en efecto, bastante comun ver en Feijóo el representante del enciclopedismo irreligioso en su patria, apellidándole el Voltaire español. Mas ¿qué puede haber de comun entre el que, sumiso siempre á las enseñanzas de la fe, intentó depurarla de la escoria de las supersticiones vulgares, y el que, sacudiendo el freno de toda legítima autoridad, consagró su vida á demoler las creencias, único cimiento sólido de las sociedades y salvacion de los espíritus? ¿Quién puede confundir el luminoso faro que abre á las ciencias inexplorados horizontes, con la tea incendiaria que reduce á pavesas las tradicionales instituciones de un país, abriendo á sus piés vertiginosos abismos de perpetuas revoluciones?

Galicia recibirá con aplauso este bello escrito, admirando en él la ciencia y erudicion de su jóven autora, como escuchó con entusiasmo varias veces los arrebatados acentos de su inspirada lira.

La señora Pardo Bazan es una de las más fundadas esperanzas de nuestra patria. La perspicacia de su entendimiento, la fecundidad de su imaginacion y sus no vulgares estudios, nos permiten suponer que dará dias de gloria á Galicia y áun á España, añadiendo nuevos timbres á los para ésta conquistados por escritoras y poetisas como Rosalía Castro, Gertrudis G. Avellaneda y Fernan Caballero.

JUAN A. SACO.

EXÁMEN CRÍTICO

DE LAS OBRAS

DEL P. MTRO. FR. BENITO JERÓNIMO FEIJÓO

DEL

ÓRDEN DE BENEDICTINOS

INTRODUCCION

«*Jamque opus exegi, quod nec Jovis*
»*ira, nec ignis, nec poterit ferrum,*
»*nec edax abolere vetustas.*»

Atrevido propósito, empresa magna.

Tras de dos años de devorar primero, revisar despues, y meditar por último, los escritos del inmortal benedictino, prez de su patria é impulsador del renacimiento español, concebí la idea de emprender un corto, pero serio trabajo crítico, en que, con el auxilio de los recientes adelantos de las ciencias, analizase á la luz de los modernos descubrimientos los tesoros de erudicion y las importantísimas indicaciones contenidas en el *Teatro crítico* y en las *Cartas inéditas*.

Pero, á semejanza del minero que halló rico filon de oro sepultado en las entrañas de la tierra, y á medida que con pico y pala sangra la copiosa vena, ve multiplicarse la áurea red, y no sabe hácia dónde ha de asestar el instrumento, porque el filon se ensancha, se divide, y bifurcándose en innumerables ramales distrae la atencion del explotador; así yo, cuantos más datos queria reunir, y más horas dedicar, y con más amor acariciaba el plan de estos estudios, penetrábame más de lo difícil y arduo que era seguir en sus múltiples transformaciones al Proteo científico, llamado el Padre Feijóo.

Analizar las obras de un poeta, es cuestion de un poco de gusto y otro poco de inteligencia literaria; hacer la crítica razonada de los trabajos de un escritor cualquiera, que haya cultivado tres ó cuatro ramos del saber humano, exige ya hartos conocimientos en el que concienzudamente á ello se consagre; pero estudiar, con criterio elevado y con algun detenimiento, las producciones de un hombre omnisciente, que no dejó rincon que no registrase, campo que no desmontase, ni flor que no libase en los dominios del arte y de la ciencia; de un polígrafo que no desdeñó la humilde labor de la hormiga, ni se arredró ante los altaneros vuelos del águila; de un filósofo cuyo papel fué tan transcendental, que podemos afirmar que, en muchos terrenos, la escasa, pero creciente vida científica de España, de él arranca y á él se debe, es intento capaz de poner pavor en el ánimo de los que no poseemos un inmenso caudal de erudicion y no hemos

mamado de los pechos de una severa nodriza, hoy agotada, pero que ayer acertaba á criar hombres como Feijóo: la soledad del claustro.

Feijóo, que cautiva como escritor, asusta como sabio. Al que lee sus agradables trataditos, didácticos sólo hasta el punto necesario para que se graben en la imaginacion, pero claros y amenos como los rios y los campos de la patria de Feijóo, nada le parece más sencillo que aquellos pintorescos relatos, que aquellas bien trabadas razones; pero el que ha de medir la profundidad de un lago, en apariencia tan manso y sereno, se espanta al ver que la sonda no llega jamás al fondo, y que aquella facilidad dificilísima es el resultado de una copia enorme de conocimientos y de un ingenio portentoso para negociarlos. Así los diestros acróbatas mueven graves pesos y practican peligrosos ejercicios, sin que se borre la sonrisa de sus labios.

Cuando una labor es complicada, importa á la claridad y al órden subdividirla. Esto es lo que, en interes del método, y comprendiendo lo escaso de mis fuerzas, haré para orientarme en el vasto archipiélago de los escritos del filósofo benedictino. Los clasificaré y los condensaré. Empezaré por lo ménos importante acaso en Feijóo: la forma. La novísima crítica, no hallando suficiente el exámen de las obras de un escritor, bajo el punto de vista literario ó científico, exige que se desentrañe el papel que desempeñó en el movimiento y tendencias de su época, indagacion que constituirá la segunda parte de mi trabajo. Pide además nuestro insaciable anhelo de conocer, que se

complete el estudio analizando las aspiraciones, la direccion de pensamiento, el ideal, en fin, ardientemente perseguido por el sabio, por el poeta, por el pensador.

No se admite que haya escrito como el ave canta, por el placer de ejercitar su arpada lengua; quiérese que caminara como los israelitas por el desierto, fijos siempre los ojos en la misteriosa columna de fuego. Mi opinion en esta materia es que son infinitos los escritores á quienes se atribuyen presentimientos, propósitos y sueños que jamás tuvieron ni imaginaron; que muchos, y en especial los poetas, cantaron lo que murmuró en sus oidos la voz del sentimiento y de la fantasía, sin ulterior propósito de filosofar; que áun nuestro mismo gran Cervántes está muy distante de haber descendido á las tenebrosas profundidades, ni remontádose á las vertiginosas alturas en que hoy se le coloca (1). Pero Feijóo no se encuentra en este caso: sus escritos, por bajo de su exterior corteza de buen sentido, de fácil doctrina, de reflexiva concienciosidad, están palpitando de intuiciones y de idealidades; á cada paso se aparece lo infinito ante sus ojos ávidos, y arranques de entusiasmo, sed inextinguible de conocer, esa sed que abrasa y refrigera á la vez, ese arrebato del espíritu, que sólo en sí mismo halla campo

(1) Fuera injusticia negar al príncipe de nuestros ingenios la grande intuicion que hace de su obra fiel espejo de la condicion humana y de la lucha perpetua entre las aspiraciones ideales del alma y las existencias reales de la vida; pero yo, con el respeto y la humildad que inspira tan ilustre memoria, pienso que este superior resultado es más hijo de inconsciente inspiracion que de artística intencionalidad.

para satisfacerse; todos esos impulsos, sueños y deliquios, fortalecidos por el más puro amor á la verdad y la más constante dedicacion al trabajo, se encuentran en el Padre Feijóo, cuya larga vida solitaria se consagró por entero á luchar con el error y la ignorancia.

La grata tarea de encontrar en Feijóo el *hombre interior*, por medio del análisis de sus obras, será, pues, la tercera parte de este estudio; y algunas reflexiones y consideraciones acerca de la filosofía natural, que, si no formando un sistema orgánico y completo, por lo ménos dando vida y entonacion á todos los análisis, y sirviendo de firme y sólida base al inmenso desarrollo crítico de Feijóo, informa sus escritos, constituirán la cuarta.

I

FEIJÓO LITERATO

Manifiesta era ya la decadencia de nuestra literatura y el agotamiento de nuestro vigoroso plantel clásico, cuando Feijóo empezó á dar al público sus sabrosos trataditos, despertadores de la curiosidad general, destinados, segun modestamente decia el autor, «á desengaño de errores comunes.» La última centella de aquella rica, original y noble facundia cervantina, parecia haber brillado en Solís, más ático que el príncipe de los ingenios, pero tambien más amanerado y pomposo. Las Musas, despues de haber vivido en divino consorcio con los Lopes y Calderones, los Argensolas y Garcilasos, desdeñábanse ya de escuchar las cínicas estrofas del soldado Gerardo Lobo, y se hastiaban con las prosaicas rimas de Artigas. La novela no daba señales de vida, si se exceptúa el dudoso y

bastardo nacimiento del *Gil Blas de Santillana* (1); la historia, hija de la crónica, no dejaba oir su voz sonora, y los libros místicos, rico semillero de bellezas literarias en nuestra patria, eran ya sustituidos por volúmenes de insufribles é intrincadas disertaciones casuísticas, que nadie compraba ni leia, y que iban á dormitar á los estantes de las bibliotecas de conventos, á más noble carga habituados. No se divisaban ni los albores del florecimiento romántico, que á vueltas de muchos descabellados engendros habia de darnos á Espronceda, Zorrilla y el duque de Rivas; era, en fin, un instante de esterilidad para las letras, y el escaso movimiento que en ella se dejaba sentir venía de allende el Pirineo; la brillante, aunque superficial y emponzoñada florescencia, debida á los enciclopedistas, traspasaba la frontera, y los libros franceses eran leidos con avidez por los que de literatura gustaban. De aquí la corrupcion del estilo, la degeneracion de nuestras grandilocuentes formas, y el bastardeamiento de nuestros giros nacionales, ya maltratados por los italianismos, de que el mismo Cervántes no supo eximirse.

En este momento de marasmo, funesto para el estilo, si para la renovacion propicio, arrojó Feijóo á la arena literaria sus primeros tratados, en que con pasmosa exactitud aparece fotografiada la situacion de las letras, en la notable pobreza de la forma, ante la su-

(1) Que casi de un modo evidente parece demostrado que es una gloria francesa, aunque inspirada por costumbres y modelos españoles, como *Le Diable boiteuse* y *Le Bachelier de Salamanque*, del mismo presunto autor del *Gil Blas*.

perioridad del fondo. Hay en el estilo de Feijóo una singular combinacion de dulce naturalidad, de festivo gracejo, de encadenados razonamientos, de copia de frases y giros, con largos y fastidiosos párrafos, con decaimientos y repeticiones, con galicismos y escolasticismos que desfiguran y afean extrañamente el conjunto. No nos hagamos ilusiones los panegiristas: el coloso de la crítica no es un modelo acabado para que en él se formen los aprendices de las bellas letras, ni fué su pluma buril con que gallardamente decorase el habla castellana; mas no por falta de condiciones, sino por sobra de menosprecio á las exterioridades. Y áun ¿quién sabe? si en la formacion del estilo hubiera puesto la mitad del empeño que en extirpar errores y allegar conocimientos, no quedara tal vez por bajo de Solís, que sólo á fuerza de artificio pulió y atildó su elegante *Conquista de Méjico.*

Practicó Feijóo, segun confiesa con ingenuidad en uno de sus discursos, precisamente lo contrario. Dejó correr la pluma como la fuente sus ondas, sin primores ni cálculo. No acató más preceptos que los dictados por su gusto natural. No imitó á nadie, ni se propuso modelo alguno. Fué incorrecto, pero original; descuidado, pero dulce y grato; difuso á veces, pero claro siempre. Los párrafos en que llanamente se expresa, cual si terciase en familiar plática, son armoniosos, redondeados y de singular atractivo : los lunares que en los discursos advierte el lector, se deben á importunas reminiscencias de inmensas lecturas francesas, y acaso latinas. Por otra parte, esclavo Feijóo

de su grave sinceridad, no recela embarazar con citas el texto, ni evita las repeticiones, cuando se trata de inculcar una verdad, bien como el paciente maestro reitera mil veces al niño las letras del alfabeto. Ajeno al sofisma y á las afirmaciones paradojales, no há menester, para autorizar sus tésis, de elegir brillante fraseología que las exorne: Feijóo escribe lo que piensa, piensa con sencillez y grandeza, y redacta sin velar su pensamiento, ni torcerlo ó alambicarlo para que el vulgo no lo adivine ó lo entienda á medias. Como el objeto de Feijóo no es lanzar un puñado de polvo á los ojos de la multitud, cúrase más de ilustrar y convencer con la razon, que de atraer y cautivar con la magia del lenguaje. En prueba de que alcanzaban sus fuerzas á producir galanos y floridos trozos, véanse algunas de las Dedicatorias, que pueden pasar por acabados ejemplares en su género.

Es aquí del caso, ántes de proseguir, iniciar una vindicacion que consumirá muchos párrafos de estos estudios. Zumba en los oidos de todo admirador de Feijóo, y ha resonado mil veces en los mios, la frase trivial, no exenta de malicioso énfasis, que establece un paralelo entre nuestro sabio monje y un conocidísimo escritor francés, que desempeñó el papel principal en la crísis desorganizadora y negativa del siglo XVIII. Nada más frecuente que la aseveracion como axiomática de que « Feijóo es el Voltaire español. »

Apreciacion es ésta que cumpliria desterrar por inexacta y frívola, si ya no por injuriosa á la memoria del ilustre Feijóo, que puso tanto empeño en cono-

cer y difundir la verdad como Voltaire en disfrazarla.

Con la ayuda de Dios espero ir demostrando, por la comparacion entre los trabajos, vida, ideales y tendencias filosóficas de ambos, las radicalísimas diferencias que los separan, á pesar de su aparente comunidad de mision crítica; que sólo observadores superficiales pueden hallar analogía entre el oficio del cincel que pule y el del pico que demuele.

A la verdad que, si el parangon se redujese á lo que ahora examinamos, al estilo, á la forma, en aras de la sinceridad ofreceríamos el sacrificio de conceder la supremacía á Voltaire. Voltaire es literato, literato de primer órden, literato cuyos giros no han envejecido, cuyos trabajos recreativos é históricos se leen hoy con igual deleite que el dia en que brotaron de su cáustico tintero. Todo lo que el *esprit* y la exquisita cultura de la Francia de Racine y de Corneille, de Fenelon y de Madame de Sevigné pueden añadir de gracia, soltura y elegancia á páginas ligeras y cínicas, agregado á una singular destreza para dar con el lado risible de que no carecen las cosas más sérias, compone un estilo exento de culteranismo, de pedantería, fácil, castizo y atractivo hasta no más.

Miéntras Feijóo, escritor de una época decadente, espectador del ocaso de nuestras bellas letras, no encuentra á su alrededor sino mal gusto y esterilidad, tiene que pedir conocimientos y frases á idiomas extraños, y se ve precisado á romper lanzas en uno de sus tratados con los que le tachan de neologista por la aclimatacion y españolizacion de algunos términos

técnicos científicos (1), Voltaire dispone de la lengua más culta, flexible y acicalada de su tiempo, de la más á propósito para la novela, para la sátira, para la biografía y el folleto, trabajos todos que piden más bien brillantez é ingenio que profundidad y reflexion. De aquí el eco inmenso de los escritos de Voltaire, su cosmopolítica celebridad. Un grande escritor que se valga de un dialecto, puede tener por seguro que sus obras no traspasarán el radio de su provincia; y en cambio, el que alcanzó la fortuna de manejar el idioma del Estado más próspero, culto y potente de su época, tiene mil probabilidades de conseguir duplicado renombre.

Voltaire, niño mimado del público y de las testas coronadas, vió acoger con frenéticos aplausos sus amaneradas tragedias, en las que algunas bellezas medianas é hijas del artificio no compensan la frialdad dramática y la carencia de sentimiento, pasion y vida. Pero el tiempo, que suele hacer de gran justiciero, ha sepultado en el olvido los partos de la musa trágica de Voltaire, relegándolos á aquella atmósfera de estimacion que es casi injuriosa para las obras de arte. La misma *Henriada*, laborioso conato de poetizar la figura no muy épica del buen Bearnés, enamoradizo y batallador, no alcanza hoy apénas que un corazon se estremezca con su lectura, privilegio que es eterno para Homero y lo será para Milton y Dante; y si bien no puede decirse que se aparte de las sábias

(1) Entre otros, la palabra *émbolo* suscitó viva controversia.

reglas de los preceptistas antiguos y modernos, cabe afirmar que se aisla del alma de la humanidad, que vibra en Virgilio y Camoens, que palpita en la tierna figura de Andrómaca y en los desgarradores ayes de Francesca.

Por eso, hoy que—dejada aparte la cuestion de forma, en que es innegable el mérito superior de Voltaire con respecto á Feijóo, pero en la cual todos comprenden lo mucho que influyó el estado de las letras en sus respectivas naciones—comienza á entenderse la transcendental importancia de los trabajos de Feijóo, y á verse con asombro que la ciencia moderna confirma muchas de sus hipótesis y presentimientos; hoy, que nos sobrecoge de respetuosa admiracion la universalidad de la cultura que atesoraba en una humilde celda del corazon de Astúrias; hoy, repito, Voltaire, á pesar de las galas de la diccion, pierde á cada paso un poco de su crédito, cae cada vez más de su pedestal, aparece alternativamente malintencionado é ignorante, y se acerca el dia en que aquellas páginas que impulsaron una revolucion gigantesca quedarán reducidas á mero monumento literario, capaz sólo de modificar é influir en el ánimo de personas huérfanas de instruccion y desprovistas de experiencia. Instrumento y nada más fué Voltaire en manos de la implacable ley de los sucesos; Feijóo, con plena conciencia de sí mismo, desdeñando adornos que no creyó necesarios para la pulverizacion de sofismas y errores, preparó un renacimiento.

No por esto se crea que, si faltó un poco de arte,

dejó de sobrar tino y acierto en la forma elegida por Feijóo. Feijóo se pasa de escritor y toca en publicista. En su tiempo, si se exceptúan las *Gacetas* y algunas hojas volantes á manera de folletos que á veces aparecian impugnando tal ó cual libro, la prensa no lograba vida propia; pero el sabio benedictino adivinó toda la importancia y fuerza que llegaria á poseer en lo porvenir. Pensó muy acertadamente que habia pasado la hora de los centones, de los in-folios, de los libros en várias docenas de volúmenes; presintió que la generacion venidera y el movimiento que se iniciaba pedian con avidez una sintetizacion de las ciencias que permitiese adquirir ideas claras y generales sin el ímprobo trabajo de tener que leerse indigestos cronicones en que se amalgaman el trigo y la cizaña, las noticias útiles y las digresiones y errores. Vió que la tendencia era á facilitar la tarea del lector, y que la última palabra de la ciencia, léjos de espirar en los muros del gabinete ó del aula, buscaba manera de volar por todos los ámbitos del mundo, refrigerando miles de bocas sedientas, y que los conocimientos iban á desestancarse fertilizando, si se les dirigia con acierto, las masas populares. Ésta le pareció á él que habia de ser la mision de la prensa; y cierto que, si hoy abriese los ojos, no le diera poco qué hacer el tornar al buen camino la oveja descarriada del periodismo, que generalmente en todo piensa ménos en desengañar de errores.

Con la idea, pues, de difundir nociones cuya bienhechora carrera detenian la preocupacion y la rutina,

adoptó Feijóo una forma, si no periódica ó *gacetal*, que se decia entónces, por lo ménos muy ligera y á propósito para que sirviese á la instruccion de los poco eruditos y dados al cultivo de las ciencias. Publicaba sus volúmenes separados á medida que les ponia fin, y en ellos mezclaba sin pretensiones ni afectacion toda clase de materias y asuntos, no faltando grave disertacion de metafísica que se codease con la aguda sátira encaminada á desterrar la creencia del vulgo en zahoríes y artes adivinatorias. Porque para Feijóo, como para todo hombre sensato, no hay error pequeño ni se ocultan las funestísimas consecuencias que puede traer el más insignificante de todos. Feijóo condensó, pues, lo más posible, y redujo á catorce tomos (entre ellos hay uno de ilustraciones apologéticas) la suma total de sus variados estudios y la impugnacion de los errores más comunes á la sazon en España, de los cuales muchos áun distan bastante de haberse disipado. La eleccion de forma de Feijóo responde fielmente á este programa: «Facilidad y provecho,» antítesis del de la mayor parte de los escritores de entónces y de no pocos de los de ahora, en cuya prosa compite lo intrincado y árido de los moldes con lo vacío del fondo.

La prosecucion de la idea de Feijóo se marca claramente en la serie de sus tratados. A cada paso va siendo más variado y conciso; las *Cartas eruditas*, posteriores al *Teatro crítico*, se sustancializan cada vez más, sin que se note desfallecimiento alguno en aquellos escritos de octogenario. Déjase leer Feijóo—si no con la maravilla y pasmo que causa, por ejemplo,

el sublime Tácito—con la ninguna molestia, el sabroso deleite y el sostenido interes que inspira Plutarco. Y puesto que á Tácito nombré, no he de omitir la observacion de que ciertas frases cortas y ciertos agudos incisos que esmaltan sus brillantes páginas me parecen haber sido por Feijóo felizmente imitados. Con precision y fuerza deductiva, hija del buen sentido (que no hay lógica como aquella que no se aprende en las aulas, sino que de una clara razon procede), formula Feijóo de vez en cuando profundas y exactas sentencias, antítesis de las máximas del ingenioso Larochefoucauld, más pesimistas y paradójicas que doctrinales.

Sirvan para muestra, entre tantas como fuera fácil y grato citar, éstas pocas, elegidas á bulto, y, por ende, no las más notables que encierran los tratados:

«Si fueres necio, no puede faltarte la calidad de »inexorable.»

«No hay más rígido censor de un libro que aquel »que no tiene habilidad para dictar una carta.»

«Harto vulgo hay entre los que saben latin.»

«Proponer y probar opiniones singulares sólo por »ostentar ingenio, téngolo por prurito pueril y false»dad indigna de todo hombre de bien.»

«La nobleza es pura denominacion extrínseca, y si »se quiere hacer intrínseca, será ente de razon.»

«Los hombres grandes, no por tener uno ú otro de»fecto, dejan de ser grandes; y si no tuviesen alguno, »dejarian de ser hombres.»

«No hay necio tan necio que yerre en cuanto dice,

»ni sabio tan sabio que acierte en cuanto escribe.»

«Puede asegurarse que no llegan ni áun á una ra»zonable medianía todos aquellos genios que se atan »escrupulosamente á reglas comunes.»

Impregnados se hallan estos pasajes del recto sentido que campea en todas las obras de Feijóo, luz serena, reflejo interior de su alma. Con ellos á la vista, podemos resumir todo lo que acerca de su estilo queda dicho. Feijóo—repitámoslo una vez más—no es un acabado modelo en su forma; pero es un escritor que embelesa por armonioso, natural y flúido, porque sabe amoldarse con ductilidad no vista al asunto y al auditorio que elige, y porque sus páginas poseen la interesante propiedad de transparentar el bello fondo del espíritu de su autor y el portentoso equilibrio de sus raras facultades.

II

FEIJÓO MORALIZADOR Y MORALISTA

SU VIDA É INFLUENCIA.

Es Feijóo una de las más patentes demostraciones de que la tan cacareada intolerancia española y los errores y persecuciones á ella anejas no partian ni del clero, ni de las altas clases, ni de los monarcas, ni de la Inquisicion, sino de la opinion unánime que se imponia y alzaba una muralla de la China contra todo lo que á novedades transcendiera. En efecto, comenzaba Feijóo á escribir en una época en que el movimiento científico y crítico, realizado en Inglaterra y Alemania por Newton y Leibnitz, palpitante en Francia por la pléyade de filósofos y escritores del siglo del Rey-Sol, era nulo en nuestra patria, cuyo pasado esplendor se habia trocado en anemia mortal. España guardaba y custodiaba tenazmente lo que habia aprendido, ni más ni ménos. El galenismo en medicina, el ptolomeismo

en astronomía, el aristotelismo en metafísica; hé aquí lo que restaba de nuestros brillantes florecimientos y de nuestro rico plantel científico árabe-hispano. Y —como sucede siempre—la rutina ciega y monótona esterilizaba todo lo que de fecundo tener pudiesen aquellos mismos sistemas y teorías.

Feijóo, de hidalga cuna y desahogada posicion, hombre á quien su voluntad y sus inclinaciones de piedad y estudio condujeron al claustro, no tenía motivo alguno de resentimiento contra este ó aquel régimen, estas ó aquellas instituciones. Su propósito firmemente mantenido de no aceptar cargos ni dignidades eclesiásticas le puso á cubierto de toda sugestion ambiciosa; su vida pura é irreprochables costumbres afianzaron su salud vacilante, robustecieron su esternon, viciosamente conformado como el de Kant, y le proporcionaron aquel equilibrio entre el cuerpo y el espíritu, aquella serenidad y regularidad en la existencia, indispensables para dedicarse á la investigacion de la verdad. En estas condiciones, inició su guerra de exterminio contra los errores populares.

No habia en Feijóo escuela, ni odiosidades, ni plan preconcebido; salíanle al paso las preocupaciones, las necedades del vulgo ó de los que, sin dejar de serlo, se tenian por doctos; y á medida que las tropezaba, íbalas extirpando. Era su norma un desinteresado culto á la verdad; y como quiera que en aras de la austera diosa se viese forzado á sacrificar muchos ídolos de las gentes, no hay por qué admirarse del escándalo y del diluvio de impugnaciones que produjeron sus escritos.

Pero ahora cabe preguntar: ¿Quiénes fueron los enemigos de Feijóo? ¿Quiénes los que rasgaron la túnica, gritando: *blasphemavit?* ¿Quiénes los autores de los anti-teatros, críticas, coplas, libelos y odiosas calumnias, que, como pellas de lodo en marmóreo simulacro, se estrellaron en la enérgica resolucion y en la conciencia inquebrantable del sabio?

No serian, seguramente, los religiosos de su convento, con quienes en constante armonía y amigables coloquios pasó su larga vida. Ni tampoco los cuarenta y tantos ó cincuenta monjes de otros monasterios y otras órdenes, entre los cuales se cuentan no pocos profesores de teología, que pusieron su firma al pié de las encomiásticas aprobaciones con que encabezaron las obras de Feijóo, al que prodigan toda clase de hiperbólicos elogios, y excitan á proseguir por la senda en buen hora emprendida. No las hallarémos tampoco en la nobleza, de cuya cultura en aquel tiempo dan testimonio D. Juan Fernandez Pacheco, duque de Escalona, y D. Luis José Velazquez, marqués de Valdeflores, sin omitir al conde de Salduena, ni al esclarecido príncipe de la Mirándola, que sostenia con Feijóo docta correspondencia, como si quisiese mostrarse digno descendiente de aquel jóven, prodigio de saber y de talento, conocido por Pico Mirandulano. Ni los dos magnates portugueses, el conde de Erizeyra y D. Diego de Faro y Vasconcellos, que ilustraron con notas y comentarios las obras de Feijóo. Ménos seria el rey Fernando VI, tan decidido protector, y defensor tan acérrimo del sabio monje, que, al ver que contra él se der-

ramaban procaces letrillas y sátiras, más ó ménos amargas, llegó hasta prohibirlas de real órden; ni la jóven reina, su esposa, que en su gabinete, y entre sus damas, se deleitaba con la lectura de Feijóo, haciendo sobre sus escritos muy discretas observaciones y reparos; ó la Inquisicion, que habiendo condenado obras enteras del Padre Mariana y del Padre Isla, no halló qué tachar en las de Feijóo sino los párrafos 74 y 75 del Discurso XI, tomo 8.° del *Teatro crítico*, por parecer un tanto laxa la doctrina del autor, que no reprobaba con la debida energía los bailes y danzas en que toman parte personas de ambos sexos (1). Y no será, por último, el cardenal Querini, que escribió á Feijóo la más lisonjera carta que imaginarse pueda; ni el mismo Papa Benedicto XIV, que tampoco le escaseó su pontificia benevolencia y elogios.

¿Cómo se llamaban, pues, y quiénes eran los perros que ladraron á la Luna? Fácil és comprenderlo, y de sobra lo declara Feijóo en los discursos y apologías en que hace mencion de la polvareda por sus escritos levantada. No fué, por cierto, la intolerancia, ni el supuesto estrecho sentido religioso, el que se irguió, como un coloso de palo, ante la crítica de Feijóo: fueron dos malignas alimañas, no expulsadas todavía de nuestra patria: el *interes* y la *pereza intelectual*.

(1) Muy conveniente es la lectura de las obras de Feijóo, para formar un juicio ménos apasionado de lo que se acostumbra acerca de la intransigencia inquisitorial: veríase, en los escritos del ilustre benedictino, que no careció ni por un momento de aquella *amplissima philosophandæ libertate* que por aquellos mismos años ofrecia un elector palatino á Benito de Espinosa.

El *interes* en los literatos oscuros, cuyas obras no hallaban compradores, y que, al impugnar á Feijóo, buscaron el auxilio de su celebridad y renombre para despertar la curiosidad pública y vender insulsos fárragos; la *pereza intelectual* en la pléyade innumerable de los que, habiendo aprendido de cierto modo ciertas cosas, y no queriendo molestarse con nuevos estudios, ni ménos perder la opinion de competentes, clavarian gustosos la rueda del movimiento científico, por no seguir sus vueltas. ¡Ay de quien tuviere la osadía de decirles: «Eso que sabeis, lo sabeis mal; hay datos recientes que añadir, hay que trabajar mucho más, ú os quedaréis rezagados y no pasaréis de ser unos ignorantes!» Entónces, el que se creia poseedor de toda la ciencia posible, y no aspiraba ciertamente á más, rechazará las nuevas ideas, como se resistiria á funcionar una llave cubierta de orin y moho, y se vengará dando carácter é interpretacion siniestra á todos los adelantos é innovaciones.

Tales fueron los intolerantes, tales los adversarios de Feijóo: los rebuscadores de asuntos de actualidad que dén interes á sus lucubraciones, y los que en las aulas esgrimian el apolillado lanzon silogístico, echando pestes contra Descartes, á quien no habian leido. Y por otro concepto, los redactores de la *Gaceta de Lóndres*, que con su fanatismo de protestantes no vacilaron en estampar que el Padre Feijóo, ó *del Fejo* segun ellos, se proponia ser nada ménos que el reformador de la Iglesia española; donosa especie que reprodujeron las *Gacetas* de Holanda, Utrecht y Berna, y Feijóo des-

mintió con modesta firmeza, protestando de su adhesion á la Santa Sede y su alejamiento de toda controversia teológica y de toda discusion dogmática, así como de su exclusiva dedicacion al desarraigo de errores en materias científicas y naturales.

Modesta firmeza he dicho, é insisto en ello, porque importa advertir que los escritores un poco celebrados fácilmente se dejan llevar del vanidoso prurito de querer pasar por apóstoles é innovadores en cuestiones religiosas; y á propósito de ello recordarémos la frase que una presuncion monstruosa puso en labios de Voltaire: «Me canso,—decia aquel frívolo demoledor en una de sus temporadas de furia anti-cristiana, de oir repetir que doce hombres han bastado para establecer el cristianismo, y quiero mostrar que sobra con uno para destruirlo.»

Conjuróse sobre todo contra Feijóo la turba de procaces galenillos, hechos á ejercer el arte de Esculapio de la manera que con tan picante gracia referida hallamos en el *Gil Blas de Santillana.*

Los escritos de Feijóo sobre medicina, arrancándoles de las manos la homicida lanceta, arrebatándoles el mortífero recurso de los ferocísimos vomitivos y purgantes, devolvian á la higiene y á la naturaleza sus derechos y señalaban un camino seguro y firme, pero difícil de trillar para aquellos piés holgazanes, habituados á la fácil vereda de la rutina. Feijóo, con su *escepticismo en medicina,* abria paso á la observacion racional, al análisis, únicos métodos fecundos para una ciencia en que toda afirmacion *à priori* es peligrosí-

sima y puede ser absurda. Ésta fué la verdadera cruzada de Feijóo; ésta la más campal batalla que hubo de reñir con los errores dominantes.

Imposible nos parece, hoy que la medicina, poderosamente auxiliada por la biología y por la química, se ha convertido en una ciencia fenomenal y experimental, sin que en ella quede axioma que no pulvericen á cada momento mil encontradas observaciones; hoy que, si no de otros adelantos, podríamos siempre enorgullecernos de la noble modestia con que los más ilustres médicos confiesan sus dudas y confusiones, y el receloso tino con que hay que marchar casi á tientas, aprovechando ténues rayos de luz que sólo el trabajo, el tiempo, el escalpelo, el microscopio, la observacion, en fin, pueden aumentar; imposible parece, digo, la fanática rabia con que fueron acogidas por aquella turba de ignorantes sangradores las prudentes y razonadas indicaciones de Feijóo.

Invocóse por aquellos nuevos fariseos de la ciencia, esclavos de la letra y enemigos del espíritu, la autoridad de la Escritura, creyendo así sellar los labios del acerado crítico; pero Feijóo, sin faltar al respeto al Eclesiastés, á los Proverbios ni á la Sabiduría, supo demostrarles que ellos eran unos ciegos, guías de ciegos, y que ningun pasaje del Antiguo ó Nuevo Testamento los eximia de la nota de presentar y resolver dogmáticamente cuestiones en que debieran, cuando ménos, usar de cautela, por ser el asunto de suyo tan oscuro y ocasionado á desaciertos.

Y por señas, que divierte y solaza el observar en los

muchos tratados que Feijóo dedica á discutir el sistema médico á la sazon practicado, la mezcla de festiva y sutil ironía y de indignacion real y generosa con que moteja el empirismo dulcamaresco que lo informaba. Entretenida es la enumeracion de los añejos axiomas, el espurgo de los recetarios, las discusiones sobre álcalis y ácidos, temperamentos coléricos ó flegmáticos, húmedos ó secos, las sangrías *usque ad deliquium*, los purgantes dotados de virtud concoctriz y otras mil zarandajas del mismo jaez, caras entónces á los hijos de Esculapio. Arremete denodadamente el oportuno censor contra las ridículas prácticas de lo que llamaban *medicina transplantatoria*, cruel supersticion que hizo espirar á no pocos míseros pichones, con el vientre abierto y las palpitantes vísceras aplicadas sobre la cabeza de un tiñoso ó de un febricitante, miéntras que el curandero gangoseaba entre dientes algun ensalmo; contra la transfusion sanguínea, novelesco tratamiento cuya ineficacia se demostró por hallarse la sangre inyectada á los perros vuelta coágulos en las venas y cavidad cardiaca (1); contra la creencia en los dias críticos; contra los libros de secretos y maravillas de la Naturaleza; contra los filtros, virtudes medicinales de las piedras preciosas, supuesta impureza de la sangre menstrual, curaciones por imposicion de manos y exhalacion de aliento; en fin, contra todo lo que podia dar á la ciencia médica un carácter misterioso, sobre-

(1) Escrito ya este exámen, debí á un distinguido médico la noticia de que la transfusion se llevaba ahora á cabo con felix éxito, previo el desfibrinamiento de la sangre inyectada.

natural ó dogmático, alejándola así de su verdadero camino, el de la indagacion, y entregándola á aquellos *fantasmas de escuela* de que nos habla Bacon.

En lugar de tan pueriles ó grotescos sueños, y como para reemplazarlos, arriesga Feijóo hipótesis científicas, confirmadas hoy algunas, discutidas todavía otras, importantes todas, pudiendo servir de ejemplo la de la explicacion de un caso de inedia por la inspiracion atmosférica; la de otro de combustion espontánea por la presencia del fósforo en el cuerpo humano; la de que toda descomposicion de la sangre es mortal de necesidad, y la de que las epidemias y enfermedades contagiosas son debidas á la aparicion de miriadas de insectillos en el medio ambiente (1). Como de no menor interes puede considerarse su opinion favorable á que las mujeres se dedicasen al estudio de la medicina, y particularmente á la obstetricia; su afirmacion, probada con muy acertados razonamientos y un sin número de datos, de que el ejercicio mental, junto á una vida pura, la prolonga; y son curiosísimas las apreciaciones que emite acerca de las superiores funciones que en el organismo humano corresponden al cerebro y de la relacion que puede existir entre la capacidad intelectual y el número y profundidad de los canales ó surcos que en aquel órgano se perciben, y que visiblemente, con la edad y actividad y dispendio de fuerzas mentales, se multipli-

(1) Hoy se ha reconocido, gracias al microscopio, que estos animalillos se presentan en el interior del organismo. Encuéntranse en la sangre de los coléricos y atacados de tifoidea, y está demostrado que la terrible enfermedad llamada *carbunclo* ó pústula maligna responde al desarrollo de un bacterio especial, el *Bacillus anthracis*.

can y ahondan; creencia en que hoy abundan fisiólogos como Büchner y Vogt, conformando con Feijóo hasta en no dar más que secundaria importancia al peso y volúmen de la masa encefálica, al lado de la concedida á dichos surcos. Y por último, con una clarividencia que maravilla, predice Feijóo el reinado de la en aquel tiempo hermana menor de la medicina, y que hoy á pasos agigantados se le antepone, la cirugía.

Y ántes de proseguir, evoquemos aquí una figura simpática y doliente, encarnacion de la crucificada ciencia; la figura del ilustre cirujano y anatómico Martin Martinez, el amigo, el admirador de Feijóo, su compañero de vía de la amargura; el autor de la medicina escéptica; el sabio que extirpó tantas preocupaciones en materia de arte de curar, que las pocas que sobrevivieron lo mataron á él, ¿de qué modo? De tristeza, y apedreándole con libelos, ultrajes y calumnias.

Martin Martinez, á quien me complazco en imaginar dulce, soñador y poseido de entusiasmo ideal por la realidad (que son los perseguidores de ideales los únicos que sin sospecharlo alcanzan lo real), se murió lleno de desaliento: ¡triste muerte para quien tiene fe! Acaso sus trabajos le hubiesen alcanzado escasa reputacion, y quizás hoy nadie sabria el nombre de un tan valeroso soldado de la ciencia; pero su amigo Feijóo, á quien las injurias é impugnaciones no pudieron apartar del propósito que con terquedad de hijo del Norte alimentaba, de vivir para iluminar y crear, recogió su herencia en muerte, como habia recogido en

vida sus inspiraciones; porque no es posible que un hombre, aunque tenga el talento y la erudicion de Feijóo, muestre ciertas intuiciones, y atesore ciertas noticias, si detras de él no hay otro que se haya pasado los dias y las noches escalpelo en mano, estudiando sobre el cadáver los secretos de la organizacion y de la existencia.

Martin Martinez era indudablemente el que revelaba á Feijóo los misterios de que le hicieran dueño sus veladas asiduas. El anatómico, observador y paciente, inclinado uno y otro dia sobre los yertos despojos, meditando en nuevos caminos para su oscura ciencia, divisaria tal vez, segun la frase del poeta (1),

«La palabra de la vida
en el libro terrible de la muerte,»

y desconfiando de sus propios descubrimientos, quedaríase mudo, escalpelo en mano, sin atreverse á formular lo que le bullia en el alma. Sólo á Feijóo, en el seno de la confianza, en horas de expansion, comunicó quizá el resultado negativo, pero fecundo, cuya magnitud suspenso y abrumado le dejara. «Nada se sabe,— »pronunciaria azorado Martin Martinez;—sin brújula »navegan todos los que dicen que ejercen la medicina; »y sólo escudriñando el humano organismo, fibra por »fibra, músculo por músculo, ganglio por ganglio, »nervio por nervio, podrémos tal vez, ¡oh alta espe»ranza! allegar fuerzas contra la enfermedad, sentar

(1) Ventura Ruiz Aguilera.

»las bases de la higiene, y dar solucion al tremendo »enigma del dolor.»

Provisto Feijóo de este dato, ¿qué más necesitaba? Comenzó á repartir tajos y mandobles, menudeando de tal suerte, que hasta Martin Martinez se atemorizó, como si viera atacar cosas sagradas. Poseido de cierta timidez modesta, intentó parar el brazo vengador que él mismo habia armado, y al efecto dirigió á Feijóo una apología en lengua latina en que le reprocha con dulzura su inexorable sinceridad. Contestóle Feijóo con otra igualmente latina, en que con moderacion y firmeza reitera su profesion de fe, y se ratifica en ella. El carácter de los dos amigos se refleja vivamente en ambos documentos. «¡Silencio!—parece que murmura »el anatómico;—quizás no habrá llegado la hora.»— «¡Ánimo!—replica el benedictino;—separemos el trigo »de la cizaña, en nombre de Dios.»

Parecerá tal vez extraño que, en la parte destinada á examinar la influencia de Feijóo en su época y su valor como moralista, hayamos empezado por consignar su valiente predicacion contra el galenismo y la rutinaria medicina. Y es que, lo repetimos, acaso ninguna lucha más transcendental que ésta registra la vida de Feijóo, y sólo por ella fuera digno de eterna memoria. A pesar, ó quizás á causa de la rabiosa oposicion que provocaron sus escritos en esta materia, glorioso éxito coronó sus esfuerzos: fueron infinitas las personas que le escribieron, asegurándole que con sólo haber adoptado el sencillísimo sistema de dejarse de recetas, atender á la higiene y escuchar los avisos

que elocuentemente dan sus propios órganos á todo hombre que tiene uso de razon, vivian mejor, más libres de achaques y con más regularidad en las funciones, que cuando abusaban de la botica y se pasaban el dia mostrando al doctor la lengua. En verdad puede asegurarse que, si Cervántes entonó el *De profundis* de los libros de caballería y de las romancescas empresas, Feijóo abrió la fosa en que fueron sepelidos los Pedros Recios de Tirteafuera, los doctores Sangredos, todos los enemigos del progreso científico y verdugos de la humanidad.

Siempre que pienso en que, áun cuando Feijóo no hubiera conseguido para los pobres enfermos más ventaja real que la de morirse en paz y sin torturas, sería sólo por esto un verdadero bienhechor, acuden á mi memoria dos dramas, ignorado el uno, ruidosísimo el otro, lúgubres ambos. Es el primero el episodio de una pobre mujer, atacada de congestion cerebral, á quien aplicaron una sanguijuela en la membrana que divide las fosas nasales, colándose el furioso anélido por el conducto hasta que la ahogó; el segundo es la muerte del mayor poeta subjetivo de nuestros dias, el profundo Byron, causada por veinticuatro sangrías que dejaron totalmente exangüe el mísero cuerpo, abrasado ya por la fiebre y abatido por la lucha.

Casos análogos van siendo, á Dios gracias, infinitamente ménos frecuentes: en tiempo de Feijóo eran el pan nuestro de cada dia. Aparte, pues, del interes por los adelantos, que sólo se alcanzan á condicion de observar mucho y siempre, animó á Feijóo la com-

pasiva piedad que le punzaria ante el espectáculo de tan bárbaros martirios.

Así es que, en este terreno, la influencia de Feijóo fué profunda y decisiva. Numerosas academias y colegios de medicina empezaron á crearse, y los estudios de anatomía y diseccion adquirieron un desenvolvimiento que hasta entónces la pereza intelectual, y cierto supersticioso respeto hácia el cadáver, habian impedido. Cayó, en efecto, esta falsa veneracion ante la ardiente fe con que Feijóo, despues de haber examinado al microscopio la complicada y portentosa organizacion de una de las más nobles vísceras del carnero, entona un himno al Supremo Autor de aquella maravillosa máquina y reconoce á Dios en sus obras admirables.

Pero dejemos por ahora al médico del cuerpo, para estudiar al moralista, médico del espíritu. Y al dar principio á la siega de la rica miés que en este campo cosecharémos, séanos permitido mostrar asombro de que áun no falte quien establezca parangones entre el recto monje, paladin de la sinceridad, y el ingenioso Voltaire, abogado de malas causas, corruptor de puros principios.

Bajo dos aspectos podemos, como moralista, analizar á Feijóo. El primero, y no ménos complejo, es el que ha fijado generalmente la atencion, y que le ha costado casi tantas amarguras como la arremetida á los sistemas médicos; quiero hablar de su batalla contra las supersticiones y hechicerías. El segundo es la corta, pero interesante, parte doctrinal de sus obras, que

encierra una como metafísica de los hábitos sociales.

Ante todo, y por si álguien pusiese el reparo de que califico á Feijóo de moralista por lo que sólo debiera valerle el dictado de crítico, he de insistir en que la mision de disipar los fantasmas del miedo y de la ignorancia no es negativa, sino afirmativa y en alto grado moralizadora. Porque la supersticion es hermana de la impiedad, y ambas á dos cruelísimas enemigas del sentimiento y concepcion religiosa. Atácale la impiedad por su base, y la supersticion le bastardea y gangrena; siendo tan pernicioso para la direccion moral del hombre el alterar groseramente las creencias, como el cerrar á ellas el alma.

La religion, vínculo supremo entre Dios y la humanidad, no es capa de tinieblas, sino reguero de luz: *lux vera quæ illuminat omnen hominem.* A su arrimo no ha de medrar la mentira; y la superchería es su más dañino parásito. Por más que los hombres ilustrados sepan distinguir entre la devocion en sí y sus superfetaciones monstruosas, no á todos fué concedido tan perspicaz golpe de vista, y nada más frecuente que oir de labios de personas, no enteramente huérfanas de cultura, que tal ó cual milagro supuesto, tal ó cual práctica supersticiosa, les han arrebatado la fe.

Y como no hay nada más peligroso é incorregible que el descreimiento de los ignorantes, que de una embaucadora ó de un presbítero vicioso deducen la falsedad de la revelacion, y de ésta sacan en consecuencia el desligamiento del compromiso de vivir como hombres honrados, hé aquí por qué tantos Pa-

dres de la Iglesia, pontífices y sacerdotes sabios y virtuosos, no han querido ceder á nadie la mision de desenmascarar á los trapaceros, ó desengañar á los ilusos; y no cabe duda que Feijóo, con una libertad santa, fué más adelante en este camino que todos los que le habian precedido. Y por último, hé aquí por qué creo que el que evita que se disipe la fe puede ser calificado de moralista, ó para expresarme con más precision, de moralizador en alto grado.

Impulsó tambien á Feijóo otro móvil no ménos puro, á saber: lo mucho que semejantes fantasmagorías impiden y embarazan el progreso científico y social. ¿Cómo no habia de repugnar al astrónomo, que se tuviese á un cometa por profeta de catástrofes y signo visible de la cólera celeste; ni al fisiólogo, que se atribuyese á obra de un demonio íncubo lo que podia ser un fenómeno natural, digno de estudio? ¿Cómo habia de pasar el médico por que los saludadores curaban con soplar, hacer cuatro cruces y decir unas oraciones; ni el físico asentir á que la campana de Vellila se tañia sola vaticinando desastres, y el crucifijo de Lugo se movia milagrosamente al tocar á misa mayor? ¿Cómo podria el naturalista no desentrañar el supuesto prodigio de las flores del santuario de San Luis del Monte, y el terrorífico portento de las lluvias de sangre? Y en fin, el crítico perspicaz, penetrante, sereno, ¿cómo no se apresuraria á dejar caer todo el peso de su reprobacion sobre la absurda y cruel manía que, extensiva á toda Europa, y arraigadísima en las clases populares, hacía de cada epiléptico un de-

moniaco, de cada galan furtivo un duende, y de cada infeliz vieja, asquerosa y encorvada, una maldita bruja á quien era fuerza apedrear, descuartizar ó quemar?

Asombroso es el esfuerzo de energía, erudicion y lógica, hecho por Feijóo para descabezar tanto endriago; pero tambien pasma y produce vértigo el espectáculo de la riqueza de formas y del lujo de generacion que sabe desplegar el error. Hay, entre las preocupaciones reinantes por Feijóo atacadas, cosas que participan de los terrores del niño medio dormido al anochecer, y de las visiones de un cerebro calenturiento en horas de insomnio; hay residuos de paganismo y reminiscencias del viejo y misterioso culto ibero; hay supersticiones cándidas y ridículas, y supersticiones sangrientas y espantosas; hay una mezcla, un informe cáos, en el que ciertas nociones exactas se enlazan á los más descabellados supuestos, para engendrar monstruos sin nombre; hay, en fin, un ejército de desatinos, superior en número al de Jerjes.

¡Extraña disposicion la del espíritu humano, por el cual camina la verdad como tortuga perezosa, y se lanza al error como desbocado corcel!

Cuesta trabajo concebir, desde que se llega á un punto de vista más comprensivo y elevado, cómo tan fácilmente aceptan las multitudes, sin haberlos visto, hechos que, áun atestiguados por los sentidos, exigen de la razon madurísimo exámen. Ello es que así sucede, y que si es verdad que en épocas pasadas el misticismo predisponia á la ciega credulidad, con respecto á todo lo que se colorease de cierto tinte religioso, la

nuestra no es ménos fácil de iludir con absurdos de otra especie: testigo de ello la prontitud con que el pueblo de Madrid se persuadió, en un momento dado, de que el azote del cólera morbo era debido á que las comunidades religiosas habian envenenado las fuentes, efecto de lo cual, degolló un gran número de infelices frailes.

No dejando Feijóo, como suele decirse, títere con cabeza, pueden considerarse sus obras, no sólo como desengaño de errores comunes, sino como curioso muestrario y razonado catálogo de esos mismos errores. En sus páginas, como por mágica linterna, desfilan ante los ojos atónitos todos los partos de la ignorancia y de la delirante fantasía; no faltando tampoco muchos vástagos de la malicia, por la candidez del vulgo prohijados. Allí se aparecen los duendes, séres caprichosos, traviesos y retozones, dados á habitar casas desalquiladas, á corretear por los pasadizos, á pellizcar á las dueñas y á repelar á los pajes; criaturas á quienes no se puede calificar de diabólicas, por lo mucho que sus picardigüelas se apartan de la trágica maldad del príncipe de las tinieblas, ni de angélicas, porque no ejercen mision bienhechora alguna; siendo, por lo tanto, como una cosa mixta, ni carne ni pescado, y necesitándose para clasificarlos la enrevesada inventiva del Padre Fuentelapeña, autor del *Ente dilucidado*. Allí las brujas, cabalgando sobre sus escobas, untándose con pomadas de grasa humana, trasladándose con vertiginoso vuelo desde Aquisgran á París, ó desde Navarra á Andalucía, en un abrir y cerrar de

ojos. Allí los poseidos y poseidas, desde las monjas de Loudun, rebaño de míseras alucinadas, hasta las turbas de labradoras que, bajo el influjo del *ramo cativo*, se retuercen y arrojan bollos de cabellos en las romerías gallegas. Allí los libros de exorcismos y de conjuros, con los cuales infaliblemente, en tal punto, y á tal hora crítica de la noche, en tal mes y dia, se habia de encontrar un cuantioso tesoro, por los moros sepultado; y las batallas aéreas en las que, entre rojos y abrasados *cumulus* de nubes, al despuntar el sol, ó cuando descendia á su ocaso, se divisaban clarísimamente ejércitos en colision temerosa y encarnizada pelea, distinguiéndose los ígneos corceles, las flamígeras lanzas, los ardientes escudos, y oyéndose el fragor de aquella legion de hogueras y llamas, de aquel incendio que combatia. Allí los hechiceros, armados con su varita de avellano, á cuya evocacion el manantial de agua, preso en las entrañas de la tierra, se revelaba en sutiles efluvios, que hacian estremecer y torcerse la vara; allí los países fantásticos, el Eldorado en que eran de plata las tejas y de oro purísimo las paredes; el paradisiaco Catai, cuajado de especies y aromas y alfombrado de piedras preciosas; las recónditas Batuecas, cuyos habitantes, como la maga Miranda, no tenian noticia de la existencia del resto del género humano; la cueva de San Patricio, purgatorio poblado de almas gemidoras, y la isla de San Balandran, dominada por amazonas, que obligaban á sus maridos á hilar y coser; allí el fénix, formando su propia pira á fin de renacer radiante de juventud; allí el carbunclo,

iluminando todo un reino con sus reflejos de color de sangre, y el bezoar, neutralizando la rabiosa ponzoña de los reptiles; allí, en fin, el diablo en persona, cargándose á cuestas al obispo de Jaen, y trasladándolo á Roma en un periquete, con no menor celeridad y buen deseo que fabricó el puente de Toledo y asistió familiarmente á Raimundo Lulio.

¡Qué comarca tan rica en perspectivas es la imaginacion! Con sólo lo que dejo apuntado, omitiendo otras mil extravagancias que me bullen en la punta de la pluma, habria materia suficiente para miles y miles de leyendas, cuentos y baladas. Pero lo que en forma poética proporciona agradable expansion á la fantasía, creido á pié juntillas, embrutece; por eso Feijóo, sin la menor lástima de tales enredos y ficciones, las pulverizó y barrió con agudezas y raciocinios, mostrando en los duendes rateros hábiles ó Tenorios vergonzantes; en las brujas, desdichadas ancianas víctimas de una supersticion cruel; en los energúmenos y poseidas, fanáticos ó histéricas; en los descubridores de tesoros, pobres diablos que no tenian un ochavo; en las batallas aéreas, auroras boreales; en los hechiceros de la varita de avellano, estafadores más ó ménos mañosos; en el Catai y Eldorado, un sueño de la fiebre de la codicia; en la isla de San Balandran, una sazonada invencion de marineros; en el purgatorio de San Patricio, una romántica caverna de Irlanda; y en el país de las Batuecas, fénix, carbunclo, bezoar y diablo portador del obispo de Jaen, un rosario de embustes desprovistos de todo racional fundamento.

¡Cuánta soñada fábrica vino á tierra al golpe de ariete, que el buen sentido y la erudicion juntamente le asestaron! Los lectores de Feijóo debian respirar, como el que despierta de abrumadora pesadilla, al ver cuartearse las centenarias murallas de tamaño edificio de fábulas; y si habia alguno entre ellos que, ensanchando más la esfera de sus conocimientos, se dedicase á interpretar las por entónces flamantes elucubraciones de Voltaire, ¡cómo dejara de advertir, con legítimo orgullo, que toda la charla dorada y mordaz del literato frances no fuera parte á derrocar una sola de aquellas vetustas preocupaciones, que tan fácilmente se rendian á la argumentacion de Feijóo!

¿Cómo desconocer, en efecto, el proceso de la crítica volteriana? Niega Voltaire como afirman muchos: porque sí. Y si una afirmacion dogmática es en ocasiones insensata, una negacion lo es siempre. Además, ¿qué es lo que Voltaire intenta arrançar de raíz del espíritu humano? Todo lo consolador, todo lo organizador, todo lo conservador; todo lo que, áun cuando careciese de existencia objetiva, sería siempre un elemento vital que reparase las fuerzas del alma. Voltaire, en sus hábitos de detractor y adulador alternativo de pueblos y tronos, no hallaba lugar para adquirir la perenne dedicacion á la verdad, que hace del publicista un sacerdote; ni en sus instintos, mitad despóti cos, mitad anárquicos, cabia el consagrarse á ilustrar al vulgo, de cuyos aciertos ó desaciertos se le daba, en el fondo, punto ménos que nada. Otros enemigos combatia. Familia, patria, instituciones, ciencia, reli-

gion, á todo reparte arañazos sangrientos. Esos son los errores que desarraiga: los tiranos y sofistas que denuncia á la posteridad, son de la especie de San Francisco de Sales y Leibnitz; y en cambio prodiga el incienso de sus elogios á Luis XV, á la Pompadour, al pedantesco soldado Federico de Prusia. A fe que si se perdieran todas las obras que pueden ser útiles para reconstituir la historia, y nos quedasen sólo las de Voltaire, formaríamos ideas muy exactas. Como historiador, hace novelas, y como novelista, fabrica libelos. Verdad es que Voltaire, con todos sus pujos de escritor serio, rara vez suelta el lápiz del caricaturista; pero las caricaturas, aunque impriman á la figura un carácter risible, han de parecerse para tener mérito, y las de Voltaire carecen de este indispensable requisito.

Y si no díganme: ¿quién conocerá á España, á Barcelona y á la Inquisicion en la sarta de disparatados enredos que se titula *Histoire de Jenni?* (1). ¿Puede darse más grosera ignorancia de las costumbres, no de la China ni de los antípodas, sino de un país bien próximo, y que sostenia con Francia íntimas y amigables relaciones? Cierto es que tan supina ignorancia dura aún, y en nuestros dias Teophile Gauthier, Dumas y Sué han escrito sobre España cosas no ménos peregrinas.

Pero lo que subleva por su injusticia, es el que á un hombre capaz de estampar tantas falsedades y de ex-

(1) Aunque en éste y otros escritos festivos de Voltaire parezca que no hay más pretensiones que las que corresponden á una alegre historieta, la dañada intencion filosófico-social que no rebozan, los hace merecedores de agria censura.

traviar de tal suerte la opinion, se le asimile al grave, al veraz, la concienzudo Feijóo; á Feijóo, tan nimio en su sinceridad, que en su convento habian ascendido á axioma la frase: «el Padre Maestro nunca miente.» Cierto que en las obras de Feijóo se han deslizado errores; pero ¿qué mucho que á quien escribió de tantas materias se le escapase alguna pequeña inexactitud, que tenía por referencia? ¿Ni qué prueba eso contra su pureza de intencion, si, apénas conocido el engaño, faltábale tiempo y papel para rectificarlo?

¿Qué comparacion es dable establecer entre el generoso desembarazo con que Feijóo profesaba una opinion, desde que por exacta la recibia, y el servilismo ó procacidad con que Voltaire abandonaba las suyas? La posicion de Feijóo, á pesar de la tolerancia y agrado con que los reyes, la Inquisicion y el Papa acogieron sus escritos, no dejaba de ser delicada y difícil, como lo prueban las repetidas denuncias que al Tribunal de la Fe contra él se dirigieron; y, sin embargo, ¿quién le vió cejar un punto? ¿Quién pudo sorprender un segundo de vacilacion en su propósito? El negar el milagro de las flores de San Luis del Monte le costó un proceso que duró largo tiempo, y que se pusiese por muchos en duda su ortodoxia, cosa que á Feijóo, verdaderamente creyente, llegaba al alma y dolia de un modo amargo; no obstante lo cual, con la tranquilidad de su conciencia escudado, siguió adelante, y no paró hasta demostrar palpable y científicamente que las supuestas florecitas que el dia del Santo titular se contaba que aparecian por todas partes en el templo,

no eran sino los racimos de ténues huevecillos blancos de un pequeño insecto, que á los primeros tibios céfiros de primavera allí los depositaba; con cuya prueba se sosegaron todos los que no farisáicamente, sino por sencillez de ánimo, habíanse escandalizado.

Innumerables fueron los ejemplos de decision en defender la causa de la verdad, contra viento y marea, que registra la vida de nuestro benedictino: ¿qué hallamos en cambio en la de Voltaire, narrada por su ferviente admirador Condorcet? Vergonzosas deserciones de las banderas del libre pensamiento, que tanto se preció de tremolar y seguir; una comunion hecha pública y solemnemente en Ferney, para evitar que el gobierno le expulsase de allí, á peticion del obispo de Annecy, San Francisco de Sales; una confesion y retractacion al sentirse enfermo, desmentida al hallarse sano; una carta escrita al Padre Latour, con objeto de ingresar en la Academia, carta cuajada de protestas de respeto hácia la religion y de elogios á los hijos de San Ignacio, sobre quienes vomitaba á la sazon en sus novelas calumnias de éstas que la pluma se resiste á estampar, y que indignarán á todo el que las leyere. En una palabra, el espectáculo abyecto de un pretendido pensador que, escarneciendo y mofándose de una religion positiva, no quiere perder, sin embargo, las consideraciones y sosiego de que disfruta el que dentro de ella permanece. Más diré: á no haber Voltaire nacido y escrito en un siglo en que era de moda la impiedad y elegante el escepticismo religioso; en que Federico II de Prusia, Catalina de Ru-

sia, Cárlos III de España y José de Portugal, sin contar muchos pequeños príncipes de Alemania y la licenciosa corte francesa, se habian dado á filosofar cada cual á su manera, y acogian con tolerancia ó entusiasmo sus escritos, jamás hubiera tenido el valor, propio de las almas bien templadas, de profesar opiniones que le atrajesen contrariedades á todos momentos, y la odiosidad general.

Prosiguiendo en mi tarea de hacer resaltar la ninguna analogía entre Feijóo y Voltaire, se me hace forzoso, al examinar al uno como moralista, dar una ojeada al otro; trabajo que casi pudiera ahorrarme con sólo consignar una frase de César Cantú: «No puede culparse á Voltaire,—dice el ilustre historiador,—de haber destruido decididamente la moral y la religion; la moralidad se habia desvanecido ya, y todas las creencias habian sufrido gran sacudimiento;» proceso necesario, añadiré yo, pues en los países en que la moral se basa en una creencia, no se conmueve la una sin que se arruine la otra. Aunque sólo se atendiese á esta faz de las obras de Voltaire, sería lo bastante para declararlas profundamente inmorales, ya que ataca sistemáticamente el cristianismo, sin intentar siquiera bosquejar un órden de cosas, que con igual solidez forme el cimiento ético de las sociedades; bosquejo que, en mi concepto, está imprescindiblemente obligado á trazar todo el que denuncia como imperfectas instituciones que, prescindiendo de su lado sobrenatural, son difíciles, si no imposibles de sustituir.

Pero, aparte del carácter perturbador de la crítica

volteriana, tiene otro de nulidad é insuficiencia, procedente de la falta de principios de que el autor hace gala. «Mentid sin recelo,—decia Voltaire,—que siempre quedará algo.» Esta frase reasume sus escritos. «El fin,—añadia como queriendo cohonestar tan desvergonzada máxima,—justifica los medios;» y «la mentira,—continuaba,—es permitida siempre que nos sea útil.» Hé aquí la moral volteriana. A tal Moisés, tal decálogo.

La direccion de Feijóo, diametralmente opuesta á la del enciclopedista, pudiera encerrarse en un lema: «Decid la verdad sin recelo, que siempre queda algo.» Esta teoría es la que con su vida y obras ha proclamado elocuentísimamente nuestro monje. La sinceridad brilla, como diamante sobre arena, entre las demas relevantes dotes de Feijóo. Sincero es en su fe, sincero en su odio á las preocupaciones, en la satisfaccion infantil que muestra cuando el público acoge entusiasta sus escritos, en la admiracion y elogios que sin reserva prodiga á los grandes hombres de todos tiempos y opiniones; y finalmente, sincero hasta en las dudas y vacilaciones con que anda tanteando los sistemas filosóficos, no atreviéndose á pronunciarse resueltamente en favor de alguno, por temor de menoscabar los fueros de la verdad.

Feijóo, como moralista, se aparta de las huellas de los escritores místicos, que en alas de una abnegacion abrasada trazaron á la criatura caminos de perfeccion que, aunque fáciles y suaves por la gracia á los ardientes seguidores de la Cruz, parecen á los ojos

del mundo tan angostos y escabrosos que teme dejar en ellos la sangre de sus venas y la piel de sus piés. El punto de vista en que Feijóo se coloca para desde allí adoctrinar, no es tan remontado y sublime como el de los Luises de Granada, Kempis, Teresas de Jesus ó Ligorios; es más práctico, aspirando á facilitar el cumplimiento de los deberes morales en medio de las miserias y debilidades de la humana naturaleza. Mas no por eso son ménos rectas y útiles sus teorías. Porque Feijóo escribe de moral, aceptando ciertos hechos y ciertas situaciones que, sin tener nada de impuras en sí, fueron por los místicos calificadas de mundanas en demasía; como, por ejemplo, los bailes, diversion reprobada en globo y sin reservas por la casi totalidad de los autores ascéticos, y que Feijóo halla sin embargo lícita en varios casos y con ciertas circunstancias. Y es que Feijóo comprendió que hablaba para épocas que no se dejaban arrebatar fácilmente sus entretenimientos y hábitos, y que era inútil y hasta pernicioso intentar comprimir el torrente, siendo preferible encauzarlo; por eso quiso en los bailes purificar la intencion, sin robar al cuerpo el ejercicio ni la expansion al ánimo. Los místicos ardientes han escrito, y sus obras son pasmo de muchas inteligencias y reactivo de bastantes corazones; pero el fruto de su ascética doctrina no trasciende sino indirectamente á las multitudes, las cuales no sienten en sí bastante abnegacion para seguir la ruta trazada por aquellos séres animosos y arrostrar iguales sacrificios. Por eso es muy digno de estimacion el sabio

que, sin falsear ninguno de los eternos principios de la justicia y moralidad, hace compatible el bien con los legítimos goces de la vida, goces que sin mancha de egoismo es dado disfrutar, no sistemáticamente, sino accidentalmente, pero sin remordimientos.

El carácter y la disposicion de espíritu de Feijóo, que se transparentan en todos sus tratados, campean sin trabas ni diques en aquellos en que como moralista enseña, ó como psicólogo registra los más escondidos pliegues del corazon humano. ¡Cuán claramente se ve, en el discurso en que desenvuelve con calurosas frases la bella tésis de que el estudio y la meditacion encaminan á la práctica de la virtud, al hombre desinteresado, pero ávido de saber, á quien su austero amor á la ciencia preservó de los juveniles desbordamientos y de las borrascas de la edad madura! ¡Cómo se advierte, en la reprobacion que en otro discurso arroja sobre los que al presenciar los ajenos infortunios pronuncian frases impías como : *castigo de Dios; bien lo mereció por esto ó por aquello; esto es consecuencia de tales acciones de su padre, ó abuelo, etc., etc.*, el profundo sentimiento de justicia que arraigaba en su alma! ¡Cómo en el elogio de Tomás Moro, «mártir glorioso de Cristo,» que fué siempre en su trato íntimo y familiar hombre de sazonada y festiva conversacion, no enemigo de honestos esparcimientos; que por no suscribir á la apostasía supo entregar su cabeza al verdugo con el ánimo sereno y la sonrisa en los labios, se echa de ver la viril lealtad que caracterizaba á Feijóo, tan enemigo de lloronas hipocresías como de fanfarronescos

alardes! Preconiza siempre Feijóo y presenta como modelo para la vida al sabio modesto y sincero, que camina abierto á todas las influencias de lo bueno y de lo bello, que no se envuelve desdeñoso en sus andrajos como el cínico, ni se presenta ceñido de una aureola misteriosa como el pitagórico; que no causa tedio á las gentes á fuerza de repetir en tono magistral sus opiniones, pero que, llegado el momento, á costa de su vida sabe dar de ellas testimonio. Inútiles serian mis esfuerzos si intentase expresar la impresion de *sinceridad* (no me canso de repetir esta palabra) que dejan las obras de Feijóo; su alma palpita, brilla y se eleva á cada paso hácia la verdad, como las rápidas chispas que la hoguera lanza sin interrupcion hácia el cielo.

Como psicólogo, muestra Feijóo notable claravidencia, sorprendente en un hombre alejado cuanto era posible del trato social, y cuyo íntimo comercio era concedido solamente á personas dedicadas como él al estudio. Véase si no el discurso de la *Sabiduría aparente*. Delinea allí con lápiz pronto y fiel algunos tipos en cuya apreciacion suele errar el vulgo y que sólo acierta á definir el experto en conocer los corazones. Investiga los móviles de algunos actos que deslumbran al comun de las gentes, y en ello pone tal tino, que pudiera competir con Labruyère, sobrepujándole en naturalidad. Inclínase Feijóo á la opinion, hoy dominante, y que ha trascendido á las creaciones de los poetas, novelistas y dramaturgos, de que ningun hombre es *completamente malo* ni reune todos

los vicios, y, por consiguiente, que se equivocaria el psicólogo si, conociendo de uno muchas acciones torcidas, negase alguna recta. Los monstruos son tan raros en lo moral como en lo físico, y la teratología no nos ofrece ningun engendro que en todas sus partes se desvíe del tipo normal que la naturaleza produce.

Encuéntrase en Feijóo una opinion,—no tan exótica que no haya sido acariciada por algunos Padres de la Iglesia y enlazádose al dogma de la predestinacion, ni tan desechada que no la acojan hoy muchas escuelas filosóficas,—pero quizás no completa y fácilmente demostrable: la de que todo hombre de verdadero talento es necesariamente bueno. No intentaré, ni pudiera, ir más léjos que Feijóo, aquilatando hasta dónde llegaria á conducir esta apreciacion; pero quise consignarla como una prueba más de su generosa imparcialidad, ya que, partiendo de tal supuesto, no vacila Feijóo en tomar la defensa y áun hacer la apología de Tomás Hobbes y de Epicuro, mostrando que el primero, con profesar el ateismo, vivió como no suelen vivir los que se dicen creyentes, y que al segundo no le entiende el que le suponga consejero de disipaciones y placeres materiales, puesto que los deleites á que incita son aquellos que resultan del cultivo de la inteligencia y de una vida morigerada, en que la sobriedad y la templanza avaloran el más modesto goce.

Desmenuza Feijóo encarnizadamente las teorías políticas de Maquiavelo, y con ese golpe de vista que pertenece al genio pone de realce lo que á todos era

patente, pero en que nadie habia reparado, haciendo ver que el sagaz secretario de la República florentina se limitó á preceptuar en un libro lo que venian practicando de tiempo inmemorial los tiranuelos más vulgares, sin que nadie se lo enseñase. Opina que el empirismo maquiavelesco no merece el nombre de sistema, ni los honores de que se le atribuya el giro de la política italiana en el siglo XVI y la tenebrosa habilidad de los Médicis y Borgias, ya que, para basar el derecho en la fuerza y burlarse de toda lealtad, no hán menester los políticos maestro. Al leer el juicio de Feijóo sobre *El Príncipe,* no pude ménos de recordar una novelita, produccion de un agudo humorista francés, Leon Gozlan, que lleva por título *Les Petits Machiavels,* y es atractiva narracion de la habilidad, casi diré del genio, que sabe desplegar un grosero paisano para agenciarse una despreciable ganancia, demostrando cómo es innato en el hombre lo que se ha dado en llamar *maquiavelismo.* Pero respetando, como es justo, la noble indignacion que en nuestro bien intencionado benedictino produce la obra del estadista italiano, habrémos de confesar que, el reducir á principios y dar una como sombra de sistema orgánico á lo que no puede tenerlo, al engaño y al mal, es, si no laudable, por lo ménos ingeniosísimo, y que la influencia ejercida por el libro de Maquiavelo en la organizacion social de Europa ha sido profunda. Tampoco es dable desconocer lo grandioso de la idea que en él domina, la unidad de Italia: lástima grande que en vez de basarla, como Dante, en el cesaris-

mo (1), no entendiese que su raíz orgánica era el Pontificado. Maquiavelo es un ejemplo de que son infinitas las cosas que concitan más odiosidades contra el que las dice que contra el que las pone en práctica.

En los discursos de la *Política más fina* y de la *Ambicion en el solio*, domina el mismo criterio ya ántes aplicado al libro de *El Príncipe*. Siente Feijóo, y lo prueba con numerosos datos históricos, que los gobernantes leales, los reyes buenos y amados de sus pueblos, tienen más probabilidades de lograr larga y próspera dominacion, que aquellos que por tortuosos senderos, resbaladizos quizá con la sangre de sus predecesores ó súbditos, se abren una entrada al poder. Confirmando esta gran verdad, dijo el poeta antiguo que «las inquietudes son la almohada del malvado.» No sólo en el gobierno de las naciones, sino en los pequeños negocios cotidianos, es más conveniente proceder con rectitud, porque, dejada á un lado la satisfaccion inefable de poder estimarse á sí propio, la honrada conducta es muralla de acero en que se estrellan las embestidas de los envidiosos, de que nadie carece en su esfera. Resulta, pues, lo que asevera Feijóo: que se debe ser bueno hasta por egoismo, comodidad y cálculo.

Cierto que, siendo el bien desinteresadamente practicado un concepto sublime, decae muchos grados cuando recibe aleacion de móviles egoistas; pero si la

(1) Difiere Maquiavelo del gran poeta en que, más patriota, quiere unificar la patria bajo el cetro de un príncipe italiano, al paso que Dante sueña con la dominacion de Enrique de Alemania.

aspiracion tan natural á vivir una vida serena y dulce nos conduce á alejarnos del camino trillado por los malvados, cuya azarosa existencia y trágico fin espantan, ¿por qué rechazar esto que puede llamarse *atricion*, y que, á falta de *contricion*, acaso redimirá á muchos? Hartas veces se ha dicho que nunca medran los buenos; de hoy más, proclama Feijóo, sépase que los infortunios llueven con igual ó mayor fuerza sobre los malos, y que siempre resta al hombre honrado su conciencia. Trae así Feijóo al terreno de la práctica el optimismo ideal de los numerosos pensadores que han puesto el bienestar y la dicha en el ejercicio de la virtud.

Redúcese el discurso de *La urbanidad* á varios preceptos para el trato social, que tienen el raro mérito de no haber envejecido ni perdido nada de su oportunidad y delicadeza. Poca importancia ofrece esta fase de los trabajos de Feijóo: su valor es casi nulo si se compara con el de otros tan trascendentales y profundos; pero, atendiendo al espíritu ceremonioso que entónces en la sociedad dominaba, puede afirmarse que las reglas que para el trato da Feijóo son tan revolucionarias como lo fué para la educacion el *Emilio* de Juan Jacobo. No dejaba, en efecto, de ser nuevo el recomendar como más escogidos unos modales desahogadamente francos y la supresion de enfadosas etiquetas en una época en que, segun D. José Somoza, el echar en olvido la felicitacion de un dia de cumpleaños era suficiente motivo para que se indispusiesen las familias; en que Jovellanos dormia con la nariz

pegada á la almohada para no desbaratarse los bucles de la peluca; en que un viaje de veinticuatro horas exigia una despedida general, y en que en los saraos se estaba como en un entierro. Feijóo traza la línea divisoria entre la licenciosa facilidad del trato francés y la empalagosa tiesura con que voluntariamente se mortificaban los españoles. Puede decirse que los preceptos de Feijóo son los que ahora se observan en los círculos de buena sociedad: empero la balanza se ha inclinado más hácia el lado de la descortesía, y hoy Inglaterra nos ha infundido su espíritu personal y egoista, que no consiente molestarse por nada ni por nadie.

Ocurre, al advertir estos detalles, la observacion de que, despues que los hombres han adquirido cierto grado de cultura, conocen y dominan intuitivamente situaciones de la vida que quizá cuestan á un ignorante el que emplee toda la duracion de la suya en ponerse al corriente de ellas. ¿Quién dió, en efecto, á Feijóo ese tino maravilloso, esa rara aptitud para trazar reglas de trato acertadas y exquisitas, él, solitario sabio, que apénas se habia apartado de su celda y de sus libros? El sereno equilibrio de sus ideas, lo vasto y completo de sus conocimientos, le sirvieron de brújula en un golfo jamás surcado; que no hay para los diestros marinos océano que no registren ó escollo que no sorteen. Recuérdanos por cierto esta parte de las obras de nuestro benedictino aquel tratadito *Sobre el sentimiento de lo bello y de lo sublime*, en que nadie reconocerá la acerada lógica y la profunda especulacion

de Kant, porque parece más bien un ligero é ingenioso folleto de la escuela y época de Voltaire, escrito por un abate galante y discreteador. Feijóo, á la verdad, no se desdeñó de tratar ningun asunto ó materia, no teniendo por indigno de su pluma nada que á rectificar las opiniones erradas ó á mejorar la sociedad se encaminase. Hasta reprende con el propio ejemplo la desabrida impertinencia de las personas entradas en años, que con su poco aseo y humor desapacible apartaban de sí á la juventud ó se complacian en aguar sus inocentes solaces. Propónese á sí mismo por modelo, mostrando que, á fuerza de procurar la exterior compostura é interior sosiego, logrado habia ancianidad pacífica y amorosa acogida de todos cuantos le conocieran.

Toda vez que en esta parte de mi trabajo me he propuesto, al par que dar á conocer á Feijóo como moralista y crítico social, estudiar sucintamente su vida é influencia (y digo sucintamente porque no estoy escribiendo una biografía), necesito resumir ahora todo lo que dejo indicado, y fijar de una vez el carácter de la una y la extension de la otra.

Ya hemos visto cómo Feijóo, moralista, se desvió de la ruta de los místicos y compendió en preceptos una doctrina ménos sublime que la de aquéllos, pero más aplicable á la vida social ordinaria.

No oponerse á las innovaciones sin examinarlas; no reprobar los esparcimientos y solaces profanos en que no se mezcla intencion pecaminosa; condescender con las tendencias del siglo en todo lo que no lleva consigo

intrínseca malicia, tal parece haber sido la teoría de Feijóo, basada en aquella máxima que los escritores sagrados han repetido á porfía, «que en todos los estados y condiciones se puede servir á Dios y salvarse.» No me atreveré á afirmar que Feijóo, al tratar de armonizar la vida cristiana con las modernas costumbres, harto calcadas sobre paganos moldes, no aspirase más pronto que á obtener grandes bienes á evitar mayores males: lo que sí puedo decir es que este carácter tolerante ofrecen sus tratados doctrinales, y que la virtud pintada por Feijóo es risueña, y exenta de asperezas, cilicios y lágrimas asciende, envuelta en rosadas nubes, á la serena region del Cielo.

Por lo que toca á la vida de Feijóo, hemos dicho poco; pero este poco es casi todo. Vocacion religiosa; amor entrañable al estudio; puras costumbres; amena gravedad en el trato, y una larga existencia, sin más borrascas ni azares que los que le ocasionó la aviesa malignidad de sus émulos, y acaso la muerte del caro amigo Martin Martinez, hé aquí todo lo que hallará, salvos insignificantes detalles, el que se ocupe en escribir la biografía de Feijóo. Detalles insignificantes he dicho, pero, añado, elocuentísimos; porque ¿qué tierno interes no despertaria en el ánimo del lector el cuadro de Feijóo, próximo á los noventa años, sordo y casi moribundo, haciéndose conducir al coro en una silla para juntar aún su voz á la de sus hermanos, que cantaban las glorias de Dios? ¿Cuán curioso no fuera el seguir paso á paso y ver estrecharse los tiernos lazos de amistad entre un hombre como Feijóo y otros como

Martin Martinez, el duque de la Mirándola, el anatómico Elgard y el doctísimo Padre Sarmiento, discípulo de Feijóo y benedictino tambien, que no retrocedió ante la ardua empresa de escribir una apología de todo el TEATRO CRÍTICO? ¿Qué atractiva la historia anecdótica del efecto producido por las obras de Feijóo, historia que nos llevaria desde la humilde estancia en que, aguijoneado por la falta de recursos, las impugnaba el notable estadista Salvador Mañer, hasta el magnífico gabinete en que la buena reina Bárbara de Braganza las saboreaba?

Pero á nosotros no nos está reservada esta tarea. Baste á nuestro intento el ligero bosquejo que queda trazado, y entremos á analizar un fenómeno complejo é importantísimo: la influencia y mision de Feijóo en el renacimiento español.

Feijóo, cuya crítica y obras marchaban al doble fin de desarraigar los errores comunes en España y de trasplantar y aclimatar en nuestro suelo los conocimientos vulgarizados ya en Francia, no podia dejar, cumpliendo su cometido, de herir en ocasiones el amor propio castellano, malparado por la franca severidad con que el benedictino estigmatizaba el atraso en que la «Señora de ambos mundos» habia venido á estacionarse. A diferencia de Voltaire, cuya sacrílega *Pucelle d'Orleans* es sangriento bofeton en las mejillas de la patria, son las críticas de Feijóo despertador saludable y leales avisos que, aprovechados por toda la nacion, hubieran podido sacarla del marasmo en que yacia á despecho de la buena voluntad de los reyes filósofos

Fernando VI y Cárlos III, que no omitieron creaciones de academias y colegios ni comisiones al extranjero, generosos esfuerzos esterilizados por la apatía general. Las advertencias de Feijóo, acogidas con entusiasmo por algunos, con prevencion y tedio por los más, dividieron las opiniones y prepararon las tendencias que más tarde habian de traducirse en dos grandes hechos: la guerra de la Independencia y los *afrancesados*.

En la magnífica epopeya de 1808, timbre inmarcesible de nuestra historia, no es solamente el sacro impulso de libertad exacerbado por la invasion lo que hace erguirse á España formidable y sombría como la Judith bíblica; es el apego á costumbres y venerandas instituciones, la monarquía atropellada en la persona del *Deseado*, la religion escarnecida por aquellos soldados hijos de la revolucion oficialmente atea de 1793, que mutilaban sarcófagos, destrozaban imágenes y vivaqueaban en las iglesias y conventos, sin que fuera parte á impedirlo la hipocresía, oficial tambien, de Napoleon y de José Bonaparte, el que intentaba pasar por de cristianas costumbres pidiendo misa á las once de la noche.

Exasperado por tantas causas el sentimiento tradicional y patrio, desencadenóse terrible, envolviendo en su odio, no sólo á las invasoras huestes, sino á los hábitos, adelantos y cultura, que á fuer de nacion más civilizada y poderosa traian consigo, como arrastra el torrente devastador pepitas de oro entre las revueltas ondas. En su fanatismo sublime, negábanse los espa-

ñoles hasta á comer patatas, porque era de aclimatacion francesa aquel tubérculo; y la posesion de un libro impreso en la aborrecida extraña lengua era motivo suficiente para que se tuviesen por dudosas las opiniones del dueño. El pueblo, ávido de prodigar su sangre para rescatar á España de la ignominia de un monarca extranjero impuesto á viva fuerza, desconfiaba de las altas clases, y de las mismas juntas, no tan inflamadas en santa indignacion como las masas y como el clero, que atizaba incansable la cólera popular, uniendo en la divisa de *Dios, patria y rey* las aspiraciones de todos los pechos hispanos.

Pero la nobleza, más ilustrada, y á la vez más escéptica é indolente, no se asoció por unanimidad al gran sacudimiento que conmovia la Península. Unos se encerraron en la indiferencia; otros abiertamente se pusieron al servicio de la causa de la invasion; actitud bochornosa, que arranca á Espronceda en la oda al Dos de Mayo aquel indignado apóstrofe:

«Y vosotros, ¿qué hacíais entre tanto
los de espíritu flaco y alta cuna?
¡Derramar como hembras débil llanto,
ó adular bajamente á la fortuna!»

Sí; por más extraño que parezca en una aristocracia de guerreras tradiciones como la española, que ganó cada timbre á punta de lanza, es lo cierto que el fenómeno moral de los *afrancesados* se manifestó en su seno, salvas muy contadas excepciones.

Fuera más que vulgar el hacer en esta ocasion coro

á las imprecaciones de la irritada musa de Espronceda; que si es mision del poeta levantar el ánimo á altos hechos, es deber del crítico meditar ántes de que pronuncie un fallo condenatorio. No fué solamente la adulacion á la fortuna la que amortiguó el instinto de independencia en las altas clases: fué el influjo de la literatura y civilizacion francesas; fué la admiracion que inspiraba el progreso material y científico de la patria de d'Alembert y Diderot, Condillac y Destutt-Tracy, Volney y Condorcet, Lavoisier y Buffon, y tantos y tantos cuyas teorías y producciones traspasaban el Pirineo y eran acogidas en España por una escogida pléyade, ávida de conocimientos. No estamos conformes con César Cantú, que sostiene que los afrancesados españoles no eran, como los de otros países, gente versada en las letras y dada á la filosofía peculiar de las márgenes del Sena: parécenos, al contrario, que sólo el anhelo de una regeneracion y despertamiento científico y literario pudo ser parte á que miembros de una nobleza que arrancaba de los Fernandez de Córdoba, Pulgares, Sueros de Quiñones y Alvarados, pusiesen alegre rostro á los invasores de la patria.

Jactábase el rey intruso José, acaso con razon, de practicar principios humanitarios, y lisonjeando los deseos de los personajes españoles que le eran adictos, prometia una era de renovacion y progreso. Con más tino y perspicacia, el pueblo, guiado por su indomable amor á la libertad, queria que esa era fuese inaugurada por las instituciones orgánicas y propias del país, y no impuesta á bayonetazos; que es la bayoneta mez-

quino arado para el campo del espíritu. De aquí provino la colision sangrienta entre el sentimiento y la reflexion, representado aquél por las masas que tomaban

«navaja en mano
cañones á la carrera;»

y la otra por aquella clase escogida, que reia con Voltaire ó soñaba con Juan Jacobo, y en esta ocasion erró el camino que adivinaron los incultos guerrilleros: victoria del corazon, á que debe España el no envidiar á Grecia sus Termópilas, ni á Roma sus Horacios y Mucios.

¿Quién puede apreciar la influencia que ejerció en aquella actitud de una no escasa parte de la nobleza, la crítica desinteresada de Feijóo? Feijóo, que, á vivir, hubiera fulminado su reprobacion sobre los afrancesados, los produjo sin embargo á centenares. Aquellos sus consejos de preferir la lengua francesa á la griega por ser la más afinada y rica de Europa, y la de que mayores utilidades podia reportar el que á las ciencias se dedicase; aquella discreta burla esgrimida contra los que sistemáticamente rechazan lo extranjero y encarecen lo nacional; aquel discurso encaminado á probar que la diosa Patria no ha tenido tantos devotos como suelen ponderar las historias; aquella admiracion no disimulada por los adelantos y descubrimientos de todo género con que se enriquecia la Francia, determinaron sin duda alguna el afrancesamiento de no pocos próceres gallegos y de muchos del resto de Es-

paña, harto míopes para no alcanzar á conciliar el lazo que nos hace solidarios de toda conquista de la humanidad, con el no ménos santo vínculo que nos liga hasta la muerte á la madre patria.

¿Cabe exigir por esto responsabilidad á nuestro benedictino? En manera alguna. Un pensador mal comprendido no es culpable. A vivir unos pocos más de años Feijóo, tengo por seguro que su atencion, desviándose de las Galias, se hubiera concentrado, en union de la de Mad. de Staël, sobre la Alemania, que, abriendo un ciclo de sorprendente movimiento intelectual y científico, iba á registrar en sus fastos los nombres de Wieland y Klopstock, Kotzebue y Schiller, Hoffman y Schlegel, Loevenhoeck, Rosenmüller, Werner, Oken, Ehreuberg, Goethe, y mil y mil que harian palpitar de gozo el corazon de nuestro sabio monje, tan amador de la inteligencia, del arte y del progreso pacíficamente realizado.

Perdonad, pues, á Feijóo su involuntario pecado de haber influido poderosamente en la antipatriótica protesta de los afrancesados, en breve sofocada bajo el peso de la ira nacional; y observad tan sólo cuán vigoroso impulso supo imprimir al renacimiento español que, iniciado ya con Fernando VI, se determinó amplia y resueltamente bajo Cárlos III, originando la creacion de numerosas Academias, de las Sociedades Económicas de Amigos del País, del Jardin Botánico del Prado, del de Cádiz y Sevilla y otras muchas capitales de España; la colonizacion de Sierra Morena; la organizacion de la beneficencia, por Feijóo ardientemente recomen-

dada; y produciendo en el terreno literario y científico á Jovellanos, que aprendió de Feijóo la importancia y el valer de la crítica; al satírico Cadalso; al sabio historiador jesuita Masdeu, al erudito Capmany, á Moratin, Iriarte, Fray Diego Gonzalez, D. Juan de la Cruz, Melendez Valdés, Samaniego, Lardizábal, Sant Pons, Palau..... No acabaríamos de citar nombres, entre los cuales, si pocos alcanzan á aquellas originales y atrevidas concepciones y presentimientos que son patrimonio del genio, todos elaboran una era de regeneracion, aplicándose en su mayor parte á la tarea más útil en el instante en que un siglo trata de orientarse: á señalar la ruta, á devolver el buen gusto á las letras, y á los estudios científicos el indispensable método.

Feijóo habia enterrado lo pasado: á ellos tocaba guiar los primeros pasos del porvenir.

III

PRESENTIMIENTOS, TENDENCIAS É IDEALES DE FEIJÓO

Contra el parecer de la mayor parte de los escritores que han clasificado á nuestro benedictino, y contra la comun opinion, hemos indicado ya y repetimos ahora que la mision de Feijóo, aunque crítica, fué tanto ó más afirmativa que negativa, y que no arrancó error, superchería ó preocupacion que no reemplazase con una verdad presentida ó demostrada.

No quiere esto decir, en manera alguna, que todo, absolutamente todo lo que Feijóo combatió como error, lo fuese: ni que todas, absolutamente todas sus hipótesis y aseveraciones, poseyesen la exactitud y valor científico que nos admira encontrar en la mayor parte. Lo innegable es que jamás nacieron sus errores de pereza en buscar la verdad ó de maligno empeño en ocultarla.

¿A qué naturalista, en efecto, no hubiesen preocupado las autorizadas relaciones y noticias que recibia incesantemente Feijóo acerca de la existencia de los anfibios racionales, conocidos por el hombre-pez de Liérganes y el peje Nicolao?

Testigos oculares y fidedignos, numerosos datos, reuníanse para persuadir de que dos séres humanos, llegados ya á la edad viril, habian desaparecido de la sociedad y elegido por morada el Océano, cuya inmensa sábana les servia de casa y lecho, reapareciendo sólo por cortos momentos y con intervalo de años en la orilla natal. El uno, el peje Nicolao, habitó el golfo de Nápoles; el otro, el pez de Liérganes, la costa de Santander. ¿Qué mucho que tratándose de dos sucesos recientes, uno de los cuales aconteció á no mayor distancia de Feijóo que la que separa á Santander de Oviedo, se excitase la mente del sabio, y se arrojase á fabricar hipótesis y conjeturas que explicaran el raro fenómeno? Aunque pareciese fácil suponer que el peje Nicolao, nadador infatigable, tenía su madriguera en alguna de las grutas ó islotes que esmaltan el cinturon de Parténope, no podia interpretarse de un modo análogo la vida del pez de Liérganes, puesto que, cuando se le recogió, se cuenta que revestian su cuerpo unas como escamas ó rugosidades, y que á ellas adheridos venian fucos, algas, y menudas y delicadas conchillas. Si á relato tan propio para exaltar la imaginacion se agrega el recuerdo del poético mito de las sirenas, náyades y tritones, y la tradicion de la Edad media, de los hombres y mujeres de mar pescados en el siglo XVI

y reconocidos nada ménos que por Vesalio en Amsterdam, habrémos de convenir en que no es sorprendente que Feijóo aceptase la existencia de esta clase de razas y se lanzase á mil suposiciones para explicarla. Ni es tan humillante el caer en un error que á título de teoría científica se exhibe hoy, ya que no faltan naturalistas, como Mallet, que hacen surgir la humanidad, nueva Afrodita, del espumoso seno de las olas.

Consideraciones fáciles de comprender nos fuerzan á omitir nuestro juicio acerca de las reflexiones que á Feijóo inspira el «hallazgo de un feto humano en el vientre de una cabra,» monstruosidad en cuya existencia creyó firmemente, llegando hasta á decir que podia administrársele el bautismo *sub conditione*, opinion en manera alguna heterodoxa. Sobre ocurrencias de este género sólo es dable discurrir cuando el detenido exámen de una sociedad científica, ajena á sistemas preconcebidos y sólo atenta al estudio de tan singular fenómeno, haya producido un fallo demostrando la realidad del caso; y parte por la falta de esta circunstancia, y parte por lo escabroso de la materia, nos abstenemos de entrar en ella, consignando sólo, en interes de la imparcialidad, que Feijóo creyó, acaso con sobrada buena fe, al autor de la carta que narraba el sucedido, y que, ántes de buscar explicacion á un lance tan extraño, importaria mucho verificarlo con gran minuciosidad.

Tal vez fué ésta la única ocasion en que Feijóo pari ó de ligero en acoger referencias, puesto que las magistrales reglas de crítica que dictó en uno de sus mejo-

res tratados, de nadie se vieron más escrupulosamente observadas. Es posible tambien que la fe de Feijóo en el relato fuese *sub conditione*, como el bautismo que queria administrar al engendro.

Ménos considerables nos parecen otros errores, que acaso no merecen siquiera este nombre, puesto que Feijóo los presenta como probabilidades hipotéticas, fiel en esto á su reserva habitual. Figura entre aquellas presunciones la de que las piedras crecen «de dentro á fuera,» lo que, á ser cierto, revelaria espontaneidad y fuerza orgánica, descubrimiento no poco revolucionario, que cambiaria totalmente el punto de vista en que se colocan los geólogos y mineralogistas y modificaria la concepcion litológica universalmente recibida, que quiere que los cuerpos minerales aumenten su volúmen por agregacion ó yuxta-posicion. Verdad es que la Naturaleza, que no salta nunca, ni deja soluciones de continuidad en su gran proceso, ha ofrecido á los ojos de los indagadores de tal manera borrados los límites que dividian aquellos clásicos *reinos* mineral, vegetal y animal, que apénas es dable decidir si, por ejemplo, los espongiarios son una masa viviente de sílice, ó un animal-planta petrificado; y ¿qué dirémos de los corales, árboles de piedra, mudos y frios como esfinges en el hondo abismo de las aguas, y qué de la madrépora, que no es realmente otra cosa más que cal organizada? Tal es el maravilloso artificio con que están enlazados los eslabones de la eterna cadena circular, que no parece posible decir en dónde comienza la soldadura. Tan insensible es la transicion

de lo orgánico á lo inorgánico, y tan gradual el despertamiento de la inercia á la vida, que sólo podrémos compararlo á las vagas y difusas medias tintas en que se baña el paisaje al despuntar el alba.

Pudo nacer la hipótesis de Feijóo de la conciencia de tan íntima conexion y enlace; pudo tambien originarla el espectáculo de la misteriosa respiracion de la corteza terrestre, que con las erupciones de sus volcanes, con la trepidacion de sus terremotos, con la depresion ó emergencia de sus valles y montañas, con el desprendimiento y fragmentacion de sus rocas, parece un seno de mujer que palpita, se agita, se espasmodiza, se estremece convulsivo ó rompe en anhelosos sollozos. Por otra parte, él no da grande importancia á su teoría, cuya singularidad reconoce, y ciertamente que se hubiera guardado de enunciarla si en su tiempo las ciencias naturales poseyesen el actual desarrollo. Tendria entónces Feijóo ideas más claras acerca de la constitucion de la materia; no ignoraria el modo de agrupacion de las moléculas cristalinas, ni el papel de las minerales en el organismo; entenderia, por fin, que en la concepcion mecánica del Universo no corresponde puesto ménos principal á lo inorgánico que á lo orgánico, ya que en ambos se producen igualmente, en su límite, las transformaciones del movimiento, en luz, calórico, electricidad, magnetismo y atraccion molecular. Bien es verdad que Feijóo, con preferir la solucion atomística, vacilaba en aceptar todas sus consecuencias, como verémos más adelante al estudiarle como filósofo natural; y entónces compren-

derémos la causa de sus irresoluciones, y el por qué, á vivir, se hubiese afirmado en su punto de vista favorito.

Incidentalmente he tocado este asunto, que pertenece á la última parte, porque me obliga la imparcialidad á no dejar á un lado las opiniones ménos fundadas de Feijóo, ya que me propongo revisar aquellas que brillantemente confirman los recientes descubrimientos y conquistas. Por estas razones no debo tampoco omitir la depreciacion con que Feijóo recibe el aserto histórico-crítico que señala el parentesco de los mitos paganos y de las teogonías indo-persa, egipcia y escandinava con las tradiciones bíblicas y cristianas, aserto que hoy es acogido unánimemente por historiadores y epigrafistas, ya católicos y protestantes, ya adictos á otras confesiones y creencias, sintiendo los primeros que la pura revelacion, transmitida por el Señor á nuestros padres, fué groseramente adulterada para dar orígen á todas las fábulas y extraños cultos; y queriendo los segundos que algunas primitivas ideas religiosas, pasando á tradiciones, engendrasen los dogmas y personajes, fondo comun de todas las religiones positivas, que, añaden, se revistieron despues con los adornos que el genio, la índole de la raza, el clima y la historia fueron sucesivamente proporcionando.

No hallaba Feijóo tal conformidad, harto patente, por ejemplo, en la universal tradicion del estado paradisiaco, de la caida, del diluvio parcial ó universal; en la figura de Salomon, comun á los libros sagrados

hindús y hebreos; en la esperanza, comun tambien á los persas, egipcios, griegos, galos y aztecas, en un redentor sobrenatural; en la creencia, extendida desde los asirios y caldeos hasta los celtas y godos, en ángeles buenos y malos, y en otras muchas semejanzas y reminiscencias que sobrecogen al registrar los libros y poemas sagrados de todos los pueblos y cultos.

La filología comparada, ciencia reciente, hija de la generalizacion y facilidad de los viajes y del rápido desarrollo de los estudios de orientalismo, nos hace notar la identidad de las radicales del Zeus griego, del Jove latino, del Yao chino, del Jao caldeo, del Jaungoicoa euskaro y del Jehovah hebreo. Un ligero cuadro políglota de tan sólo veintiuna lenguas, presentado por el etnólogo Doméný de Rienzi, permite observar que la palabra Dios se dice Deva en tzengaro, europeo é indostánico, en sanscrito, paisachi, pali é hindú; Di en chino, Theos en griego, y Eloï, Lellah, Lahat Allah, Ilah y Allah en hebreo, árabe, tzengaro de la isla de Borneo, tcherkesse y turco. Datos que ayudan poderosamente á la exégesis de la tradicion primitiva, y que dan consistencia á la afirmacion de una primordial unidad de raza y creencias, siendo como los hilos conductores en el vastísimo laberinto de los mitos, fábulas, símbolos y teogonías de la humanidad.

El gran impulso y superior sentido que imprimió nuestro siglo á este [illegible]igaciones, y el escaso desenvolvim[illegible]n alcanzaban, explica el que Feijó[illegible]ario á admitir afinidades que h[illegible]entalistas y

críticos militantes en bien opuestos bandos (1). Que no es posible atribuir la apreciacion del benedictino á miopía, ni á carencia de percepcion sintética, pruébalo claramente otro de sus tratados en que se consagra á vindicar los mal comprendidos cultos griego y egipcio, desentrañando la elevada y profunda idea de Dios que se velaba bajo el grosero politeismo é idolatría, y rechazando la frase del satírico romano que hace nacer «en las huertas» y bajo forma de «puerros y cebollas» á los númenes del Egipto. Es extraño que de tan afinado criterio no se siguiese la comprension de la importancia, histórica cuando ménos, que podian tener ciertas analogías que, ya que no recibiesen exactamente la misma explicacion que les dieron Heinsius, Huet, Tournemine y los demas autores por Feijóo impugnados, eran susceptibles de irse aclarando y delineando cada vez más, á merced de los adelantos de las ciencias urísticas y gráficas.

El papel que á dichas ciencias tocaba representar en el porvenir de la historia, no se ocultó por cierto á Feijóo. Terminantemente declara, sin rehuir la responsabilidad de su aserto, que la tradicion, como fuente histórica, es turbia, oscura y cenagosa, y que el historiador se expone á beber en ella las más groseras patrañas. Aseveracion á que puede agregarse la de que las tradiciones son relatos truncados, que nos dan desnudo el hecho (áun suponiendo que éste pasó realmente) y que no nos iluminan acerca de ninguno de sus

(1) Por ejemplo, Max Müller (*Science de la réligion*) y Augusto Nicolas (*Études philosophiques sur le Christianisme.*)

orígenes ó resultados; por manera que, pretender reconstruir bajo semejante base el desenvolvimiento de la humanidad en el tiempo y en el espacio, fuera tan absurdo como persuadirse de que los sueltos y mutilados cantos de los rapsodas griegos han formado el armónico y magnífico conjunto llamado la *Iliada*. Por eso hoy la historia, abarcando en fin el inmenso campo que le pertenece, pide luz á la crónica, no rechaza la gesta y el romance, abre los sepulcros, clasifica las monedas, descifra los jeroglíficos é inscripciones, registra los monumentos, analiza y desmonta pieza tras pieza los idiomas, y en fin, rodeada del grave coro de todas las ciencias, deja oir su voz profética.

De haber hecho uso de la perspizaz ojeada con que suele otras veces encontrar en lo pasado la clave del porvenir, no tratara acaso Feijóo tan duramente á los que se dedicaban á la *Chrisopeia*, vulgo busca de la *piedra filosofal*, atribuyendo sus ensayos para hallarla al *auri sacra fames* de Virgilio. Porque los alquimistas, á vueltas de sus transmutaciones, amalgamas, sublimaciones, precipitaciones y soluciones, han preparado (¿y quién es capaz de decir hasta qué punto?) el advenimiento de la química, la ciencia por excelencia del siglo XIX, la que está acaso llamada á resolver más problemas en el órden natural, y que dormitaba en el fondo de las retortas y alambiques de los Arnaldos de Vilanova, Flameles, Teofrastos, Paracelsos y Raimundos Lulios, ávidos de subyugar y contemplar sin velos á aquella naturaleza rebelde que se resistia á descubrirles el cómo se elaboraba el oro en sus entrañas.

Feijóo no vió más que el lado insensato de tamaña pretension, y por ello pone en la misma línea á los saludadores y zahoríes, y á los alquimistas. No sospechaba, á buen seguro, que un genio, un gigante de los reinos del arte, que era á la vez hombre de ciencia y filósofo, Goethe en fin, habia de hacer del alquimista el tipo supremo del Prometeo contemporáneo, el Fausto desesperado y escéptico, personificacion de los hondos dolores que á toda una era estaban reservados.

El carácter supersticioso que ofrecian los trabajos de los buscadores de piedra filosofal, fué indudablemente lo que les valió la explícita desaprobacion de Feijóo. Los alquimistas eran una tradicion mago-caldea ó hermética, á la cual su orígen forzó al misterio para haber de perpetuarse dentro del Cristianismo. Hombres que probablemente no aspiraban á otra cosa más que á ensanchar y rectificar sus nociones de ciencias naturales por medio de reiterados experimentos, se vieron constreñidos á procurarse, para llenar este fin, la proteccion de algunos príncipes, cuya codicia tentaron por la quimérica esperanza de fabricar con vilísimos elementos el oro. Antojábasele al vulgo ignorante que sólo la aspiracion á poseer el precioso metal podia obligar á los sabios, en concepto de magos y nigromantes tenidos, á pasarse las noches de claro en claro y los dias de turbio en turbio rodeados de crisoles, vasijas, librotes atestados de fórmulas, ardientes hornillos, alambiques y redomas. No se eximieron de la imputacion de buscar la piedra filosofal Alfonso el Sabio, Alberto el Magno, ni el legendario marqués de

Villena. Oro sí, y purísimo y por todo extremo aquilatado, procuraban aquellos infatigables trabajadores; pero no del que se afiligrana en joyas ó en monedas se acuña, sino del que, caudal y patrimonio del mundo entero, por él se difunde refulgente en forma de descubrimientos, verdades demostradas, y más tarde fecundas aplicaciones artísticas é industriales. De brujo acusó la gente á Bernardo de Palissy cuando en su hornillo el grosero kaolin se transformaba en delicadísima porcelana esmaltada de brillantes matices; y por hechicero tuvieron muchos á Alberto de Bollstœdt, el Magno, por la construccion de su Androïde, aquel autómata maravilloso que Santo Tomás creyó obra del diablo é hizo añicos de un golpe de báculo (1). Sin embargo, eran todos ellos, hoy es dable afirmarlo, los precursores del método inductivo, tan eficazmente recomendado por Feijoó, y único fecundo en resultados para las ciencias naturales.

Verdad es que al escribir Feijóo, el alquimista, figura misteriosa y genial, como en la Edad Media, habia espirado, y en su lugar surgian el químico y el biólogo, como en vez del astrólogo y de sus cabalísticos signos, casillas y conjunciones despuntaba el astrónomo, armado del telescopio y del sextante, y reduciendo á números y líneas geométricas la mecánica celeste y el sistema del Universo.

La *astrología judiciaria* fué tambien rudamente atacada por nuestro monje, con harta más razon que la

(1) Esta anécdota histórica, aunque no suficientemente comprobada, da á entender la grande altura que alcanzó Alberto Magno, como mecánico y físico.

alquimia, ya que las ridículas consultas á las estrellas, el horóscopo, el signo del Zodiaco, que coincide con el nacimiento, el vaticinio de sucesos venideros, las supuestas influencias cálidas ó frígidas de este ó aquel astro, eran otros tantos absurdos motivos de cavilacion y otras tantas ofensas al precepto religioso que prohibe intentar este género de supersticiosas conjeturas. Y de lo muy infiltrados que estuvieron y están tamaños despropósitos en la médula de las multitudes, nos da testimonio el que, no sólo despues de la revolucion y bajo el régimen napoleónico adquiriese Mad. Lenormand por tales artes una fortuna, sino el que en nuestros mismos dias, á la hora en que esto escribo, hay, no en ninguna comarca atrasada, sino en París, *cerebro de Europa* al decir de Víctor Hugo, un número que no baja de 300 mujeres dedicadas á decir la buena ventura, profesion que les reporta no escaso lucro.

En lo tocante á estética, Feijóo ha sido avaro de apreciaciones y juicios, sin dejar por eso de haber promovido dos discusiones muy acaloradas y de haber presentido cuál iba á ser el ideal y la preferencia artística del porvenir. Otorgó el primer lugar á Lucano sobre Virgilio; combatió la introduccion de la afeminada armonía italiana en las graves ceremonias de los templos, y presintió y afirmó que el deleite de la música era el más conforme á la naturaleza racional: aseveracion que será fuerza examinemos con despacio ántes de aceptarla.

La prioridad concedida á Lucano, autor del poema histórico *La Farsalia*, sobre el cisne de Mantua, pareció

extraña entónces, y lo parece acaso más hoy, porque nuestro espíritu vacilante y enfermizo tiende al lirismo y se rinde cada vez más al halago de la musa virgiliana, tierna y melancólica unas veces, brillante y gráfica otras, vivificada como la de Lucrecio por las emanaciones de la Naturaleza, pero ménos entera y férrea que la del poeta preferido por Feijóo. Lucano es un narrador concienzudo que no viste la epopeya con postizas galas; ni una ficcion, ni un personaje alegórico, ni un prodigio; nada, nada más que los grandes y trágicos sucesos, tal como los presenció el orbe todo. Virgilio es un mago que forja una genealogía divina para un pueblo que evoca una mitología risueña, dorada, que nos da á beber el néctar de los dioses helenos y la miel perfumada del monte Himeto; Lucano es un grave ibero, nervioso y ardiente como los generosos corceles españoles, que á los veintidos años, en un sólo rapto de varonil inspiracion, compuso su *Farsalia*, y á los veintiseis fué mandado asesinar por Neron, celoso de sus bellos cantos ó temeroso, tal vez, de su estro franco y altivo. En torno de Virgilio danzan asidas de las manos las refinadas y artísticas ninfas del Lacio, amamantadas á los divinos pechos de las musas de Hesiodo y Homero; Lucano no tiene más númen que el genio vigoroso y severo de su natal país, cuyo soplo anima sus cláusulas grandilocuentes.

Por este carácter de espontaneidad y por la sublime sencillez, verdaderamente épica, que distingue á la *Farsalia*, muéstrase Feijóo admirador de Lucano, anteponiéndole á la muelle dulzura y á la riqueza de fan-

tasía de Virgilio. Entusiasma á nuestro sabio monje, sobre toda ponderacion, aquella estrofa en que, al referir el poeta cómo fué turbado por los golpes que á su puerta daba César, el sosegado sueño que sobre un pobre lecho de secas algas gozaba el barquero Amiclas, exclama:

O munera nondum
intellecta Divum. Quibus hoc contingere templis,
aut potuit muris, nullo trepidare tumultu
Cæsarea pulsante manu!

Profundo trozo, sin duda, que sin artificio y de pronto subyuga el ánimo con la energía del concepto y la sublimidad del contraste.

Conceder el primer lugar á Lucano sobre Virgilio, es en cierto modo natural en quien tiene la mente más hecha á raciocinio y análisis que á brillantes excursiones por el campo del arte. Feijóo, enemigo de las ficciones, intentó desterrarlas hasta de su propio hogar, que es el de las musas. Arduo intento fuera el de ventilar aquí si la poesía, y en general las artes, deben servir de vibrante desahogo á la irresistible inclinacion que nos arrastra hácia todo lo que se sale de os estrechos límites de nuestra esfera de actividad, ó si más bien han de ser sencilla y fiel expresion de la vida real, embellecida por más delicadas y exquisitas formas; pero dejando planteado el problema que agita y divide las várias escuelas, séanos permitido á los que, sin desconocer el mérito indiscutible de Lucano, nos hemos embelesado mil veces con la multífona reina

virgiliana, y repetido, como se repite un trozo de deliciosa música, aquel

..... tibi candida Nais
pallentes violas, etc., summa papavera carpens,
narcissum, etc., florem jungit bene olentis anethi

. . . . . .

..... Sunt nobis mitia poma,
castaneæ molles, etc., pressi copia lactis

. . . . . .

conservar nuestro entusiasmo por el mantuano maestro que guió á Dante, y en cuyos dísticos gorjea la campesina alondra. La eterna frescura, el encanto perpetuo de Virgilio, son innegables; y por mucho que lisonjeen el amor patrio los encomios de Lucano, no creemos aventurado el afirmar que en este respecto Feijóo aplicó á las bellezas poéticas de ambos la medida subjetiva que hace hallar más subido deleite en aquellas concepciones artísticas que mejor se conforman con nuestro carácter, tendencias é ideales.

De tales preferencias, basadas en la armonía de lo expresado por el vate y por el lector sentido, no carecen sino los que, sin profundo entusiasmo y sin efusiones, se acercan á las grandes obras artísticas, contemplándolas como quien sólo ve en la estatua un frio trozo de piedra y no la idea misma encarnada en el mármol. Por eso pudo Voltaire, sibarita helado, incapaz de noble exaltacion, loar un dia las bellezas de Shakspeare, y al siguiente poner de realce todos sus luna-

res, porque creyó, en su insensata vanidad, que él y aquel genio podian ser rivales; mezcla asombrosa de soberbia y ceguedad, ya que el tener por competidor á Shakspeare era una gloria con que el amanerado autor de *Merope* no debiera ni soñar. Verdad es que no son muchos los que, como Feijóo, se eximen de la pequeñez de envidiar á sus predecesores ó contemporáneos. Anduvo Feijóo tan libre de este género de miseria, que el elogio acude á sus labios como la savia al tronco, no sólo sin esfuerzo, sino con viveza y energía. Esta su generosa condicion hubo de costarle sinsabores, no faltando quien le arguyese con solapada malicia y sorna, como lo hicieron los lulistas Fray Márcos Tronchon y Fray Rafael de Torre-Blanca, aseverando que «el Adónis del Padre Maestro era el hereje Bacon de Verulamio.» No dejó pasar Feijóo la frasecilla sin una dura fraterna y sin convencer de ruindad de ánimo á los dos panegiristas de Raimundo Lulio, que atacaban insidiosos á Feijóo porque se habia permitido no encontrar en el *Arte magno* otra cosa sino un libro más que medianamente embrollado é incoherente, y no aquel resúmen y compendio de todas las ciencias que querian ver sus adeptos. El tiempo, relegando el *Arte magno* á la condicion de libro curioso y digno de los estantes de un bibliófilo, al paso que conservó su importancia al *Novum organum* de Bacon, ha dado la razon á Feijóo.

No debe extrañar, despues de conocidas las íntimas causas que motivaron la preferencia dada á Lucano por Feijóo, la enérgica invectiva que le arranca la in-

troduccion de la música italiana en las majestuosas solemnidades de los templos. Repugnan profundamente á la grave religiosidad de Feijóo aquellos lascivos quiebros y voluptuosas inflexiones, más propias para evocar representaciones de placentero desórden, que para elevar el espíritu á Dios. Y al tocar este asunto tiene Feijóo un presentimiento exacto y admirable: el de la decadencia é inferioridad futuras de la música italiana; sorprendente intuicion cuando se inauguraba su esplendor. «Acaso le sucederá muy presto á Ita»lia,—dice en el discurso de la *Música de los templos*,— »con la música lo que le sucedió con la latinidad, ora»toria y poesía. Llegaron estas facultades en el siglo de »Augusto á aquel estado de prosperidad, hermosura, »gala y energía natural, en que consiste su verdadera »perfeccion. Quisieron refinarlas los que sucedieron á »aquel siglo, introduciendo adornos impropios y vio»lentos con que las precipitaron de la naturalidad á la »afectacion, y de aquí cayeron despues á la barbarie.» Tardó la degeneracion pronosticada, pero ha llegado por fin. A pesar de los desesperados esfuerzos que hace Italia por recuperar la lira de Anfion y Orfeo, su rival la Alemania se ha apoderado de ella y la pulsa con delicada maestría, encontrando nuevas vibraciones y cantos frescos y originales allí donde los maestros italianos no acertaban á formar del sonido más que gastadas combinaciones. En vano silbó frenético el público de la Scala el *Lohengrinn* de Wagner; en aquellos mismos dias Verdi pedia cuerdas al arpa de las ninfas del Rhin para fundir la partitura de *Aida*,

que, como la *Forza d'il Destino*, fué una nueva orientacion para su talento.

Aprueba Feijóo el auxilio de las melodías del órgano, siempre que los cantos que broten de la sonora tubería tengan aquella grave y profunda dignidad que el lugar y el objeto reclaman. Pero no oculta su inclinacion al canto-llano, que no se atreve á ensalzar por cima de todo otro género de cántico religioso, cediendo á la corriente dominante que imponia á las iglesias y catedrales la formacion de buenas orquestas y capillas, y que produjo por entónces muchos y notables compositores sagrados. Pero si el arte, en cuanto se convierte en intérprete de las exigencias del espíritu, y muy en particular de la religiosidad, ha de ser algo más que bella y aparatosa vestidura, y ha de asimilarse el fondo de los sentimientos que traduce, no se puede negar que el canto-llano es la expresion más fiel del profundo sentido de la liturgia y rito cristiano. Por muy arrebatadoras que nos parezcan las plegarias de Stradella y Palestrina, los preludios de Gluck y Bach, las misas solemnes de Rossini y Meyerbeer, las Ave-Marías de Gounod y Schoubert, pensad en las sombrías encrucijadas de las Catacumbas, en las agudas ojivas de la catedral gótica, en los austeros claustros de las Cartujas, y decidme qué género de voces y cánticos han de despertar aquellos ecos y reproducir con más fidelidad su muda elocuencia. Todo lo que no sea la sublime sencillez del canto-llano, parece artificioso é impotente. ¿Quién pensó jamás en exornar con retóricas flores la grandiosa concision del Génesis ó la sobriedad dramá-

tica del relato de la Pasion en los Evangelistas? Así la estudiada dulzura del canto figurado ó expresivo no hace sino amortiguar y oscurecer la energía de aquellos ruegos, exhortaciones, amenazas, acciones de gracias, frases de arrepentimiento, de esperanza, de perdon, que en grave y terrible concierto se encaminan al Cielo.

Feijóo revela aptitudes y dotes para la crítica musical, y á la vez un vivo amor y gusto por el arte que, en concepto de muchos estéticos, traduce mejor la vida interior del corazon. Pruébalo la teoría que dejamos apuntada y que explana en uno de sus tratados, de que el deleite de la música es el más conforme y adecuado á la naturaleza del sér racional, aseveracion en que no hace Feijóo sino presentir el criterio que habia de estar más en boga y trascender más activamente á las costumbres de la época actual.

No puede negarse que del siglo XVIII al XIX se ha producido un verdadero y asombroso renacimiento musical, á la vez que una rápida difusion de la inteligencia y ejercicio de este arte entre todas las clases sociales. No nos ha dejado la Grecia datos precisos para juzgar de las melodías órficas ni de las orquestas que acompañaban la representacion de las tragedias de Esquilo y Sófocles; sabemos que en la Edad media sólo la Castellana, el Paje, el Trovador errante, poseian el secreto de arrancar dulces sonidos á la vihuela y al laúd; pero en nuestros dias el arte se ha secularizado y no hay apénas jóven de la numerosísima clase media que no maneje algun instrumento, muy en especial el

piano, que se ha puesto de tal manera al alcance de todos, que ya, más que deleite, causan hastío sus obligadas cadencias. Cada villita ó cada aldehuela presume de poseer sus orquestillas, que por grados van afinando y ejecutando medianamente: los cantos coreados, los conciertos, no son sólo patrimonio de los palacios, sino solaz y recreo de los obreros; la ópera, género de obra artística de cuya creacion puede jactarse nuestra época, y las crecientes dimensiones que van adquiriendo los teatros en que se representa, difunden cada vez más entre el pueblo el gusto y la inteligencia, y explican la formacion de auditorios de chaqueta ó blusa, que sin equivocarse fallan del mérito de una página clásica musical. En fin, desde el siglo XVIII hasta nuestros dias, ninguna rama del arte puede alabarse de haber dado de sí tan rica y copiosa florescencia; y los nombres de Porpora, Paisiello, Gluck, Cimarosa, Haendel, Gretry, Mozart, Haydin, Mayer, Beethoven, Méhul, Weber, Rossini, Verdi, Donizzeti, Pacini, Bellini, Gounod, Mendelsohn, Spontini, Schubert, Chopin, Meyerbeer, Mermet y Wagner, con otros muchos que fuera interminable consignar, son un timbre de gloria para nuestros dias, si se tiene en cuenta que el *compositor* es una figura moderna, que no surgió hasta que el espíritu del Renacimiento hubo penetrado profundamente en las sociedades. En una palabra, entre el XVIII y el XIX se encierra el siglo de oro de la música.

Rico y espléndido período artístico, al que, para igualarse con el que logró la pintura en la centuria de

Leon X, no le falta ni el requisito de tener en Verdi su Miguel Ángel, preciso, claro y duro; en Donizzeti su Rafael idealista; en Beethoven su Van-Dick, soñador luminoso, y en Mermet y Wagner su Bembo y su Greco, originales, locos é incomprensibles!

No se revela jamás el arte con esta fuerza creadora, sino cuando lo prepara y acoge amorosa la aspiracion general. El arte encarna en las entrañas mismas de la sociedad, en un momento propicio. Es la manifestacion de una tendencia, de un carácter, que, aunque se nos antoje individual y propio del artista, no deja jamás de ser fruto de todo lo que le rodea, y más que nada de las corrientes de pensamiento en que ha bebido. ¿Por qué la poesía, y más señaladamente las artes plásticas, no ofrecen, si se las compara con la música, más que pálidos y escasos frutos? ¿Por qué tan inmenso desarrollo de compositores y ejecutantes? Porque Feijóo, y como Feijóo Rousseau, y como Rousseau los pensadores que despues de la *Enciclopedia* devuelven el sentido religioso á la escéptica filosofía, repiten unánimes la misma afirmacion: «que el deleite de la música es el más adecuado á la naturaleza racional.»

Elevóse á máxima este aserto con tal autoridad, que la Revolucion francesa hizo el gasto de sus fiestas del ateismo y de la diosa Razon, celebradas bajo el Terror, con profusion de himnos y músicas, destinadas, segun decian, á «excitar la fraterninad;» y Robespierre, dictador, subvencionaba representaciones nacionales de ópera. Es de advertir, que esto ocurria cuando la guillotina segaba 150 cabezas diarias, lo

cual no impidió á los filosofantes seguir con sus sentimentales retahilas acerca del influjo de la música en la suavidad de las costumbres (1).

Cayeron en el olvido muchas de las teorías y principios de la filosofía del siglo XVIII, hasta que las vuelva á sacar á luz la instabilidad humana; pero la preferencia á la música, y el puesto superior que se le asigna como más propia para ser percibida y gustada por las superiores facultades del sér racional, dura y persiste, y escuelas filosóficas que intentan, no sólo abordar los problemas metafísicos, sino rehacer con arreglo á su criterio las costumbres y la direccion toda de la actividad humana, recomiendan eficazmente el cultivo del divino arte, teniéndolo por altamente moralizador y cultivador para el espíritu y áun para el sentido.

Aunque Clairville, Offembach y los restantes compositores de melopeas sensuales y bufonescas, no nos patentizasen que tambien la armonía puede fácilmente tornarse vehículo de groseros y desbordados apetitos, todavía fuera cuestionable la mayor pureza del deleite de la música y su condicion adecuada al sér racional. A primera vista, en efecto, puede decirse que la pintura y escultura pertenecen á la imaginacion, la poesía al sentimiento, la arquitectura á la reflexion, y á la razon la música; pero fijándonos un poco comprenderémos que la música y la poesía, segun fueren interpretadas, pueden indistintamente dirigirse al cerebro ó al corazon.

---

(1) Cantú, *Historia de Cien Años*.

Más diré: la poesía es el único arte en que el espíritu, y sólo el espíritu, crea, perfecciona y se da. El pintor, el escultor, el músico, necesitan el color, el lienzo, el mármol, el cincel, la cuerda, el instrumento; la poesía es la idea misma, vírgen, inmaculada, transmitiéndose sin vehículo. Excepto el poeta, todo artista es artífice.

La poesía es patrimonio exclusivo del sér racional: los irracionales sienten y son afectados por las demas artes. Mostrad al perro el retrato de su amo, y si se parece lo lamerá; ejecutad una dulce música, y los delfines (1) y las arañas experimentarán placer, así como el corcel de batalla se estremecerá á los bélicos sónes del clarin; pero sólo al hombre es dado electrizarse con una estrofa de Leopardi, ó saborear las bellezas de un trozo de Calderon.

Por lo que toca á la influencia moralizadora de la música, no hay cosa ménos probada, por más que digan los que, proscribiendo otro género de solaces, no muy defendibles bajo cierto respecto, quieren sustituirles con la propagacion de la filarmonía. La música, cuanto más delicada y escogida, segun el juicio de la moderna crítica, más á propósito es para evocar la enfermiza legion de los sueños y para sumirnos en cierta vaguedad muelle que quiebra los resortes del espíritu. Aquella indecision melancólica, aquellas rá-

(1) Aunque el gracioso mito de los delfines no se funde en ningun hecho, no es ménos cierto que la índole diversa del sonido afecta vivamente á los animales, y que muchos pájaros son susceptibles de una educacion musical bastante extensa.

pidas explosiones apasionadas, que se funden despues en una reminiscencia del primer canto, semejante al desaliento que se apodera del corazon al tornar á la vida real tras de haber dado libre carrera á la fantasía; aquellas notas bajas graves, imponentes, ahogadas como sollozos que brotan de afligido pecho; aquellos *stacattos* parecidos á la brusca dureza con que el alma desesperada rechaza el consuelo; aquella mezcla, en fin, de fiebre y languidez, no es por cierto lo más adecuado para recobrar la energía y entereza que de tal modo hán menester los hijos de un siglo tan inquieto y en que tantos y tan pavorosos problemas á cada momento se agitan. Con gran verdad dice H. Taine (1) que la armonía, «por cuanto se funda en relaciones de sonidos que no imitan forma viviente alguna, y que, sobre todo en la música instrumental, se parecen á los sueños de un alma incorpórea, conviene mejor que arte alguna para expresar los pensamientos flotantes, los sueños informes, los deseos sin límite ni objeto, el grandioso y doloroso cáos de un corazon turbado que aspira á todo sin apegarse á nada.» En una palabra, el fondo de la música, tal como hoy la conciben los grandes maestros, puede condensarse en tres palabras: duda, desaliento, amargura.

¿Significa esto que deba proscribirse y rechazarse como elemento corruptor? Guárdenos Dios del propósito de descabalar la corona artística de nuestra era,

(1) *Philosophie de l'art.*

arrancando su más rico floron. Pero valga lo ya indicado para que, los que participan del punto de vista de Feijóo, conviertan su atencion hácia la superior aptitud de la poesía para vigorizar los ánimos y formar grandes caractéres, y hácia el desarrollo de malsana sensibilidad que puede determinar el abuso de la música en los que de las dos tendencias, positiva la una, soñadora la otra, de nuestro siglo, se dejan llevar por la segunda.

Una de las opiniones que costaron á Feijóo más acerbos é insultantes ataques, ha sido la que mejor manifiesta aquella condicion tan suya, de pensar por cuenta propia, con libre entereza, sin hacer más caso de doctas preocupaciones que de errores vulgares (1). Quiero hablar de su razonada y generosa *Defensa de las mujeres*, á quienes, á fuer de hombre de costumbres puras, hizo cumplida justicia.

Encamínase el discurso, que tanto escándalo causó, á probar la igualdad de entendimiento de los dos sexos, y á enunciar dos presentimientos: el de la vocacion de la mujer á las artes y ciencias, y el de una organizacion cada vez más equitativa de la familia. Ambos comienzan á confirmarse brillantemente, como verémos.

Hay un libro en habla castellana, de galano y cas-

(1) La valentía que en Feijóo supone esta opinion que vamos á analizar, se comprende al ver la que áun hoy necesitamos, los que pensamos de igual modo, para decirlo. Es tan poco el terreno que se ganó, al ménos en España, que al tratar esta cuestion se siente así como un recelo, hijo de la seguridad de ser poco caritativamente tratado de muchos, y acogido de pocos. Válganos el ejemplo de Feijóo.

tizo estilo, de fondo didáctico y bien trabado, joya literaria y catecismo á la vez, en el cual se contiene todo lo que aspiraba á encontrar el hombre del siglo XVI en la compañera de sus dias. Este libro, que diseña una figura calcada en el tipo de la adicta esposa hebrea, es *La Perfecta casada*, del Maestro Fray Luis de Leon.

Los minuciosos preceptos y enseñanzas de aquella doctrina, que relega á la mujer al hogar, y sólo al hogar; y á la par que multiplica las discretas y oportunas advertencias para esforzarla á que llene cumplidamente sus deberes de compañera hacendosa, trabajadora, honesta, económica, aseada, madrugadora, limosnera, retirada, apacible, piadosa, industriosa y diligente, no deja de fundar el lazo conyugal sobre la base de una como absoluta dependencia é inferioridad por una parte, y total soberanía por la otra, mostrando como ideal de la mujer cristiana la realizacion del carácter de aquellas interesantes esposas bíblicas, que lavaban los piés con presteza y sumision al dueño y señor al tornar rendido del prolijo pastoreo en las ardientes llanuras de Palestina.

El Cristianismo, la nueva ley, modificó y elevó la relacion conyugal, concediendo á la mujer una cosa inapreciable: la conciencia. Hízola inviolable en su espíritu y en sus convicciones; y sin quebrantar, ántes afirmando la constitucion de la familia con la extirpacion del repudio y del divorcio, desterró el despótico sentido judaico, que comprimia la espontaneidad femenina y anulaba el alma. Bajo el influjo de la doctrina cristiana,

la mujer recobra su personalidad, se atreve á abrazar creencias que su padre ó su marido detestan, y á sellar su fe con sangre; atrévese á más todavía: á intentar en el hogar mismo la conversion del jefe, y á educar secretamente al hijo en la nueva y salvadora religion; en una palabra, se ofrece bajo el aspecto poético y digno de la esposa que acepta su puesto de paz sin abdicar por eso de la propia razon.

Más tarde, extinguida la exaltacion que ocasionan las persecuciones y luchas, recobra la mujer su antiguo secundario papel, no en verdad porque se hubiese alterado en lo más mínimo el espíritu vivificador del Cristianismo, sino porque las antiguas costumbres recuperaron su imperio, á pesar del embate que, por la concepcion de vida interior que aportaban los bárbaros del Norte, habian de recibir. El respeto, la equidad, la moderacion con que los germanos trataban á sus valerosas compañeras y á sus inspiradas profetisas, no fué parte á impedir que gradualmente volviese la familia á su pasada forma, y la mujer á ser el primero y más devoto servidor del marido. Involuntariamente quizá, cuando un escritor como Fray Luis de Leon quiere dibujar una esposa modelo, una *perfecta casada*, le da las cualidades que solemos apetecer en el sirviente ó mayordomo, con preferencia á las que fueran quizá prenda más característica de la que vivifica el hogar con su ejemplo y presencia.

Verdad es que hay en *La Perfecta casada* un capítulo que lleva por epígrafe: *De cómo pertenece al oficio de la perfecta casada hacer bueno al marido*. Pero, áun

siendo tan elevada y pura doctrina la que en él se contiene, no exime al fondo general de la obra de cierta involuntaria propensión á encerrar en límites obligados y en algun modo infranqueables á la mujer que constituye familia.

Importa, ántes de proseguir, consignar que en estos límites se mantiene la mujer sin violencia, y son su más propio elemento, siempre que se los marquen la equidad, el deber y la naturaleza. Pero trocar en imposicion lo que es libre convenio; hacer de un conjunto de inclinaciones buenas y pacíficas una inferioridad, es tan poco lógico como injusto.

Cansado, sin duda, Feijóo de oir repetir la vulgar especie de que las mujeres no eran aptas para el cultivo de las artes, de las ciencias, del gobierno político y económico, y movido por su empeño en desarraigar preocupaciones, con poco esfuerzo, si con mucha valentía, demostró lo contrario en uno de sus más eruditos discursos. Comienza por confesar, con candorosa ingenuidad, que en esta cuestion, «si no le vale la ra»zon, no tiene mucho recurso á la autoridad, porque »los autores que tocan esta materia, salvo uno ú otro »muy raro, están tan á favor de la opinion del vulgo, »que casi uniformes hablan del entendimiento de las »mujeres con desprecio.»

Y despues de relatar el conocido apólogo del hombre y el leon, prosigue: «hombres fueron los que escri»bieron esos libros en que se condena por muy inferior »el entendimiento de las mujeres. Si mujeres los hubie»ran escrito, nosotros quedaríamos debajo.» En seguida

muestra cómo la organizacion social, que dedica á la mujer á las faenas caseras y reserva al hombre los negocios exteriores y el estudio y raciocinio, es la causa de que se halle el sexo femenino más atrasado y torpe en asuntos de que jamás se le ha permitido ocuparse; y al paso, ridiculiza con gracia y donaire la opinion de Malebranche, que establece ser la mujer más apta para discernir las cosas sensibles que las ideas abstractas, por razon de la mayor blandura de su masa encefálica.

Ataca Feijóo la cuestion de frente en su misma honda raíz, cuando afirma que no puede darse inferioridad de aptitud y entendimiento, no habiendo desigualdad entitativa de las almas. «Y áun dado caso,—añade,— »que las almas sean entitativamente desiguales, ¿cómo »nos probarán, ó harán creer, que Dios escoge las me- »jores para los hombres, dejando las ménos perfectas »para las mujeres?»

Realmente es difícil entender cómo puede sostenerse la inferioridad de un sexo respecto al otro, admitiendo en ambos un alma racional dotada de las mismas facultades. Verdad es, que una atenta observacion psicológica permite afirmar ya, sin género de duda, que el sexo, en cierto modo, condiciona poderosamente el espíritu; que, en general, la mujer es más receptiva y más rica de imaginacion y sentimiento, y el hombre más activo y fuerte en raciocinio y análisis; pero ni esta distincion es tan sustancial que pueda dar cuerpo á todo un sistema de educacion y vida, ni cabe, partiendo de ella, asignar á cada sexo una esfera dada de

actividad. Espontáneamente todos nos inclinamos á aquel género de ocupacion para que más servimos; por eso, aunque se abran indistintamente á ambos sexos los horizontes de toda instruccion, la mujer tenderá siempre al arte, el hombre á la ciencia.

Del terreno metafísico desciende Feijóo al empírico, citando los nombres y hechos de numerosas y singulares mujeres, notables en todos los ramos del saber humano. Hay entre ellas una Doña Juana Morella, que á los doce años defiende conclusiones públicas en filosofía, y una Doña Oliva Sabuco, que se ofrece á discutir con los más sabios físicos y médicos de España. Una Doña Isabel de Joya, que explicó ante el Sacro Colegio varios puntos dudosos del Sutil Escoto, y una Lucrecia Cornaro, á quien la Universidad de Padua intentó conceder el grado de doctora en la facultad de teología, no llevándolo á cabo por escrúpulos del cardenal Barbarigo, obispo á la sazon, que alegaba el pasaje de San Pablo que prohibe á la mujer enseñar en la iglesia, logrando el que únicamente se la constituyese doctora en la facultad filosófica, cuya investidura recibió ante un auditorio de sabios y príncipes. Y es sorprendente en verdad que omitiera Feijóo el inscribir en su catálogo de las ilustres españolas á nuestra profunda y castiza escritora mística Santa Teresa de Jesús; á Doña Lorenza Mendez de Zurita, poetisa y latina, honrada con los elogios de Lope de Vega; á Cecilia Morillas, teóloga y filósofa, solicitada por Felipe II para preceptora de las infantas sus hijas; á la sábia retórica Francisca de Lebrija; á la escultora Luisa de Roldan; á la

pintora Sanchez Coello; y bajo otros respectos, á las insignes reinas Doña María de Molina y Doña Isabel, conocida por la Católica, así como á la esforzada María Pacheco de Padilla, que por sus actos de desesperado heroismo se mostró digna de haber recibido aquella carta de despedida, en que Juan Padilla, en vísperas de subir al cadalso, decia: «Mi ánima (pues otra cosa no tengo) dejo en vuestras manos. Vos, señora, haced de ella como con la cosa que más os quiso en este mundo.»

Estas y otras muchas ahorró Feijóo el citar, pensando sin duda que lo mismo convencen diez ejemplos que uno, y rehuyendo hacer prolija la lista. Bien fácil fuera prolongarla y enriquecerla con nombres modernos, que no alcanzó á conocer Feijóo; pero sobre que esto nos alejaria de nuestro asunto, parécenos sobremanera ocioso el aglomerar datos, hoy que sólo sistemáticamente y de mala fe cabe disputar á la mujer aptitud para todos los ramos que constituyen la educacion artística y científica.

El que todavía se aferre al prejuicio de excluir al sexo femenino de algun estudio ó profesion de las que piden inteligencia más bien que vigor muscular (de éstas pronto quedarán pocas, gracias á los adelantos de la maquinaria), éntre en los museos de Europa, y verá un número igual ó superior de mujeres que de hombres, ganándose el pan de cada dia con trasladar al lienzo ó copiar para abanicos, biombos, etc., las creaciones de los grandes maestros. Penetre en las fábricas de tapices, cristal y porcelana, y observe á quién está enco-

mendada la combinacion de los brillantes colores y la ejecucion de la delicada línea que transforman el producto industrial en obra de arte. Lea en las Exposiciones universales los nombres inscriptos al pié de las estatuas exhibidas, y se asombrará de la cantidad de mujeres que manejan el cincel y transmiten al mármol la morbidez de la carne y la muelle elegancia del ropaje. Pregunte quiénes dirigen la mayor parte de los establecimientos tipográficos en el extranjero; quiénes despachan en las oficinas de telégrafos inglesas; quiénes hacen marchar de frente la industria artística en los países en que ha logrado mayor desarrollo.

Si no bastase el espectáculo del papel de la mujer en el gran movimiento y progreso material é industrial para convencer á los recalcitrantes, ahí están, en terreno más elevado, las numerosas señoritas y señoras que á cada paso nos está noticiando la prensa que han cursado y recibido los grados del bachillerato, licenciatura y doctorado en letras ó ciencias, en las Universidades inglesas, norte-americanas, rusas y alemanas (1).

(1) Entre muchos datos que recogimos para confirmar esta asercion, tomamos á bulto los siguientes.—El 10 de Octubre de 1876, ciento cuarenta y siete estudiantes hembras se han matriculado para seguir el curso de la Academia de Medicina de San Petersburgo.—El claustro de la Universidad de Lóndres ha decidido, en el mes de Marzo de 1877, por 14 votos contra 8, admitir á las mujeres á los exámenes de medicina, y darles títulos para ejercer.—Existe en Inglaterra una sociedad cuyo nombre indica su objeto: la Asociacion para la educacion superior de la mujer. Esta Sociedad ha organizado en la villa universitaria de Cambridge, al lado de las conferencias y cursos de los jóvenes, cursos y conferencias destinados á las mujeres que deseen hacer serios estudios. Un comité *ad hoc* se encarga de recibir á las estudiantas á su llegada á Cambridge, y de instalarlas en establecimientos especiales, fundados bajo su impulso. Más de cincuenta estudiantas, venidas de todos los rincones de la Gran Bretaña, están aprovechando la proporcion que se les ofrece para completar su educacion. Los resultados son favorables. Habiendo sido, oficiosamente y por tolerancia de los

Ahí está Dinamarca abriendo á la mujer todas las carreras, excepto la Teología; ahí está, en fin, comprobado por la estadística y auxiliado por la parte ilustrada de la opinion pública, el reconocimiento definitivo de la suficiencia femenina.

Y á la vez que este problema se resuelve en sentido equitativo, asoma la cabeza, indeciso y flotante aún, otro no ménos grave, consecuencia legítima del primero: el de la concesion de derechos políticos iguales á los del hombre; idea que, si áun hace sonreir á muchos, va apoderándose del ánimo de no pocos, y sorda y mansamente inoculándose en el corazon de las sociedades.

Arduo, muy arduo, sería el pronunciar si esta transformacion que lentamente se elabora será cimiento de una útil, duradera y fecunda organizacion social, ó subvertimiento del órden y nivelacion absurda; difícil y prolijo para estas páginas el analizar á fondo tan complicada cuestion. No es este problema de aquellos cuya solucion puede fiarse á fallos dogmáticos, basados quizás en la tradicion y costumbre y no en la razon, ó á epigramáticos donaires y agudezas; ni basta para inclinar á aplazarla el que se ofrezca más bien en forma de aspiracion tímida y latente que de imperiosa exigencia: es, por el contrario, una de las cuestiones más dignas de fijar la atencion de los que piensan.

---

profesores, admitidas dos mujeres á tomar parte en las oposiciones de matemáticas, los examinadores les han comunicado que, si tuviesen el derecho oficial de concurrir, hubieran obtenido cada una su diploma, uno de segunda y otro de tercera clase

¿Tiene la mujer un derecho legítimo y natural á disfrutar de los mismos que el hombre dentro del Estado? Y caso de tenerlo, ¿es útil y necesario reconocérselo?

La primera de las dos preguntas creemos que puede desde luégo recibir una respuesta afirmativa. No vemos razon alguna digna de este nombre que á ello se oponga. «La mujer,—decia Olimpia de Gouges con energía,—ya que tiene el derecho de subir al cadalso, debe tener el de subir á la tribuna.» Pocos privilegios y desigualdades habrá más irritantes que el exigir á la mujer completa responsabilidad criminal, negándole casi toda aptitud civil. Vale la pena de fijarse en relacion tan falsa (1).

Por lo que toca á la segunda pregunta, es ya más dudosa la contestacion. ¿Es útil conceder esos derechos? ¿Es necesario? Parece que, reconocida la justicia, sobraba la indagacion de la utilidad; pero puesto que toda reforma tiene un lado ideal y otro práctico, diré que áun prácticamente no hallo en ésta dificultad, ántes conveniencia, toda vez que, en el período de descomposicion interna por que atraviesan las sociedades, no está de más un nuevo elemento tan profundamente conservador y moderador como el femenino (2).

(1) Acerca de esta cuestion recomendamos la lectura del notable y razonado discurso pronunciado por el Sr. D. Salvador Parga Torreiro, al abrir el curso de la Universidad de Santiago. Sentimos mucho no tenerlo aquí á mano, para citar algunos de sus bien pensados argumentos, y para fijar el año, que no recordamos del todo si fué el de 1868 á 1869; pero sí podemos decir que, en cuanto lo consienten los límites y carácter de esos trabajos, es el del Sr. Parga completo, valiente y de muy alto sentido.

(2) Por si en contra de esta apreciacion se alegase el papel desempeñado por las mujeres en la delirante orgía revolucionaria de la *Commune*, advertirémos que, cabalmente, lo que faltaba á aquellas desventuradas era educacion.

Y diré más: ó hay que acoger tamaña innovacion y sus consecuencias, ó renegar de todos los sistemas de organizacion social en que se basa el Estado moderno. Elijan, pues, sus partidarios.

La idea por tanto tiempo combatida, pero hoy dominante, de que las colectividades no hayan de menoscabar en lo más mínimo los derechos del individuo; de que no desaparezca, bajo ningun pretexto, la personalidad, y el hombre no deba ser considerado como medio, sino como fin, llama á todas las clases sociales á la vida pública en su límite, y por consecuencia no podrá excluir á la mujer.

¿Es un bien ó un mal esta participacion de todos los elementos del Estado en su direccion? No es del caso el dilucidarlo (1); pero los que están por que se franquee el ingreso de los comicios á todo ciudadano, sin faltar á la lógica y ponerse en contradiccion con sus mismos principios, no han de eliminar *de auctoritate propria* á la mitad del género humano.

Un hecho digno tambien de atencion es el que las naciones que con más empeño conservan, aman y practican la vida de hogar y familia, única moralizadora, natural y completa, no son las en que la mujer,

(1) Por nuestra parte, no podemos ménos de rechazar el parlamentarismo y los gobiernos representativos, cuyo vicio orgánico se descubre cada dia con mayor claridad, de suerte que hace imposible el que se achaque á la forma, salvando el fondo. Pero la mayoría, que, siguiendo y no adelantándose á los tiempos, acepta y aclama el sufragio, no puede, sin caer en el absurdo, excluir á la mujer. Verdad es que, como este ideal representativo ha nacido muerto, no inspira á sus partidarios aquella ardiente fe que conduciria á realizarle en todas sus consecuencias. Recientes y dolorosos ejemplos nos muestran cómo el principio de la representacion nacional puede ser hollado á placer por sus adeptos.

como en Turquía, Italia, Portugal y España, es sumisa y pasiva, retirada é ignorante, sino las en que, como Inglaterra, Alemania, Bélgica y los Estados-Unidos, se le ha concedido libertad é instruccion, los derechos sagrados y la voz y voto que le corresponden como madre y copartícipe en la gerencia del caudal, y á la vez las garantías necesarias para que pueda vivir la vida exterior y activa, sin exponerse á las censuras ú ofensivas atenciones que en los países de raza latina se prodigan á la que, autorizada sólo por su honrada intencion y conducta, se dedica á sus ocupaciones y negocios de cualquier género que sean.

La vida de harem, que todavía en no pocas comarcas de Europa hace la mujer, tiene dos resultados funestos: atrofiar el pensamiento y desarrollar de un modo funestísimo la sensibilidad y la fantasía. La falta de instruccion de la mujer, siente con acierto Feijóo, la hace ver un sér superior en cada hombre, y la pone á merced de todos los errores ó caprichos del que sobre ella adquiera legítima ó bastarda influencia.

«Estáse,—dice nuestro benedictino,—una mujer de »bellísimo entendimiento dentro de su casa, ocupado »el pensamiento todo el dia en el manejo doméstico, »sin oir, ú oyendo con descuido, si tal vez se habla »delante de ella de materia de superior esfera. Su ma»rido, aunque de muy inferior talento, trata por afuera »frecuentemente, ya con religiosos sabios, ya con há»biles políticos, con cuya comunicacion adquiere vá»rias noticias, entérase de los negocios públicos, re»cibe muchas importantes advertencias. Instruido de

»este modo, si alguna vez habla delante de su mujer »de aquellas materias en que por esta vía cobró un »poco de inteligencia, y ella dice algo que le ocurre al »propósito, ¿como por muy penetrante que sea, estando »desnuda de toda instruccion, es preciso que discurra »defectuosamente, hace juicio el marido, y áun otros, »si lo escuchan, de que es una tonta, quedándose él »muy satisfecho de que es un lince.»

Feijóo, á no dudarlo, concibió el tipo de la mujer tal como irremisiblemente la crean el pensamiento y civilizacion cristianas. Muchos y graves son los temores que excita el planteamiento del nuevo sistema de vida femenina; pero creemos que habrán de disiparse si se piensa en que, por de pronto, la organizacion actual de la industria productora mató la modesta labor casera y puso á la mujer en situacion de alternar en la concurrencia del trabajo activo; y por otro, que la instruccion sólida y profunda no ha dañado jamás á ningun individuo ó clase, ni puede ménos de cimentar las virtudes que dan consistencia al lazo santo de la familia. Si entregando á la obrera un libro conseguís que se aparte del inmoral y grotesco bailecillo en que consume en galas sus ahorros de la semana; si á la mujer de condicion más elevada la evitais, instruyéndola y señalándola un objeto serio para la vida, que caiga en la insustancialidad, en la holgazanería, en el ánsia de lujo, competencia y goces, no creo que se pueda negar que, lo que con expresion sardónica y acerba se ha dado en llamar *emancipacion de la mujer*, sea una verdadera redencion.

Así lo entendió Feijóo, y así lo dijo sin recelar las impugnaciones que de todos lados llovieron sobre su discurso. Pero lo cierto es que, pocos años despues, la Academia de Bellas Artes de San Fernando admitió en su seno socias, y otras várias siguieron su ejemplo, teniendo á honra la misma princesa de Astúrias el contarse entre las *académicas*, y procurando infundir entre sus damas la emulacion de llegar á serlo.

Por un órden que á los adversarios de la *emancipacion femenina* podrá antojarse jerárquico tras del paso de armas de Feijóo en favor de la mujer, darémos una ojeada al que sostuvo en bien de los irracionales. Son muy de notar, en la *Carta erudita* que á este objeto consagra, dos tendencias: la primera, la bondad y ternura de alma que manifiesta con respecto al llamado por Michelet «mundo inmenso de sueños y de mudos dolores;» la segunda, el antagonismo que siempre marcó hácia Descartes, cuya extraña teoría del animal-máquina sublevaba á nuestro benedictino.

Así es que, despues de haber abogado larga y amorosamente por la causa de los pobres séres á quienes la carencia del raciocinio pone á merced del hombre, termina diciendo entre irónico é indignado: «Advierto »á V. que, lo que he escrito en esta *Carta*, en ninguna »manera comprende á los filósofos cartesianos, los »cuales, en órden al asunto de ella, son gente privi»legiada; porque como sólo reconocen los brutos en »cualidad de máquinas autómatas, desnudas de todo »sentimiento, sin el menor escrúpulo ó el más leve »movimiento de compasion pueden cortar y rajar en

»ellos, hacerlos jigote, abrasarlos, aunque sea á fuego »lento; bien que deberán usar en ello de dos precau- »ciones: la una, de no hacer ese estrago sino en los »brutos que están á su disposicion; pues si son ajenos, »aunque éstos como meros autómatas no lo sientan, lo »sentirán sus dueños; la otra, que no se tomen esa »diversion delante de los que no son sectarios de Des- »cartes, por no moverlos á lástima ó compasion.»

Enlázase esta carta *De la compasion con los irracionales*, con el discurso de El Teatro Crítico intitulado *Racionalidad de los brutos*; en el cual, enunciando la hipótesis que más tarde habia de sostener el Padre Kegnault, concede Feijóo al animal *un alma racional*, específicamente diversa é inferior á la del hombre. Y no arriesgándose á declararla espiritual, ni á conceder á la materia discurso, sienta la original proposicion de que el «alma animal es un medio entre la materia y el espíritu.» Grande ingenio y agilidad de entendimiento revela Feijóo al defender su peregrina tésis con argumentos escolásticos (arma de que rara vez echaba mano). Entre otros rasgos felices, y que sorprenden á primera vista, tiene el de preguntarse: «Pero ¿puede »existir algo que no sea espíritu ni materia?» y responderse: «Sí; puesto que la figura cuadrada, v. g., no »es espíritu, tampoco es materia; porque, como la ma- »teria siempre es la misma, siempre subsistiria la »misma figura.»

Pero este raciocinio deslumbrador y falto de fondo, y la carencia de las pruebas *experimentales* que Feijóo gustaba tanto de aducir, para basar en ellas sus

hipótesis, nos muestran suficientemente que no fué tal opinion sino una de aquellas irresistibles manías, que suelen atacarnos, de filosofar á nuestro modo, y de las cuales Feijóo en esta ocasion no anduvo exento.

A la verdad, no se necesitaban semejantes sutilezas metafísicas para rebatir á Descartes, en lo que toca el automatismo del animal; basta y sobra para ello apelar al buen sentido y á la razon de todos los que hayan visto á la vaca lactar y halagar á sus ternerillos, al perro fijar en su amo los ojos brillantes de afecto y alegría, á la araña labrar su primorosa y delicada tela; y no dudará de que el bruto sufre, y sufre hondamente, el que haya escuchado el relincho de agonía del caballo, ó sido espectador de las convulsiones de las infelices maripositas clavadas en un alfiler por manera de bárbaro solaz.

Hay cuestiones que se resuelven mejor con sólo luz natural y buenas entrañas, que con laberínticos razonamientos. Estoy en la persuasion de que, si algun cartesiano de alma afectuosa perdiese á su perro favorito, no lo habia de sentir únicamente como se siente la rotura de una máquina que rige bien, sino como á algo íntimo que falta para la vida del corazon; en una palabra, como á un amigo. Porque no hay sistema que prevalezca contra el sentimiento. El cartesiano se creeria un necio en su fuero interno, atribuiria su pena á debilidad, pero sufriria. Y es lo bueno que, pensando errar, acertaba.

Tengan ó no tengan los animales un alma racional, inferior á la nuestra; sea esta alma del género que se

quiera, es lo cierto que el animal padece, y padece con conciencia de sus sufrimientos. Lo cual basta para que, á cualquier escuela que se pertenezca, se tenga por deber sagrado el no causárselos, á ménos que fuercen á ello razones de superior importancia. Y para esto no se necesita gran meditacion, ni poner en prensa el entendimiento. Dice con mucho acierto Balmes: «No quiero estar reñido con la Naturaleza: si no puedo ser filósofo sin dejar de ser hombre, renuncio á la filosofía y me quedo con la humanidad.»

Hay, sin embargo, ocasiones en que, no bastando el categórico aviso que dan la lástima y la simpatía involuntaria y profunda causadas por la revelacion de la inteligencia, del amor y del dolor, conviene que voces autorizadas desentrañen y consoliden la verdad que instintivamente era presentida. Por eso el discurso de Feijóo sobre *Racionalidad de los brutos*, amen de servir de palenque en que esgrima su agudo ingenio, era necesario en un país como España, en que con tanta crueldad y dureza se maltrataba á los animales domésticos, sin que nadie se alarme ni piense que, el que tal hace, atenta á las costumbres y viola la ley natural; un país en que los mayorales de diligencias agobiaban de un modo inaudito á sus míseras bestias y las excitaban con juramentos y maldiciones; un país, en fin, en que la diversion favorita del pueblo y de las altas clases son los toros; género de espectáculo por el que bien manifiesta Feijóo su desaprobacion y repugnancia exclamando: «¿No crian y sustentan las dos »Castillas muchas y numerosas vacadas? Díganlo Bena-

»vente, Salamanca, Ávila, Talavera, Toledo, Plasen»cia, Jarama. ¿No fuera mejor que las criasen y susten»tasen para labrar la tierra, que para hacer de ellas »carnicería en las plazas públicas, tal vez con muerte »de hombres y de caballos?»

Es por todo extremo interesante el calor y la ingenuidad con que Feijóo, revelándonos una vez más su alma en sus escritos, llama en su apoyo al Crisóstomo y á San Anselmo, apela á la autoridad de la Sagrada Escritura: *Justus miseretur animas jumentorum suorum...* (SAL. PROV., cap. 12).—*Non coques hœdum in lacte matris suæ.* (EX., cap. 23).—*Si ambulans per viam in arbore, vel in terra, nidum avis inveneris, etc., matrem pullis, vel ovis desuper incubantem, non tenebis eam cum filiis, sed abire patieris.* (DEUTER., cap. 22); y por último, evoca la tierna, la dulce, la bendita y seráfica figura del nunca bastante venerado San Francisco, que daba su libertad por la vida de un corderillo á quien conducian á degollar, é imploraba por «limosna, y por amor de Jesucristo,» la soltura de los peces en las redes de los marineros enlazados.

Termina Feijóo relatando con su acostumbrada naturalidad y fe un suceso «que le fué sumamente agradable,» y que así pudiera inspirar lienzos al pintor, como al poeta idilios. Paseábanse una hermosa y serena tarde «el rey nuestro señor y la reina nuestra señora,» á la sazon príncipes de Astúrias y recien casados, por una frondosa alameda de las inmediaciones de Sevilla. De pronto cae á sus piés un objeto blanco: es una paloma herida. El príncipe se inclina y recoge la inocente

avecilla. Véla estremecerse y aletear desmayadamente; sus ojitos se entornan; en su pálido pico tiemblan unas gotas de sangre. Con todo, su agonía se prolonga. «Rematadla,—dice el que habia de ser Fernando VI;—que no sufra por más tiempo.» Pero una mano hecha á torno y cubierta de ricas sortijas se apoya suavemente en su brazo: «Señor, dignaos llamar un cirujano; quizás la herida no será mortal.» Era Bárbara de Braganza. La paloma fué curada. Es de ver la efusion con que cuenta Feijóo el tierno drama, bendiciendo á sus regios protagonistas.

¡Quién dijera á Feijóo que, ya que no todavía en su patria, por lo ménos en gran parte de Europa, llegarian la piedad y justicia para con los irracionales á trascender á la legislacion, y que las sociedades protectoras de animales contarian en su seno á la flor y nata de la aristocracia y de la inteligencia (1)! ¡Y cómo aplaudiria los tres meses de prision á que condenaron en Inglaterra al ruin que desplumó una gallina ántes de matarla! ¡Y con qué delicia leeria los castigos impuestos á los carreteros, raza de despiadados que amargan la vida al manso sér que les ayuda á ganar el pan de cada dia!

En Feijóo, el discurso de la *Racionalidad de los brutos* manifiesta un despierto entendimiento y una facilidad de raciocinio y especulacion que despues habrémos de observar con pasmo en la más notable

(1) Una de estas sociedades se halla constituida en Cádiz: ignoramos si existe otra en algun punto de la Península.

acaso de sus *Cartas*; pero en el de la *Compasion con los irracionales* descubre algo más íntimo y delicado: su condicion generosa. Dejan sus páginas ese sabor indefinible, patrimonio exclusivo de los escritores sinceros: que no es Feijóo de aquellos declamadores sentimentales en que abundó el siglo XVIII, ni afecta teofilantropía cuando sabe mostrar compasion.

Esta misma fibra, lastimada en lo vivo, le dicta nobles páginas contra la impía prueba jurídica del tormento, que maldice por bárbara y desecha por ineficaz para la averiguacion de los delitos (cosa de que hoy, en verdad, no duda nadie, pero que entónces se discutia acaloradamente como problema de derecho penal). Inclínase Feijóo, y áun aboga resueltamente por ella, á la aplicacion de la pena de muerte, que hoy origina tantas controversias: túvola por indispensable pilar para el mantenimiento del social edificio; pero en lo tocante á la tortura, hizo sin duda memoria del caso (que él mismo relata) de aquel sacerdote aleman que, preguntado cómo siendo tan jóven tenía ya los cabellos blancos, satisfizo diciendo que así se le tornaran á fuerza de oir en penitencia mujeres acusadas de brujas y hechiceras, las cuales, habiendo confesado en el potro, sabía él que sólo el horrible dolor las obligara á decirse culpadas; y de esto, y de acompañarlas á la hoguera á morir inocentes, cubriera su cabeza prematura nieve.

Presintió tambien Feijóo, ó las vió en gérmen, dos plagas sociales que en el porvenir habian de ser vergüenza de España y elemento de disturbios que áun

no hemos ni empezado á tratar de extinguir. Fué la una la tendencia á la vagancia, madre de la político-manía y empleo-manía, que hacen del nuestro uno de los países más malsanamente activos de Europa: la otra, el desmedido aumento y total inutilidad, ó tal vez pernicioso carácter, de los ejércitos permanentes.

Para ahogar la primera propone Feijóo un expediente que, si tiene algo de preventivo en demasía y recuerda las recias leyes espartanas, indica su pensamiento autoritario y probaria en la sociedad que lo pusiese en práctica el deseo de extirpar vergonzosos males: la investigacion por el Estado de los medios de subsistencia de todo el que no tuviese oficio, renta ó profesion conocidas. Para neutralizar la segunda, señala el régimen del trabajo, única forma de saneamiento del gran cuerpo estacionario de la milicia. Si los soldados, siente Feijóo, empleasen sus ociosos dias en las obras públicas, en las mejoras, nunca excusadas para pueblos construidos sin tener en cuenta las reglas de higiene, desahogo y belleza, cierto que ganaria su moralidad sin que perdiese nada su salud. Y éste es un punto digno de toda atencion. Ya que forzosamente, y por mal del género humano, se mantienen las tristes asambleas de semi-galeotes denominadas ejércitos permanentes; ya que se arranca al jóven del seno de su familia para sujetarle á leyes excepcionales y durísimas, tenga al ménos la sociedad que tal hace la precaucion de evitarle los funestos resultados del ocio y de la vida de cuartel, vida sin afecciones, sin lazos, favorable al

vicio. Para que la sociedad pudiese cohonestar ante su propia conciencia el hecho de constituir ejércitos en la forma que se está practicando, sería preciso que, al devolver á su hogar al hombre á quien tomó como en empréstito forzoso, lo entregase más educado que lo recibe; que hiciese del servicio militar un período de aprendizaje, y se cuidase de que ni moral ni intelectualmente perdieran terreno sus pupilos.

Queria tambien Feijóo que se abreviasen los trámites para el despacho de pleitos y procesos, *desiderata* no obtenida aún. Y opinaba, apoyándose en la idea tan desarrollada hoy, de las transmisiones hereditarias, que pudiendo transmitirse la aptitud artística como las facciones, ademanes y voz, debia el hijo abrazar sistemáticamente el oficio del padre; teoría que choca con muchas de la época, pero á cuya práctica deben Alemania, Suiza y Bélgica la formacion de verdaderas dinastías de hábiles relojeros, joyeros, impresores, grabadores, litógrafos, etc.

Descendia á tales minuciosidades aquel apacible y portentoso entendimiento, y con tal tino disertaba sobre los asuntos más secundarios, que interesan en él hasta nimias instrucciones, al parecer indignas de tan erudita pluma. Fuera prolijo, y traspasaria los límites de este trabajo, el reseñarlas todas. Baste á nuestro intento el apuntar sucintamente que patentizó la falibilidad de los adagios, arma de doble pero embotado filo, muy manejada de ignorantes; que dió preceptos para distinguir las señales de muerte y evitar que se inhumasen personas vivas, como ya hubo de acontecer;

que donosamente satirizó á los que él califica de «eclesiásticos petimetres;» que dictó muchas y muy acertadas reglas de higiene; que reivindicó para España la gloria del descubrimiento de la circulacion de la sangre, obtenido, ántes que por Harvey, por el albéitar de Búrgos Francisco de la Reina, y el del arte de enseñar á hablar á los mudos, por el benedictino Pedro Ponce; que recomendó la moderacion en el comercio epistolar, mostrando cuánto enoja el que escribe con exceso; que se solazó en investigar las *causas* y *remedios* del amor; que vindicó á los ambi-dextros; que demostró la inutilidad del llamado *Arte de Memoria;* que no se desdeñó de decir cómo se preservan de la humedad el tabaco y el chocolate; y en fin, que son tantas y tan diversas las materias de que escribió y doctrinó, que nos fuerzan á echar á un lado las ménos notables para poder consagrar algun exámen á las más interesantes y trascendentales.

Hemos dejado consignadas algunas ligeras reflexiones sobre los puntos en que, en nuestro sentir, pudo Feijóo errar más ó ménos el camino; hemos señalado sus brillantes presentimientos en lo tocante á la música, á la educacion de la mujer, la relacion del hombre con los irracionales; acabamos de reseñar algunas de sus tendencias. Tratemos de percibir el enlace que existe entre todas ellas.

No puede negarse en manera alguna que en Feijóo hay un crítico y un reformador; pensar otra cosa sería desconocerle. Pero fuera tambien no comprenderle, ó comprenderle mal, el imaginar que á todo lo que tiene

de reformador y de crítico se agrega ni un átomo de revolucionario.

Feijóo adivinó, con el instinto de su gran tacto, que no hay más descabellada empresa que la de improvisar instituciones y leyes, si no se poseen de antemano cultura y costumbres; y miéntras que en el vecino reino los enciclopedistas, superficiales y míopes, creian que con dar disposiciones y parodiar regímenes se arreglaba todo, Feijóo, más penetrante, se dió perfectamente cuenta de que las instituciones, la organizacion social brotan de más profunda raíz que la que pueda prestarles una pasajera efervescencia de la opinion, y que todos los cambios políticos del mundo no añaden ni un quilate á la felicidad de la Nacion que no empieza por procurar moralidad y cultura.

Por eso Feijóo no tiene ni un párrafo que directa ó indirectamente ataque la organizacion social de España; por eso mira con indiferencia los tratados políticos que salian á luz; por eso en todos sus escritos se advierte una completa y sincera adhesion á los poderes soberanos en su patria, no pasándosele siquiera por las mientes conmover el venerando edificio, y comprendiendo que el respeto á las instituciones no era ningun *error comun* de que importase desengañar.

Por cierto que si entre nosotros dominara este criterio, y en vez de la fuerza nerviosa y convulsiva que se gasta en cambios y sacudimientos, atendiésemos á desarrollar la robustez de ánimo, signo de engrandecimiento, que jamás se cansa de arrancar de cuajo los abusos y cimentar las mejoras, ¡no sería hoy nuestra

patria uno de los países más atrasados y revolucionarios de Europa!

No pertenece á la índole de este EXÁMEN que nos detengamos más en tan palpitante y delicada cuestion; pero quede sentado definitivamente que Feijóo, tan resuelto en impugnar errores como escrupuloso en atacar órdenes establecidos y fundados ya en el proceso histórico é interno de su patria, no milita en otras filas más que en las de la ciencia, y no puede tampoco bajo este respecto ser asimilado á Voltaire, que de propósito y por todos los medios empolló la Revolucion francesa.

Acariciaba Feijóo otro ideal, ideal razonado, de eterna fecundidad y belleza; el de la total reforma del método científico en España. En esta aspiracion se funden todas las tendencias y trabajos de Feijóo.

Al cumplimiento de semejante propósito se encaminó la valiente cruzada contra la medicina rutinaria, que de consuno emprendieron él y Martin Martinez, y que costó á Feijóo un pedazo del alma: la pérdida del amigo. Con honda tristeza escribia Feijóo al duque de la Mirándola: «La memoria que V. E. me hace »del Dr. Martinez, no sólo renueva, pero agrava mi »dolor en asunto de su muerte, porque aquella expre»sion de V. E.: *Este glorioso ingenio fué víctima que »la ignorancia consagró á su obstinacion, ó murió, »como se dice, en el asalto*, si no yerro su inteligencia, »significa que el villano desquite que abrazaron algu»nos de aquellos cuyos errores impugnaba Martinez, »de oponer injurias á razones, hizo tan profunda im-

»presion en su noble ánimo, que le aceleró la muerte; »y aunque no ignoraba yo cuánto se ensangrentaron »en él la envidia y la ignorancia, estaba muy léjos de »pensar que hubiese inspirado tanta afliccion en su »espíritu lo que sólo merecia su desprecio. Y no ménos »distante me considero de la gloria que V. E. me atri»buye, de haber conseguido el triunfo á que no pudo »arribar Martinez, siendo, á mi parecer, la única dis»tincion que puedo arrogarme: el que si Martinez mu»rió en el asalto, yo me mantengo sin herida alguna »en la brecha.»

Ya hemos visto, en la segunda parte de este trabajo, qué período de postracion atravesaba, al darse á conocer como escritor Feijóo, el movimiento intelectual en la Península. Florecian aún, si no con nuevas ramas, al ménos con sostenido vigor, las ciencias teológicas y jurídicas; pero yacian en el más lamentable atraso las exactas y naturales, y la filosofía se transformara en ergotismo y ridícula escaramuza. Las artes no andaban tampoco libres de pagar tributo á la decadencia, en particular la poesía y oratoria sagrada, invadida por tal conceptuosidad y esclava de un mecanismo tan pobre que, en vez de inspirarse el predicador en el sentimiento y contemplacion de la tésis que intentaba desarrollar, construia su arenga á fuerza de zurcir retazos de cualquiera de los innumerables volúmenes de *Sermonarios* y *Conceptos pulpitables*, que fabricaban en gran copia los autores, y los libreros vendian. Acertadamente los calificó Feijóo de «libros de *pane lucrando*.» Del estado de la medicina hemos hablado ya:

seguíase ciegamente á Galeno ó al comentador Averroes; languidecian los enfermos con la dieta, ó abrasábanse con la sed; atormentábaseles con sedales, ventosas, vejigatorios, sanguijuelas y sangrías, y se pensaba combatir tanto más el mal, cuanto más se crucificaba al paciente; amontonábanse drogas y más drogas; y miéntras, desatendiendo la observacion de los fenómenos patológicos, y á cierra ojos, se clasificaban las afecciones como la ropa blanca en los armarios, enseñábase en las aulas á discutir muy en serio de si «los elementos permanecen formalmente en el mixto; si es posible intemperie sin materia; si los cuatro humores se contienen formalmente en las venas; si la generacion de los espíritus pertenece á la facultad natural concoctiva; si los espíritus animales son lúcidos; si la enfermedad pertenece al predicamento de cualidad ó al de relacion; si toda enfermedad es preternatural al viviente; si la enfermedad *per consensum* es propia y verdadera enfermedad; á qué grado del alma pertenece la facultad pulsífica,» y otras muchas cosas por el estilo. Asimismo se hacía aprender al futuro médico un género de filosofía, tan conducente para su arte, que le obligaba á retener que los principios del Ente natural son tres: materia, forma y privacion; que la materia es pura potencia; que tiene apetito á todas las formas; que el lugar consiste en la última superficie del cuerpo ambiente, *et sic de cœteris*. Y en lo tocante á anatomía y fisiología, se les forzaba á tomar de memoria que las partes del cuerpo se dividen en «similares y disimilares,» y se subdi-

viden en «espermáticas y carnosas;» y en «orgánicas é inorgánicas;» y con tan luminosos datos, cátate hecho un doctor. La física era la peor tratada acaso de todas las ciencias. Si de las demas se prescindia, á ella se la adornaba de tan grotescos atavíos, que no la conociera el más avisado. Confundíasela con la metafísica, y se trocaba en pura abstraccion lo que no tiene más de abstracto que su relacion con el conocimiento. Aristóteles, y los ocho libros *De Naturali Auscultatione*, eran el oráculo de la física; y con acierto dice Feijóo que no se hacía sino «palparle la ropa á la Naturaleza.» Explicábase el fenómeno magnético de la atraccion del iman por las «simpatías» que hácia él siente el hierro (á estas manoseadas simpatías llama Feijóo con donaire *una quisicosa)*. Atribuíase el ascenso del agua en la bomba al «horror de la Naturaleza al vacío,» y el de la llama á su propension ingénita á dirigirse á la *esfera del fuego*, cercana al *orbe de la Luna*. La astronomía (si puede darse este nombre á lo que entónces se enseñaba), era cautiva del sistema de Tolomeo, desechado ya por los sabios de toda Europa, y que, colocando á la Tierra inmóvil en el centro del Universo, hacía girar en torno de ella, como obedientes satélites, todos los cuerpos celestes. A la vez, se aceptaba con Aristóteles la *incorruptibilidad de los cielos;* se ponia avinagrado gesto á la sospechosa doctrina de los antípodas; se señalaba al *fuego elemental* habitacion en el Sol; se creia que los cometas eran una como maligna excrecencia del firmamento, y otros errores no ménos trasnochados y carcomidos.

Pues ¿qué dirémos de la situacion de la metafísica? Permítase hablar al mismo Feijóo, que él nos contará con su estilo entre irónico y descriptivo lo que se enseñaba á la sazon en las aulas. «Las siete partes de »ocho,—dice,—que se gastan en tantas divisiones de »términos y proposiciones, modales, exponibles, ex»ceptivas, reduplicativas, suposiciones, apelaciones, »ampliaciones, restricciones, alienaciones, disminucio»nes, conversiones, equipolencias y reducciones, para »nada sirven.»—«Si yo me hallase,—agrega en otra »parte,—presidiendo un acto público, donde el argu»yente, despues de negársele esta proposicion: *Los fu»turos están físicamente presentes á la eternidad*, la »probase de este modo: Esta proposicion, la no pre»sencia física de los futuros á la eternidad, es carencia »de un predicado, el cual necesariamente en cuarto »modo conviene á los futuros, es equipolente de ésta: »Los futuros están físicamente presentes á la eternidad, »*sed sic est*, que esta proposicion, la no presencia fí»sica de los futuros á la eternidad, es carencia de un »predicado, el cual necesariamente en cuarto modo »conviene á los futuros, es verdadera; luego esta pro»posicion: Los futuros están físicamente presentes á la »eternidad, tambien es verdadera.—Si me hallase, re»pito, presidiendo en tal acto, le diria al arguyente: »Señor bachiller, hable cristianamente, y déjese de al»garabías.» Y como si no alcanzase esta muestrecita á hacer visibles los extravagantes delirios de la dialéctica, entrega Feijóo á la sonrisa de las gentes de buen sentido todo el arsenal de sofismas, argumentos y silogis-

mos, entre los cuales leerá, no sin regocijo, algun niño de cuatro años aquel famoso *Mus est vox monosyllaba, sed vox monosyllaba non manducat caseum: ergo mus non manducat caseum*; que traducido á la letra quiere decir: «Raton es voz monosílaba; una voz monosílaba no come queso: ¡luego el raton no come queso!!!»

¡A tal extremo de puerilidad, nulidad y enfática y risible hinchazon, desnuda de todo fondo de especulativa grandeza, y despojada hasta de su genuino carácter místico y lleno de abnegacion habia descendido la metafísica escolástica, la ciencia ideal y divina de los Tomases de Aquino, Duns Scotos, Anselmos, Buenaventuras, Bernardos y Agustines! ¡La ciencia de lo abstracto y de lo universal, convertida en materia de escarceos y retozos hueros é indignos, á expensas del lenguaje y del sentido comun!

Cuál habia de ser, para los otros ramos del conocimiento científico, el resultado de este torcimiento y degeneracion, harto se entiende. La reforma propuesta por Feijóo era, pues, angustiosamente necesaria. En doble campo la emprendió nuestro benedictino. Excitó vivamente al monarca á la formacion de Academias que desestancasen los estudios, reducidos por su mal al terreno de las aulas, medio sin duda eficacísimo para despertar la noble emulacion y el gusto é interes por las ciencias, y apeló á la razon, al natural discurso, para desterrar las interminables argumentaciones y disputas. Por último, á fin de abrir rumbo nuevo y más seguro, señaló como único método científico fecundo la experimentacion, la observacion y el análisis.

Con sumo acierto desentraña Feijóo, en sus cartas al duque de la Mirándola sobre las causas del atraso de las ciencias y artes en España, el por qué se miraban y acogian por muchos con santo horror las innovaciones, así en sistemas filosóficos como en descubrimientos científicos. Pone de manifiesto todas las envidias, pequeñeces, ignorancias y preocupaciones que salen al paso á los adelantos. Declara la general reprobacion que pesaba sobre lo conocido por «filosofía moderna,» que creian ser toda sin excepcion cartesianismo, bien como hoy imagina el comun de las gentes que no hay pensador aleman que no sea racionalista. Y refiere por último cómo, careciendo ya de argumentos de qué echar mano, se asian los tenaces aristotélicos al clavo ardiendo de tratar de heréticas ó peligrosas aquellas doctrinas sobre que no les era dado disertar porque las ignoraban, conociéndolas, á lo sumo, de nombre: y entónces era de ver el cómo, dice Feijóo, «prorumpian en exclamaciones capaces de ha»cer temblar las Pirámides egipciacas.»

Por cierto que la violenta, embrollada y bárbara jergà con que se oscurecia la dialéctica en España, país en el cual el arte de la palabra y la energía y elevacion en el discurso florecieran siempre y hoy tornan á brillar, muestra que en las naciones, como en el individuo, los períodos de postracion siguen inmediatamente á los dispendios de fuerza y vida; y prueba tambien que las razas no pueden trabajar de continuo un mismo campo intelectual, ni agotar todas las consecuencias de un principio, y que, si no han de secarse

y esterilizarse, necesitan cambiar entre sí sus sistemas y orientarse á nuevas direcciones; bien como la tierra, que exige variedad de cultivos si no ha de producir únicamente frutos raquíticos y degenerados.

La necesaria transformacion del método científico en España, fué, lo repetimos, el ideal de nuestro benedictino. Tomó Feijóo de la mano á todas las exhaustas ciencias y las guió por recien abiertos senderos. A cada una dió su consigna. «Higiene y observacion,» dijo á la medicina;—«experimentacion, análisis,» á la física;—«sentido, delicadeza, induccion,» á la fisiología;—«libertad, magnificencia,» á la astronomía;—«claridad, enlace,» á la lógica; y «elevacion, especulacion ontológica,» á la metafísica.

Noble ideal, tanto más digno de Feijóo cuanto más encarnable en la práctica y más rico en inmediatos frutos; ideal de sabio, de pensador, de un genio en el terreno crítico; ideal fecundísimo, cuya entera realizacion y cumplimiento bastaria para que nuestra patria recobrase el puesto de honor qus ocupó entre las naciones, y que tantos y tan capitales trastornos no han sabido devolverle.

IV

FEIJÓO FILÓSOFO NATURAL.

«Dos puntos fijos,—asienta Feijóo,—hay en la es-»fera del entendimiento: la revelacion y la demostra-»cion; y ésta se ha de buscar en la Naturaleza.» En tan breves palabras se contiene su profesion de fe filosófica.

Por la revelacion reconoce Feijóo la existencia objetiva de lo supra-sensible (reconocimiento que no cree dable obtener con el único auxilio de la lógica, de la metafísica ó de la intuicion racional), y guarda incólume la idea de un Dios personal y providente, distinto del Universo, cuyo Creador es; la de un alma inmortal, la de una vida futura, todo lo que se contiene en el dogma en fin.

Por la revelacion se mantiene creyente, cristiano y católico.

Por la demostracion, fundada en los experimentos, llega á sentar las bases de una doctrina de la ciencia, y á formarse un criterio de filosofía de la Naturaleza, que, obedeciendo al impulso comunicado por Galileo, Vives y Bacon, enuncia la concepcion mecánica del Universo, tan brillantemente explanada hoy por el sapientísimo y eximio jesuita P. A. Secchi, director del Observatorio romano.

A la verdad, en Feijóo, esta direccion, aunque se revela á todos momentos, no forma un sistema orgánico, cuyas consecuencias acepte por entero. Muéstralo suficientemente aquella su idealista disertacion, encaminada á probar «que no ven los ojos, sino el alma;» y, aparte de otras contradicciones que irémos señalando, el que, á pesar de presentir la correlacion y enlace de las fuerzas de la Naturaleza, discurra largamente sobre la no transmutabilidad de los *elementos*, y sobre la necesidad de *formas* que pulan la materia. Y es que la mision de Feijóo, afirmativa en muchos respectos, no fué acaso profundamente crítica sino en filosofía. Concibió, como Bacon, la necesidad de un cambio total en el método, y á la vez sintió (así se lo escribia al príncipe de la Mirándola) que «era preciso »abandonar la investigacion de los principios, teniéndolos por inaccesibles al ingenio humano,» y que »por ninguna doctrina filosófica es dado llegar al conocimiento, no ya de lo supra-sensible, sino de la »verdadera é íntima naturaleza de lo sensible.» Afirma tambien que lo poco que sabemos no se debe á los filósofos, sino á los experimentistas, mecánicos, químí-

cos, físicos y matemáticos; y que, el que se adhiere á un sistema preconcebido, se ve obligado á asentir á deducciones que de otro modo rechazaria por absurdas; v. g., los cartesianos, á quien la índole de su filosofía fuerza á admitir el animal-máquina. Confirmando este juicio, dice el Padre Secchi: «Cualquiera que abraza los fenómenos de la Naturaleza en una generalizacion un poco elevada, tiende á ver todos los hechos concordando de la manera más feliz con las ideas sistemáticas que le guian. Así, cuando las nubes se amontonan en el horizonte, sus masas extrañamente agrupadas se antoja á algunos que diseñan la figura de un enorme gigante, cuando otros encuentran en ella la rica ordenacion de un palacio fantástico. Pero proceder de esta suerte no es hacer avanzar la ciencia; ántes, al contrario, perjudicar á su progreso.»—«La tarea filosófica de la época actual,—asienta Zimmermann,—es la crítica de toda experiencia dada.»—«No podemos,—afirma aún más atrevidamente Apelt,—establecer *à priori* la naturaleza de las cosas, partiendo de principios filosóficos: podemos únicamente aplicar los principios filosóficos á la experiencia, para explicar el encadenamiento de los hechos dados empíricamente.

Así Feijóo, siguiendo las huellas de Bacon y Locke, se complace en hallar el lado débil de todos los sistemas á la sazon en boga, y al par que aconseja al público letrado español que los estudie, examine y conceda séria atencion, se ejercita por su parte en sorprender su insuficiencia para llegar á un verdadero conocimiento de la Naturaleza. El aristotelismo y el

cartesianismo, en particular, salen de sus manos hechos añicos y convictos y confesos de impotencia. Y sin embargo, reconoce con estricta imparcialidad las brillantes deducciones y verdades contenidas en los raciocinios de ambos filósofos, y presiente la fecundidad de sus teorías, si ya no por sí mismas, por los derroteros ignotos que, especialmente Descartes, señalan. Todavía hoy Descartes, en concepto de muchos, no fué la luz, pero vino á dar testimonio de ella. Pero el aprecio que concede Feijóo á los torbellinos cartesianos, á las mónades de Leibnitz, á la vision en Dios de Malebranche, es más bien estético que otra cosa; tiénelos por gigantes vuelos del entendimiento, faltos de ulterior solidez. *Gladium habent, scutum non habent*,— dice.

Halla el newtonianismo gracia ante los ojos de Feijóo, y le preocupan de muy distinta manera las obras del gran geómetra, de que le hizo presente el príncipe de la Mirándola, por el carácter matemático y profundamente demostrativo de la filosofía natural de Newton. Aquello no es una hipótesis, sino una ley universal, un descubrimiento serio y magnífico, un fruto sazonado del espíritu inglés, á la vez razonador y positivo. Newton dirime la contienda entre Aristóteles y Descartes, trayendo la especulacion al terreno de las ciencias exactas. El newtonianismo, bien acogido por la parte más ilustrada de la Iglesia en Italia, es enseñado públicamente en el Colegio de Jesuitas de Roma, contándose entre los filósofos que forma al Padre Noceti y al Padre Boscowich, cuyos interesantes

trabajos é hipótesis sobre la luz y la mecánica celeste son tan conocidos. «El principio, —dice el Padre Secchi,—llamado por los físicos modernos principio de la conservacion de la energía, no es en el fondo sino el primero de los sentados por Newton cuando formuló las leyes de comunicacion de un movimiento, es decir, el de la igualdad entre la accion y la reaccion.»

De lo copiosamente que bebió el Padre Feijóo en las corrientes newtonianas, son evidente señal sus *Paradojas físico-matemáticas*, muy en especial las que se refieren á la constitucion del agente lumínico y al descenso de los graves. Éstas que él denomina Paradojas son dignísimas de atencion, porque revelan la rara ductilidad de entendimiento con que Feijóo manejaba las más arduas y exactas ciencias, y lo fácil que le hubiera sido, consagrándose especialmente al estudio de un solo ramo, obtener trascendentales resultados.

Pero, á pesar de su marcada adhesion al método de Bacon y á las teorías de Newton, no se determina Feijóo á declararse resueltamente acorde con su criterio, ni á inscribirse en las filas de los corpusculistas católicos, á cuya cabeza figuran el Padre Maiguan, y en España el Padre Sagüens. No oculta cuánto encuentra superior el atomismo al realismo ontológico aristotélico, ó al espiritualismo cartesiano; y áun va más allá, puesto que todas las hipótesis y teoremas que bajo el nombre de Paradojas presenta se encaminan directamente á echar abajo las famosas «cualidades ocultas» de los escolásticos. Tanto se encarniza con esta especie de duendecillos cuya intervencion resol-

via todo problema físico en las aulas, que, á pesar de la seriedad y calor con que trata las materias científicas, no puede huir de que, al impugnar las susodichas «cualidades,» el gracejo y la sazonada burla le retocen en los labios. «Toda la física de la escuela,—exclama,—para dar razon de cualquiera efecto natural, »está reducida á decir que hay una cualidad que lo produce. Ésta es toda la filosofía peripatética, y no hay »otra. Si se pregunta por qué calienta el fuego, se »responde que porque tiene virtud ó cualidad calefactiva. Si se pregunta por qué tiene esa cualidad, »se responde que porque la pide su esencia. Si se »pregunta más: ¿cuál es la esencia del fuego? eso no »se sabe. Y si se responde algo, será con un círculo »vicioso, diciendo que es una esencia que radica ó »pide la virtud de calentar, quemar, etc. Lo mismo es »de todo lo demas. El estómago quilifica el alimento, »porque tiene virtud quilificativa; expele el excremento, porque tiene virtud expultriz; se nutre, porque tiene virtud nutritiva. Con que sacamos en limpio que, apartada á un lado la metafísica, la física de »la escuela se puede enseñar á cualquier rústico en »ménos de medio cuarto de hora. Es verdad que tendrá algun trabajo en tomar de memoria las voces de »*cualidad*, *virtud*, *facultad*, *esencia*, *forma*, *dimanacion*, *radicacion*, *exigencia*, etc., en cuyo uso consiste toda la ciencia de nuestra filosofía natural.»

Negaba el duque de la Mirándola á las teorías de Newton los honores de sistema, porque prescindian de los principios; pero Feijóo calurosamente los re-

clama para aquella doctrina, afirmando que la ley de la gravitacion universal era el lazo y la base de una profunda filosofía natural. Confirmó esta apreciacion el tiempo, así en lo tocante á la gravitacion misma, como en otras luces que á Newton debemos; pues si bien pudo errar en su hipótesis emisionista, ya indicamos cuánto debe, por ejemplo, la física á su principio de la comunicacion del movimiento.

Es muy de advertir que los filósofos experimentistas, los que quieren conocer y comprobar los hechos ántes de formular la síntesis, hacen ménos ruido y suscitan ménos contestaciones que los que sólo ofrecen al público el fruto, más ó ménos sazonado, de su individual especulacion. Véase á Newton, por ejemplo, y á Descartes. Newton no fué acogido sino por los versados en ciencias exactas: necesitábase ser bastante matemático, geómetra y físico, para comprenderle y seguirle. Descartes produjo una revolucion con sólo dar á luz lo que, como dice él mismo con graciosa sencillez, pensó al lado del brasero, en ocasion en que no encontraba ninguna conversacion que le divirtiese, ni tenía felizmente cuidados ó pasiones que le turbasen (1). El interes profundo que despiertan las hipótesis metafísicas manifiesta que, en la atencion concedida á cierto género de ejercicios intelectuales, entran por mucho la curiosidad y fantasía, que se excitan y engolosinan con las atrevidas y abstractas especulaciones, tanto como se asustan de las prolijas series de datos y hechos, indis-

(1) Descartes, *De la Méthode.*

pensables cimientos de la induccion. Más grato es seguir una síntesis brillante, que un concienzudo análisis; por eso no falta quién lea á los metafísicos más bien con la poética delectacion que produce un arrebatador poema, que con el sosiego de ánimo que exige el raciocinio.

Entre los hombres de ciencia, sin embargo, trascendió de tal modo el newtonianismo, que no se ha extinguido aún el impulso comunicado por el autor de los *Principia* á la experimentacion y al estudio de la Naturaleza. Harto se marca en el carácter urístico de los modernos sistemas filosóficos, ya se apoyen en el dinamismo, ya partan de la concepcion mecánica. La misma metafísica, que ántes presumia de dirigir la marcha de las otras ciencias, reconoce hoy que nada puede intentar sin valerse de las luces que éstas hayan de prestarle, y ya, á producirse un conflicto entre un raciocinio ó un hecho científicamente demostrado, se revoca aquél y no se prescinde de éste.

Feijóo tiene frecuentes arranques de newtonianismo. A pesar de su espectante actitud, sus simpatías y convicciones asoman. «Cuanto hace la Naturaleza,—»exclama,—lo hace mediante el movimiento.»—«Movimiento y materia,—afirma el P. Secchi,—bastan para explicar la Naturaleza.»

Pero ¿por qué, preguntará alguno, recelaba Feijóo hacer profesion de newtoniano? ¿Acaso se oponia la doctrina de Newton, directa ó indirectamente, á la fe? ¿Acáso no era enseñada en Roma, y por tantos y tan doctos jesuitas?

Várias fueron, á mi entender, las causas que retrajeron á Feijóo de abrazar decididamente las conclusiones de Newton y la filosofía corpuscular, á que con vehemencia se sentia inclinado. Por de pronto, Feijóo rehusaba adherirse á sistema alguno, para conservar su independencia de crítico. Desde su campo neutral fallaba de toda teoría; una vez inscripto en filas conocidas, tendria que defenderse y convertirse en perpetuo apologista. Además, parecíale, y no sin motivo, que en el mismo sistema de Newton, á pesar de su gran solidez, quedaban muchos lados débiles y muchos problemas inabordados; que aquello era como uno de los primeros peldaños de la escala de la verdad, pero no en manera alguna su cima; y que, miéntras no se avanzase más, mucho más allá, el papel del crítico no podia ser otro que una escéptica cautela. Otras consideraciones se ofrecieron tambien á la mente de Feijóo. El newtonianismo, enseñado bajo los auspicios de la Iglesia en Italia, era totalmente nuevo en España; darlo á conocer era el mayor servicio que podia prestársele, á él y á las ciencias con él íntimamente enlazadas; y esto se lograba acaso más fácilmente limitándose á señalarlo á la curiosidad é interes de las gentes estudiosas, que declarándose su entusiasta partidario, lo que tal vez pondria en guardia á los numerosos émulos de Feijóo. Por otra parte, la teoría física de Newton dependia estrechamente de la astronómica de Copérnico y Galileo, exótica tambien en España, y Dios sabe el trabajo y las discusiones que costó á Feijóo el intentar, con el mayor tacto y pulso crítico, que fuese

cundiendo y aclimatándose lentamente entre lo más escogido ó ménos preocupado del público.

Hay sistemas científicos que á primera vista, y sometidos á un exámen superficial, parece que tienen sobrado parentesco con otros muy distintos, mayormente si hay una palabra trascendental, comun á ambos, aunque entendida por los dos en diverso sentido. Por poco que pongan de su parte la ignorancia y la malevolencia, presto se confunden en la opinion y merecen idéntica estima y concepto tendencias del todo diferentes.

La filosofía corpuscular y atomista era acusada en España de orígen y fondo materialista, cuando no explícitamente calificada de materialismo; y aunque no fuese muy exacto el conocimiento de lo que por tal se entendia, y aunque constase que en Italia se enseñaba por ilustres jesuitas el atomismo, la gravitacion universal y el sistema de Copérnico; y aunque en nuestra misma patria corriesen impresos los libros de los corpusculistas Gasendo, Padre Maiguan y Padre Sagüens, sin que la Inquisicion hubiese hallado qué tachar en ellos ni una tilde, el vulgo, con todo,—y por vulgo ahora significo aquella masa de gentes de profesion que con una tinturilla de latin y cuatro silogismos la daban de entendidos y competentes,—solia confundirlos con los que apellidaba materialistas, cuyo criterio, á decir verdad, tampoco conocia muy á fondo.

La filosofía atomista y experimental no hace en efecto otra cosa sino tratar de explicar los fenómenos naturales por medio de las transformaciones del movi-

miento; y dejando á un lado discusiones metafísicas se mantiene pura y exclusivamente en el terreno físico, único acerca del cual se declara poseedora de una serie de hechos y datos. Si bien es verdad que ya entónces, y mucho más ahora, no falta quién, con auxilio de esos hechos, se arroje á resolver de *auctoritate propria* todo género de problemas, inclusos los psicológicos y ontológicos, la responsabilidad de sus afirmaciones corresponde por entero á los que tal intentan y no á los que, con más prudencia y modestia, permanecieron en los límites de la concepcion de la Naturaleza con arreglo á leyes demostradas y comprobadas. La hipótesis física, en efecto, no trasciende sino cuando de propósito se la quiere hacer trascendental. «Si la materia de un modo general es practicamente inseparable del movimiento en que consiste su fuerza, con más razon todavía la fuerza es inseparable de la materia (1).»—«La fuerza no puede ser otra cosa que una propiedad inhérente á la materia (2).» ¿No diria cualquiera que estas dos citas son de un mismo autor? Sin embargo, la primera es del sapientísimo jesuita Padre A. Secchi, y la segunda del doctor en medicina Luis Büchner, corifeo del movimiento materialista en Alemania; y miéntras que semejante conclusion no es en el primero sino la síntesis de las leyes naturales y de los fenómenos sensibles, en el segundo es el alfa de una serie de suposiciones y teorías más ó ménos gratuitas y fantásticas

(1) A. Secchi: *Unité des forces physiques.*
(2) L. Büchner: *Kraft und Stoff.*

acerca del pensamiento, la idea de Dios, la fuerza vital, el libre arbitrio, etc., etc.

Por lo demas, si Feijóo no asintió resueltamente al sistema que sin género de duda preferia, en cambio tuvo notables y valiosas presunciones en lo tocante á la mecánica molecular y á la unidad profunda que enlaza entre sí los fenómenos del Universo. Sirva de ejemplo su afirmacion de la identidad de naturaleza del calórico, ya provenga de la luz solar, ya de la combustion; sus investigaciones sobre presion atmosférica; su lucha contra la imaginaria y absurda division de los cuatro elementos, y otras.

Pero el presentimiento capital, la más vasta concepcion de Feijóo, es la que se enlaza con la ciencia de lo ilimitado, la astronomía. Aquí es donde la realidad, dejando atras los calenturientos vuelos de la imaginacion, abruma, pasma, confunde con su inconcebible grandeza. No debió, en verdad, quejarse la juventud, ávida de ideales, si Feijóo, desviándola del ya agotado y seco erial metafísico, le abrió las puertas del sistema magno y de la pluralidad de mundos. ¡Colosales teorías é hipótesis, cuya inmensidad misma las estorba para penetrar en nuestra mente, porque causan el vértigo de las altas cimas y de los hondos abismos!

Dábase por entónces el nombre de Sistema Magno á la nueva concepcion astronómica que, hija legítima de la de Copérnico, no sólo hacía del Sol el punto central de nuestro sistema, sino de cada estrella fija un sol, centro, á su vez, de la revolucion de otros varios planetas. Las magníficas tésis que cabe desenvolver

sobre esta base nos son hoy, en cierto modo, familiares, gracias á los concienzudos trabajos de astrónomos como el Padre Secchi y Arago, y á las interesantes leyendas científicas de narradores como Camilo Flammarion, Parville y Verne; pero en la época en que Feijóo disertó largamente sobre la teoría de Copérnico y sobre el Sistema Magno reinaba en España sin rival el viejo tolomeismo, y no habia profesor que se resignara á ponerse en movimiento con la Tierra, habituados, como estaban, á creerse quietos y en posesion del único mundo posible. Culpábase á la nueva concepcion astronómica de echar abajo el Génesis, el milagro de Josué, la Escritura, en fin; y bajo este pretexto se la negaba el pase con una obstinacion invencible. Pues ¿qué diré si, amen de turbar el sosiego de la Tierra, obligándola á girar perpetuamente en el espacio, se arriesgaba la hipótesis áun más estupenda, y nunca por ellos oida, de la posibilidad de la existencia de vida orgánica y de séres racionales en los astros, doctrina que hace de nuestro orbe terráqueo una estrella como otra cualquiera?

Inútilmente, para moderar su irritado celo y su escándalo, se les demostraba que esta doctrina habia sido defendida por el cardenal Nicolas de Cusa, príncipe de los teólogos de su siglo, habiéndola ántes anunciado San Virgilio, obispo de Saltzburgo y apóstol de la Carintia, que afirmó que habia «otros hombres y otros mundos alumbrados por otros soles y lunas,» reanudando así, en la Edad media, la tradicion filosófica de Tales de Milesio, Leucipo y Lucrecio. En vano se aña-

dia á estos dos nombres el del sabio jesuita Boscowich, primer explanador de la original y curiosísima tésis acerca de la luz en que basa Flammarion su fantástico relato de Lusnen; y el del cardenal de Polignac, tan dado á la astronomía como á letras, artes y ciencias. Ni valia el que, para eximir de la nota de heterodoxia al sistema de Copérnico, se les representase que, si su orígen arrancaba del filósofo Aristarco de Samos, no más pagano por cierto que Aristóteles, en cambio Copérnico, el que le sacó á luz y dió consistencia, sirvió y murió en el seno de la Iglesia, desempeñando un canonicato en Warmia; que el primer partidario que se le afilió fué el cartujo Lanspergius, famoso controversista y predicador, y que ya en las aulas italianas, arrumbado el tolomeismo, no se enseñaba otra teoría del Cielo. A pesar de tantas y tan ilustres opiniones que pesaban en la balanza (sin hablar de la de Descartes, Newton, Gasendo, Galileo, Giordano Bruno y otros innumerables astrónomos y filósofos), aferrábanse á la incorruptibilidad de los cuerpos celestes, á la inmovilidad de la Tierra, á los firmamentos superpuestos que la circundaban como la cáscara á la avellana, y no podian ó no querian conciliar las nuevas hipótesis astrónomicas con las Santas Escrituras. Tampoco Feijóo lo intentó. No era esa su mision ni su objeto. No pretendiendo que sus escritos lograsen autoridad dogmática, no acometió una empresa que, para ser llegada á felice cima, exigia un dispendio enorme de tiempo y de trabajo y un profundo conocimiento del hebreo y del siriaco. Feijóo en esto, como en el sistema

newtoniano, no procuraba más que despertar el interes por cierto género de estudios atrasados y olvidados en España, abrir nuevos horizontes, señalar el movimiento científico contemporáneo, y emancipar la filosofía del despotismo de Aristóteles, convirtiéndola á la contemplacion de la Naturaleza. Dió pues al público amplias noticias acerca del Sistema Magno é hipótesis de la pluralidad de mundos habitados, sin ocultar ni las dificultades que ofrecia el acomodarlas al sentido literal de la Biblia, ni la aceptacion que merecian en Italia, bajo los auspicios del Pontificado; y sin dejar tampoco de poner la verdad en su lugar con respecto al cautiverio y retractacion tantas veces evocada de Galileo, demostrando que ni la Inquisicion le castigó verdadera y propiamente por haber sostenido que giraba la Tierra alrededor del Sol, ni esta misma doctrina fué tachada de impía, sino sólo de escandalosa y temeraria; ni, en último extremo, las condenas inquisitoriales tienen valor alguno dogmático.

No obstante, á pesar de su indecision y dudas; á pesar de su aserto de que estas grandiosas hipótesis sólo son afirmables *objetivé in intellectu*, tientan á Feijóo con tal vehemencia, y de tal manera le embargan el ánimo con su sublime magnificencia, que no puede evitar el soñarlas como ideales y filosofar de ellas con la efusion y el deleite del prisionero que tras largo encierro respira por fin el oxígeno, el aire, la libertad, la vida. No parece sino que su viva inteligencia y su elevado espíritu se hallaban estrechos y cautivos en el diminuto universo tolemaico, y se dilatan y

toman vuelo en ese campo colosal, en ese inexplorado abismo, en esas profundidades en que no alcanzan á distinguir un punto los más poderosos telescopios; en que, al decir de Boscowich, hay estrellas cuya luz está desde la Creacion volando por el espacio sin que las enormes distancias le hayan permitido aún llegar hasta nosotros, y en que la vaga nebulosidad, semejante á un mar de leche cósmica, representa miriadas de soles, planetas y mundos!

Contemplando tanta espléndida maravilla, se encuentra hermosa y sublime la realidad, á cuyas magias no alcanzan, con todo su poder creador, la imaginacion y la fantasía. Feijóo se siente arrebatar por las prodigiosas y fascinadoras hipótesis, y da libre curso á la emocion que le producen, en su discurso de *El Todo y la Nada*, en que compara al Infinito Dios, revelado en sus obras, con la frágil y orgullosa criatura que sobre su átomo planetario se cree único rey y señor de la Creacion.

Merece consignarse, como de paso, al lado del efecto producido en la mente serena y entusiasta de Feijóo por la sublimidad de estas hipótesis, la forma en que las trató Voltaire. La idea de la pluralidad de mundos habitados le dió asunto para una novelita, del género de los *Viajes de Gulliver*, titulada *Micromegas* y escrita con mucho ingenio, en la cual se burla todo cuanto puede de Fontenelle; y en cuanto á su dictámen científico en el asunto, hé aquí cómo nos le da en su *Física:* «No tenemos sobre esto mayor grado de probabilidad que el de un hombre que tuviese pulgas, y dedujese de

ahí que todos los que ve pasar por la calle las tienen tambien; es muy posible que, en efecto, estos transeuntes tengan pulgas, pero no está probado que así sea en realidad.»

¡Este género de chocarrerías inspiraban al patriarca de Ferney cuestiones tan trascendentales! Ni como científico respetaba la seriedad de la ciencia, ni como criatura la sublimidad de la Creacion: pecado tanto mayor, cuanto que no le disculpaba la ignorancia, por haber sido indudablemente notable matemático y físico, popularizador de las teorías newtonianas, á que se adhirió con su amiga la marquesa de Chatelet.

La hipótesis de la habitabilidad de los astros es defendida por Feijóo con singular habilidad y lógica, ya que no con pruebas irrefragables, que áun hoy no poseemos. Discurre acerca de ella con la fácil y luminosa trabazon de ideas que suministra un claro talento unido á serios estudios. Camilo Flammarion, el autor que en nuestros dias ha amontonado más datos y coordinado en forma más amena y persuasiva las presunciones á favor de la pluralidad de mundos habitados, no hace mencion de los trabajos de nuestro benedictino, probablemente por no tener noticia de ellos: á haberlos conocido, veria que Feijóo se le adelantó en muchas de sus deducciones. Hablando de la naturaleza ígnea del Sol, que parece repugnar al desarrollo de la vida orgánica, dice:

«Con todo, ¿por qué no podrá Dios criar vivientes, »cuyo temperamento tolere y áun se halle como en su »elemento propio en ese océano de fuego? Son suma-

»mente injuriosos á la omnipotencia los que ciñen su »actividad á la estrechez de sus experimentales ideas. »Concedo que no hay animal alguno, de cuantos los »hombres conocen, capaz de vivir y conservarse en el »fuego. Pero ¿en qué razon ó discurso cabe medir la »posibilidad por la existencia, ó lo que Dios puede hacer »por lo que hizo?» Y añade: «Si Dios, como pudo, no »hubiera criado aves, ni peces, se representaria sin »duda imposible que hubiese animales capaces de vivir »siempre dentro del agua, y áun muchos dificultarian »tambien la posibilidad de animales capaces de afirmar- »se en el aire y correr grandes espacios de este elemento »sin apoyo alguno más que el elemento mismo.» Y acerca »de la existencia de séres racionales en los astros: «Aun- »que nosotros no conozcamos otras criaturas compues- »tas de cuerpo y espíritu que las de la especie humana, »no se puede sin temeridad afirmar que en los senos »de la posibilidad no las haya, ó, lo que es lo mismo, »que Dios no pueda producirlas. Si no viésemos en »el mundo más que una especie de brutos, creerian »muchos que ni entre los posibles habia otra. Y no veo »más repugnancia en que haya muchas especies de ani- »males intelectuales, que en que haya muchas de ani- »males brutos.» Prosigue, refiriéndose á una objecion hecha á Fontenelle con motivo de su obra *La pluralité des Mondes:* «Si yo me hallase en la plaza de M. de Fon- »tenelle, algo responderia de positivo, echando mano »de lo verisímil á falta de lo cierto. Diria lo primero, »que los astros están poblados de sustancias racio- »nales é irracionales; lo primero, porque el fin que

»se nos ofrece más digno de Dios para poblarlos es »multiplicar criaturas que le adoren y alaben; lo se- »gundo, por analogía á lo que pasa en nuestro globo.» Esfuerza en otro lugar: «Ciertamente, si un príncipe ú »hombre muy poderoso edificase algunos palacios, más »ó ménos magníficos, y grandes unos más que otros, »nadie creeria que sólo destinaba á ser habitado uno de »los menores, dejando todos los demas sin otro empleo »que recrear la vista de los que los mirasen de léjos. »La Tierra es una fábrica de mucho menor grandeza »que cualquiera de los cuatro planetas superiores. Aun »sacando el Sol de la cuenta, con la admision graciosa »de que, á causa de su intensísimo ardor, no permita »en su esfera algun viviente, quedan tres globos mu- »cho mayores y más magníficos que el nuestro, capaces »de ser habitados. No es creible que Dios sólo haya »querido dar habitadores á este pequeño palacio, de- »jando aquéllos para que sólo sirvan de recreo á nues- »tra vista.»—«¡Qué discurso tan inepto,—exclama por »último,—de que los globos celestes estén desiertos, »inferir que Dios sólo los hizo para objeto delicioso de »nuestra vista!»

En estos y otros muchos párrafos, que fuera interminable transcribir, así como en las reflexiones que á Feijóo inspiran las manchas del Sol, los volcanes de la Luna y la visible atmósfera de nubes del planeta Marte, se contienen vivos presentimientos de la identidad de la materia en el Universo, hoy demostrada por el análisis espectral. De la trascendencia de aquellas presunciones no puede dar cabal idea un trabajo de la índole

del nuestro. Pero, sumariamente y en conjunto, cabe afirmar que lo mismo el sistema de gravitacion universal de Newton, que las teorías é hipótesis astronómicas que con él se enlazan, fueron la base de la filosofía natural de Feijóo, mecánica y atomista, y sujeta á demostracion con arreglo al método experimental baconiano. Filosofía cuya tradicion creemos poder asegurar que continúa hoy el ilustre jesuita Secchi, así en el terreno astronómico como en el físico (1).

No contento Feijóo con mirar cara á cara lo inmensamente grande, penetró tambien con igual religioso pasmo en lo inmensamente pequeño, registrando el doble panorama de lo infinito que se extiende del vidrio del telescopio al del microscopio. El vigor asombroso de la vida, que sin pruebas evidentes se supone desarrollándose en los lejanos astros, se ve, se palpa, se examina á placer en una gota de agua, en una molécula de materia, en un soplo de aire, en un átomo. ¡Singular, próvida y rica constitucion la de la Naturaleza; milagro perpetuo, que no ménos maravilla y suspende al contemplador de los vastos cielos que al del infusorio! Vióla Anaxágoras circundada de tinieblas; véla Feijóo más misteriosa y que inspira más sagrado horror en el reino de los animalillos microscópicos, de los organismos rudimentarios é invisibles, de lo

(1) Este distinguido filósofo se aparta de Newton todo el largo del camino que anduvieron las ciencias desde Newton acá; pero confiesa repetidas veces cuánto debe al pensamiento newtoniano. Fiel al método inductivo, observador infatigable, expositor claro, persuasivo y lógico, es el Padre Secchi uno de los hombres más eminentes de nuestro siglo, y su obra *Unità delle forze fisiche*, quizás el más trabado, vasto y magnífico ensayo de filosofía natural que de algunos años á esta parte se haya hecho.

que Secchi llama gráficamente «fermento de la vida,» que en las espantosas distancias interplanetarias y en la magnitud de los colosales globos celestes. En el discurso de *Lo máximo en lo mínimo*, reseña Feijóo todos los resultados obtenidos por el microscopio desde que lo inventó Zacarías Jansen hasta entónces. Los trabajos de Loevenhoeck, el Padre Regnault, el Padre Zahn, la Academia de Ciencias de París, y las opiniones médicas que daban á las enfermedades cutáneas y fiebres malignas explicacion por el desarrollo de animálculos correspondientes á determinados estados patológicos, son analizados por Feijóo, no bajo un punto de vista rigurosamente científico, sino más bien como complemento de aquella admirativa y ardiente efusion con que se vuelve al Artífice del Universo, reconociéndole en sus obras. No los examina con criterio exclusivamente científico, he dicho, y añadiré que quizás no pierde nada en ello, puesto que el engolfarse en el estudio de los organismos no haría más que acrecer sus fluctuaciones filosóficas. En efecto, la exploracion de la vida desencadenada, hirviente, brotando y sumiéndose de nuevo en el protoplasma, en tales condiciones que, á no descubrirse el microscopio, hubiera permanecido eternamente velada para el hombre, es grave escollo para la concepcion mecánica de la Naturaleza. No ya en tiempo de Feijóo, en que la termodinámica no habia recibido orígen y desarrollo con los trabajos de los Mayer, Joule, Tyndall, Thomson y Secchi, sino en la nuestra, en que se eleva, gracias á estos y otros investigadores, á tan felices con-

clusiones y sorprendentes resultados, es muy difícil, ante el espectáculo de la energía de generacion y transformacion que palpita en las últimas regiones que de la materia nos es dado conocer, explicar toda esa serie de formas, organismos y desarrollos microzoicos por una conversion del calor en movimiento, por la distinta manera de agrupacion y colocacion de los átomos, por cierta disposicion molecular que, una vez establecida, subsiste hasta tanto que no le faltan los materiales y condiciones necesarios para mantenerse (1).

El lujo de actividad en la produccion de esos séres singulares; la inmensa complexidad de sus raras organizaciones (los hay que poseen más de ciento veinte estómagos) y de sus caprichosísimas formas, renovadas y variadas á cada paso; la tenacidad con que guardan y recobran su existencia, en resurrecciones aparentes, son otros tantos enigmas para el observador, y parecen la expresion más ínfima, pero más elocuente, de una misteriosa fuerza, de un poder sintético, superior á las acciones y reacciones mecánicas, y que condiciona categóricamente su desenvolvimiento. En una palabra, el panorama es tal, que explica que, á poco que su imaginacion se exaltase, concediesen Empedocles y Campanella alma y sensibilidad á las plantas, y Laplace consideracion de organismos á los cuerpos celestes. La contemplacion constante y vehemente de lo orgánico suele conducir á un dinamismo trascendental; el es-

(1) Secchi: *Unità.*

tudio de lo inorgánico y de la constancia y regularidad de las leyes que en él más claramente vemos manifestarse, á la concepcion físico-química de la vida.

Así es que Feijóo, mucho más inclinado á esta última solucion, pero siempre indeciso, ó por mejor decir, abierto siempre á la indagacion y á la verdad, viera subir de punto sus vacilaciones, si acierta á profundizar sus estudios (muy extensos ya para un hombre tan general) de fitología y zoología. Dado el caso, no es fácil decidir si permaneceria en el campo mecánico, ó se pasaria con armas y bagajes al del dinamismo; pero reflexionando en el sentido positivo que entraña la concepcion favorita de Feijóo, sentido que la hace muy superior en solidez y método á toda otra; viendo que la Iglesia católica no la rechaza, y que el primer hombre de ciencia de que con justo título se enorgullece hoy el catolicismo, no sólo adopta esta concepcion, sino que le da magnífico desarrollo; observando que, por otra parte, en el mismo mundo de los microzoarios ó *proteos* la reproduccion y la vida se manifiestan en flexiones, ondulaciones y vibraciones no exentas de cierto carácter maquinal y automático, y que en organismos de escala mucho más elevada se han reducido á fórmulas y acciones químicas importantes funciones, cabe suponer (como ya dejamos indicado en la tercera parte) que el criterio de nuestro benedictino no hubiera cambiado, ántes adquirido consistencia.

Feijóo es ante todo filósofo natural: ya sabemos la

estima que concedió á la metafísica; verdad es que, la que á la sazon se enseñaba en las aulas, no era la más á propósito para inspirársela muy alta. A pesar de esto, no ha dejado Feijóo de entrarse alguna vez por los dominios de lo supra-sensible, con aquella fuerza de intuicion y abstraccion que há menester el que intenta remontar el vuelo á las causas primeras. Y es muy de advertir que Feijóo, el apasionado de la experimentacion, el filósofo de lo real, en metafísica idealiza. Enamorábanle, y se las asimilaba, aquella *vision en Dios* de Malebranche, que acabaria por suprimir el mundo de los cuerpos, y aquellas abrasadas efusiones de San Francisco, que gritaba hasta quedarse exhausto: *Deus meus, et omnia.* El creyente se dirigia al idealismo, miéntras que el filósofo natural se empapaba más y más en la realidad. Aquella lozana imaginacion, aquel espíritu insaciable, encerraban latentes todas las variadas direcciones seguidas por la filosofía cristiana. Cuando se entrega al placer de discurrir sin cortapisas, suele hallar ideas originales, como aquella que ofrece bajo el modesto nombre de *sueño*, y es la atrevida hipótesis de un sexto sentido en el hombre y en los irracionales, sentido que mide el curso del tiempo y aprecia su continuidad en el espacio; sobre cuyo tema expone Feijóo interesantes observaciones acerca de lo que hoy se denomina psicología comparada. Por estas bellas cimas gustaba de ascender Feijóo, y con tanta mayor fruicion construia con el pensamiento, cuanto más grande era su reserva y adhesion al método experimental en lo únicamente

relacionado con las ciencias de la Naturaleza. Vuelos de águila, hemos dicho al empezar este trabajo, tenía Feijóo. Dejemos al águila volar libremente, aunque sus trayectorias al través del espacio no hubiesen de producir más resultado que el de permitirle ostentar el vigor de sus soberbias alas.

EPÍLOGO.

Acuérdome que cierta mañana del ardiente estío, á la hora en que el Sol flecha á plomo sus rayos á la Tierra, vi entre las ramas floridas de un naranjo una abeja, dedicada á chupar el néctar de los azahares. El laborioso insecto, engolosinado y encarnizado en una flor, sumida en la corola la cabeza, el abdómen y las patas contraidos, embriagada de miel, no acertaba á abondonar aquel perfumado cáliz. «¡Abeja! la dije; ¡honrada y útil abeja, no libes todo, deja algo para las que te sucedan!»

¡Cuánto queda en Feijóo sin libar, sin desflorar siquiera, despues de mi pequeño estudio! Tarea para críticos de superior erudicion y maestría; tarea tambien para quien pueda consagrar á ella más tiempo que pude yo. Dos años hace que naciera en mí la idea de este análisis: jamás me consintieron los acontecimientos realizarla, quedándose en deseo el propósito. Vi despues anunciado el *Certámen literario* con que

Orense honra á su preclaro hijo: subió de punto mi afan, con el empeño de reñir la cortés lid que se preparaba. Quise desde luégo comenzar á elaborar mi trabajo; pero si yo propuse, dispuso Dios que por fortuitas circunstancias no pudiese escribir ni una línea hasta poco más de un mes ántes del plazo de admision. A tales causas hay que culpar, y no á mi voluntad, que en esta ocasion punto ménos codiciosa fué que la de la abeja, de que me quede tanta miel sin extraer en las obras omnigráficas del ilustre benedictino.

Pero si tiene facetas del diamante que no me fué dado recorrer, paréceme que al ménos he apreciado el conjunto de sus fúlgidos resplandores. He tratado de sintetizar, generalizar y elevar, huyendo de un método de detalle, que sobre ser enfadoso y prolijo no corresponde á la exigencia de la moderna crítica, ni pone tan de realce el fondo de idea y pensamiento de unos escritos misceláneos, imposibles de analizar por su propio y genuino órden. El lazo orgánico, el fondo comun, la aspiracion ideal y latente, son lo que es fuerza desentrañar de la omnímoda y caprichosa variedad de la enciclopedia crítica de Feijóo. Mi abeja prescindió de los pétalos y de los estambres, para buscar en lo más recondito del nectario una gota de delicioso licor.

Hemos estudiado á Feijóo como literato, lo hemos examinado como moralista, y hecho constar su influencia social; hemos investigado sus tendencias é ideales, y sacado á luz y comprobado sus brillantes intuiciones y presentimientos. Por último, á través de las fluc-

tuaciones de un espíritu sobrado ansioso de verdad para adherirse sistemáticamente á ninguna escuela, hemos sorprendido la índole de la filosofía natural á que se inclinaba vivamente (si ya del todo no la profesó) nuestro sabio.

En pocas palabras podemos ofrecer la síntesis del exámen. Feijóo es, por la extension de sus conocimientos, por la noble libertad de sus juicios, por la variedad y número de materias, por la elevacion de criterio con que las acomete, el primer crítico de que puede gloriarse España: hasta hoy no ha sido igualado. Su mision es afirmativa, moralizadora, reformadora y antirevolucionaria: bajo ningun concepto cabe, pues, asimilarle á Voltaire. Su ideal fué la desaparicion del dogmatismo y el franqueamiento de las vías inductiva y experimental, que habian de regenerar todo el organismo científico; y consecuencia de esta aspiracion, el método baconiano y las teorías físicas de Newton son el cimiento en que estriba como filósofo natural.

Hasta aquí el análisis. Ahora llegó el turno del panegírico, más fácil á la pluma y más dulce y grato al ánimo. Asunto eterno de estudio, monumento imperecedero de gloria, nos dejó Feijóo en sus páginas; pero lo más alto que puso en ellas fué su alma. Feijóo es de esos hombres de gran precio intelectual, que valen más todavía que su talento. Es de los escritores que, á poco de manejados, hacen del lector un amigo. Al principio, sorprende su ingenio, su erudicion pasma, su perspicacia asusta; pero, despues, su sinceridad enamora, su religiosidad y su elevacion de miras

penetran y edifican, y esa es la impresion última y dominante que deja en el espíritu.

¡Ojalá que sea duradera, y germine y dé frutos, produciendo el desinteresado amor á la verdad, única aspiracion legítima con que es permitido cultivar el arte y la ciencia! Para obtenerlo, bástanos seguir constantes las huellas del sabio benedictino, milagro de erudicion, coloso de la crítica y prez eterna de su país natal y de la Nacion regenerada por sus escritos; y quizás un dia logremos decir, con la justicia que á él le asistiria si lo hubiese adoptado por lema:

«Jamque opus exegi, quod nec Jovis ira, nec ignis,
nec poterit ferrum, nec edax abolere vetustas.»

EMILIA PARDO BAZAN.

ODA Á FEIJÓO

POR LA SEÑORA

Doña Emilia Pardo Bazan

PREMIADA POR VOTO UNÁNIME DEL JURADO

CON UNA ROSA DE ORO.

AL

INSIGNE FILÓSOFO FEIJÓO.

ODA.

. . . . . .
Beato te, che il fato
á viver non dannó fra tanto orrore.

(*G. Leopardi. Sopra il monumento di Dante.*)

¡Ficcion, brillante diosa! Rasga el velo
que al poeta prestaste,
y aléjate callada.
Ya que á la sacra voz del patrio suelo
vibra el arpa olvidada,
despiértela del sueño en que yaciera,
único númen, la verdad severa.

¡Oh verdad! ¡ánsia eterna! ¡paraíso
prometido al mortal! Tus resplandores
la frente iluminaron del que quiso
sendas al pensamiento abrir mejores.
Del que armado de crítico escalpelo
con firme pulso disecó la vana
retórica que en aulas se aprendia
y—de nombre no más—filosofía,
era disfraz á la ignorancia humana.

¡Palabras solamente! A tal confuso
monton de frases arrojado al viento,
llamaban el sofista y el iluso
sublime concepcion del pensamiento:
en árida, capciosa sutileza
el ingenio español, extraviado,
se agotaba y estéril revolvia
girando sin cesar sobre sí mismo;
y de la luz del dia
como el ave nocturna horrorizado,
sellaba la razon con el candado
del viejo dogmatismo!

Vélo Feijóo. Con generoso alarde
dice *¡Atrás!* al error; *¡Marcha!* á la idea;
¡Libre vuela! al espíritu cobarde,
y á la tímida ciencia *¡Avanza y crea!*
Y radiante la faz, y el alma henchida
de entusiasmo y de uncion, tiende la mano
señalando la gran Naturaleza:
«Dad—les grita—al olvido
»tanto sofisma vano:
»campo es el Universo, á la mirada
»de los contempladores siempre abierto,
»cuya magia y belleza
»nos revela un Artista soberano:
»su atenta observacion es rumbo cierto;
»la hipótesis es nada.»

Y á su voz, como cria de altanera
águila, en breve jaula detenida,
si los hierros quebraron
de su estrecha prision, rauda y ligera
se lanza á los espacios y á la vida,

así, sedientas de tender su vuelo,
las ciencias se elevaron
con un grito de júbilo hasta el cielo.
Sin trabas ni recelo
la física estudió los naturales
fenómenos, á leyes reducidos,
por su misma unidad más colosales:
rasgó la medicina sus anales
y escéptica emprendió la nueva vía:
globos y mundos registró sin cuento
en el éter azul del firmamento
con telescopio audaz la astronomía;
y distinguió la atónita ojeada
en el espacio escrito
con refulgentes letras siderales
este verbo: «¡Infinito!»

Mas no sin combatir ganó la palma
de la victoria el sabio.
Cual víbora sedienta
cebó la envidia en él rabioso labio;
y como tras la calma
en el mar se desata una tormenta
sacudiendo mugientes oleadas
contra la escueta roca,
injurias y libelos á bandadas
en el firme peñasco de su alma
se fueron á estrellar con furia loca.

Impávido los vió.
Jamás rendido
de la verdad el campeon vacila:
ántes, por alta mano sostenido,
camina al ideal apetecido

que en lejano horizonte se perfila.
¡Gladiador del porvenir valiente,
que nada tu fe robe!
Si te ciñen espinas á la frente,
dí, como Galileo: «*E pur si muove!*»

Tú, filósofo audaz, miras sereno
el huracan que en derredor mugia;
que al libertar la inteligencia esclava,
presentiste una era, que asomaba
como el alba del dia.
Y encontraste, volviéndote al pasado,
á tus predecesores,
aquellos valerosos pensadores,
Vives, Locke, Bacon... Ibas cercado
de sombras que gritaban á tu oido:
«¡No temas! ¡Adelante!»
como Virgilio al Dante
en las mansiones del horror perdido.

¡Filósofo profeta! Si te fuera
dado que retornases á la vida
y vieras ya cogida
la rica miés, cuya semilla acaso
sin esperanza derramaste al paso!
Hoy lozana do quier, do quier florida,
se propaga la ciencia
como tú la pensaste,
en el hecho fundada y la experiencia.
De base tan segura
surge el Conocimiento lentamente,
como en el mar Pacífico está el diente
del pólipo creando
un nuevo continente.

Poco á poco, sus velos desgarrando
va la Naturaleza;
y cual el relojero
que fabrica el reloj pieza por pieza
para despues organizarlo entero,
así dato con dato se eslabona,
y la cadena el pensador uniendo
especula y razona.

Si pudieras alzarte
y arrojar tu sudario
¡oh genio del análisis! ¡Qué vario
y grandioso espectáculo, mostrarte
lograra Europa!
El rayo aprisionado
por un hilo sutil, veloz camina,
mensajero del raudo pensamiento;
del buque en el costado,
y del tren en el seno chispeante,
enciérrase una fuerza misteriosa
por la cual ya ni el viento
ni la distancia teme el caminante.
El químico analiza
desde el breve infusorio y la flor bella
hasta la brisa que las olas riza
y el resplandor de la remota estrella.
Con fuerzas de gigante
la inteligencia á la vivaz materia
sujeta y tiraniza,
y el hombre casi olvida su miseria.

¡De tanta y tan magnífica conquista
sólo escuchar la lista,
quizás haga á tus huesos

¡oh Feijóo! estremecerse de alegría
allá en la noche de la tumba fría!
Mas no eleves la frente;
no alteres tu reposo;
que si tiendes la vista,
un siglo encontrarás inteligente...
¡pero no venturoso!

Jamás tu natural filosofía
trocó tu corazon en un desierto;
siempre guardó tu entendimiento claro
la llama de la fe, bendito faro
que te tornaba al puerto.
Hoy... ¿Cómo te diria,
sin apenar tu espíritu sublime,
la fiebre y la locura,
el hondo malestar y la amargura
en que este siglo gime?

Edad de transicion, de sorda pena,
de lucha de encontrados intereses
y escéptico dolor, á su cadena
amarrada, cual nuevo Prometeo,
dudando hasta de Dios y de su alma,
ha perdido la calma
y le resta el deseo.

¡Mil veces sabio tú, que respetaste
del hombre la conciencia,
y que, sin deshojar una creencia,
asido de la mano le guiaste
al templo de la ciencia!
¡Mil veces sabio tú! Cuando el misterio
profundo, inexplicable de las cosas

abrumaba tu mente,
en extático anhelo
alzabas tus miradas hasta el Cielo!
¡Sabio mil veces! El poder divino
lo explica todo al que la fe respeta...
¡Habla, Feijóo! «La Ciencia es el camino;
»pero Dios es la meta.»

1876.

Á GALICIA

POR

D. VALENTIN LAMAS CARVAJAL

POESÍA EN GALLEGO

PREMIADA POR MAYORÍA DE VOTOS

CON UN PENSAMIENTO DE ORO Y PLATA.

Á GALICIA

N'O SEGUNDO CENTEARIO D'O NACEMENTO D'O SÁBEO FEIXÓO.

¿Qué curazon non ten hoxe latidos?
¿Qué labio tendo voz agora cala?

I.

¡Pátrea d'o meu amor! Ben faga ó dia
en qu'as grandezas de Feixóo gabando
tamen te gabas tí; santa legría
o noso curazon vai inframando,
ó ver o sol divino da Xusticia
con refulxente lus, alumeando
o esprendoroso ceo de Galicia.
Ben faga, miña terra,
o ilustre xenio que con mao forzuda
ó mundo d'os enganos fixo guerra,
lembrou á cencia é confondíu á duda.
Ben faga ó craro, murmuxante Miño,
que máino, bica olar, onde n'o mundo
aparecéu Feixóo; cantos cariño
darlle souberon con sintir profundo;
o vento que arrolou con melodía

o seu verce, y-os páxaros parleiros
q'o piar entr'os débres ameneiros,
n'a sua yalma, espertaron a poesía
d'a maxestá de Dios, que fixo un dia
con un sopro de lus, mundos enteiros.
¡Saude, bendicion, Galicia nobre!
feiticeiro xardin, niño d'encanto:
hoxe a groria inmortal que te recobre,
ardendo en pátreo amor, eu lembro e canto.
Cantade vos tamen, hirmaus quiridos,
n'a nosa tenrra, melosiña fala;
¿qué curazon non ten hoxe latidos?
¿qué labio, tendo voz, agora cala?
Cantade vos tamen; cantai á Hestoria
d'o xenio que de cote eu ademiro:
cantade os trunfos, a vertú, á groria,
d'o sábeo pensador de Casdemiro.

II.

Moy poucas veces n'o enloitado ceo
d'a Humanidá chorosa y-afrixida,
amóstrase, pra ben, limpo, seréo,
un lumiñar de salvacion e vida:
craro sol qu'espaventa d'os enganos,
as derradéiras tréboas, e locindo
fulxente n'os currunchos mais estranos,
vai as almas, pr'o adianto redimindo:
mau misteirosa, que pra un sigro novo,
vai votando a semente d'unha idea
nova tamen, n'o barulleiro pobo,
n'a queda vila, n'a riséira aldea:
águia voadora que felis traspondo
con fortes áas a rexion d'o vento

chega preto de Dios; alí con fondo,
subrime sentimento,
alí, pol-a atraucion d'o pensamento,
bebe n'as fontes d'a inmutabre cencia,
olla n'os séos d'o saber profundo,
e vólvese pr'o mundo
lostregando vertú e sabidencia.
De tal sorte, Feixóo, pr'a mor vitoria
d'a pátrea q'o seu nome ten en móito,
brilante apareceu; sendo pra groria,
pra relembranza d'a gallega Hestoria,
o lumiñar d'o sigro dazaoito.

III.

¿E quen non-o recorda; quen non rinde
a alma c'o mais puro arroubamento
ó de xenio e saber vivo protento,
á iste gallego sol? ¡Ay, vinde, vinde,
fillos d'a miña terra,
chegade aixiña á bendecil-o nome
d'o que facendo ó fanatismo guerra
ergueu ó ceo a dinidá d'o home!
d'o espritu que xigante,
adiantándose ó sigro en que vivia,
con esforzo puxante,
fixo rezusitar libre, trunfante,
a cencia d'o descréto en que morria:
d'o que con non ouvido
universal e misteiroso acento
ós sábeos rechamou, pra ser vencido
ou vencer n'o loitar d'o pensamento:
de Feixóo, lus brilante,
de quen, en arredor, cal volvoretas

acodian os homes pensadores,
filósofos, poetas,
d'aquil tempo somido en cen errores;
d'aquil sigro que solo a groria tivo
de ter por fillo a sábeo tan xigante,
d'a grandeza de Dios refrexo vivo.

IV.

A falangueira fama
o seu nome inmortal vai pregoando
pol'a terra y-o mar; hoxe Galicia,
ilustre pobo qu'as grandezas ama,
a sabidencia de Feixóo:gabando,
gaba tamen seu nome con xusticia.
¡Pátrea d'o curazon! tí qu'és pra groria
o verce d'iste sol, encarnamento
d'o xenio, d'o saber e d'o talento;
xa que pra mor lembranza d'a tua hestoria
festexas con amor seu Nacemento;
non por mais tempo deixes esquencida
a fonda cova qu'a suas cinsas garda:
¡non pode ter felicidá comprida
pobo qu'en coroar seus xenios tarda!

ÍNDICE

Páginas.

Prólogo 7

EXÁMEN CRITICO DE LAS OBRAS DE FEIJÓO.

Introduccion 17
Feijóo literato 23
Feijóo moralizador y moralista 35
Presentimientos, tendencias é ideales de Feijóo 79
Feijóo filósofo natural 135
Epílogo 161
Oda á Feijóo 167
Á Galicia 177

FE DE ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
17	19	*inéditas*	*eruditas*
19	19	subdividirla	dividirla
24	13	ella	ellas
25	13	¿quién sabe?	¿quién sabe?:
38	29	*philosophande*	*philosophandi*
45	10	El anatómico	Él, anatómico,
49	16	*omnen*	*omnem*
54	16	ficcionos	ficciones
57	2	la	al
81	28 y 29	par-ió	par-tió
87	14	perspizaz	perspicaz
91	13	pueblo	pueblo,
92	23	os	los
94	5	Merope	Mérope
99	27	fraterninad	fraternidad
100	5	las	los
116	10	jerárquico	jerárquico,
117	13	Kegnault	Regnault
118	6	el	al
119	17	amen	amén
Id.	20	maltrataba	maltrata
Id.	24	agobiaban	agobian
Id.	25	excitaban	excitan
148	10	sirvió	vivió
149	22	*objetivé*	*objectivé*
161	8	embriagada	embriagado
Id.	9	abondonar	abandonar
162	11	del	el
177	17	olar	o lar